

**EL DRAMA DE GATSBY
Y
LA ENCARNACIÓN DE AHRIMAN**



El drama de Gatsby y la encarnación de Ahrimán



El drama de Gatsby y la encarnación de Ahrimán por www.gatsbyanddemian.com está bajo una licencia [Creative Commons Attribution-ShareAlike 3.0 Unported License](https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/). Permisos que vayan más allá de esta licencia pueden encontrarse en author@gatsbyanddemian.com.

Es esencial para un efecto favorable de lo que Ahrimán traerá a la humanidad — al igual que sucedió con Lucifer, él también traerá facultades beneficiosas— que mantengamos la actitud correcta. La cuestión indispensable es que no permanezcamos dormidos a la llegada de Ahrimán y fracasemos en percibirlo¹.

Rudolf Steiner

¹ Stuttgart, 28 de diciembre de 1919.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	6
CAPÍTULO PRIMERO	8
UN PRIMER ENCUENTRO	8
<i>PARTE PRIMERA</i>	8
JAMES DEAN	8
EL AMOR DE MI AMIGO	11
KANT	12
JIMMY	13
LA INSTRUCCIÓN DE JIMMY	14
JIMMY Y DIOS	17
LAS FUERZAS DE MI AMIGO	18
ANTE LAS PUERTAS DEL INFIERNO	21
EL CABALLERO	22
EL GUERRERO	23
ACLARACIÓN	26
DEMIAN	26
LA EVOLUCIÓN DE DEMIAN	27
LA MISIÓN DE DEMIAN	29
<i>PARTE SEGUNDA</i>	30
LA TRANSFORMACIÓN	30
EL ORO VERDADERO	32
EL AMOR, DE NUEVO	33
EL MEJOR	35
KANT, POR ÚLTIMO	37
¿QUIÉN ERES?	38
DEMIAN	39
EL OTRO	41
NO SUFRIRÁS DAÑO ALGUNO	42
LA MEDALLA	43
EL COCHE	44
EL ADIÓS	46
CAPÍTULO SEGUNDO	47
LA CRISIS	47
EL REENCUENTRO	47
SU NOVIA	48
EL COMPROMISO	50
DE COMPRAS	51
EL AMOR, OTRA VEZ	53
EL DINERO	53
EL OTRO DEMIAN: EL ANTICRISTO	54
EL COCHE	55
EL GRAN GATSBY	56

MI MADRE	57
LA MANO QUE MECE LA CUNA	58
FELIZ NAVIDAD	60
LAS FOTOS DE LA NOVIA	61
LOS HOMBRES-GATO	62
LA PLUMA DEL CIELO	63
CONOCIENDO A SU NOVIA	64
EL M.B.A.	65
DEMIAN HACE SU PRESENTACIÓN PÚBLICA	66
EL NOMBRE DE LA ROSA	68
MALOS TIEMPOS	68
LA PALOMA PURULENTA	69
LA BURLA DE DEMIAN	71
LA MEDALLA	71
EL CERDO	72
VISITANDO A GATSBY	74
EL ADIÓS	76
CAPÍTULO TERCERO	78
LA REFLEXIÓN	78
EL REENCUENTRO	79
EL EMBARAZO	80
LA BODA	80
LA FINANCIACIÓN	81
GATSBY Y EL TRABAJO	82
EL PROYECTO	83
EL COCHE	84
LA EMPRESA	85
EL BEBÉ	88
GATSBY YA NO ES GATSBY	88
LAS CUALIDADES DE GATSBY	89
EL PODER DE LA PALABRA	90
LA IMAGEN	91
LAS TARIFAS	91
EL DESENCUENTRO	91
EL DISTANCIAMIENTO	93
EL ADIÓS	94
APÉNDICE	96
LOCALIZANDO A DEMIAN	96
¿QUIÉN ES GATSBY?	98
ESPECULANDO SOBRE DEMIAN	100
LA MISIÓN DE GATSBY	102
NOTAS	104

INTRODUCCIÓN

Cuando en 1998 encontré la Antroposofía una suerte de alivio inundó mi alma. Aquel primer libro hablaba del Mal de una forma que creía necesario debía mostrarse. Se exponían materias sorprendentes de las que nunca antes había oído hablar. Trataba, igualmente, de otros temas que me resultaban más familiares. Alguno de ellos estaba relacionado con mi propia vida, una vida escondida que jamás imaginé poder divulgar. La principal de todas esas cuestiones conocidas hacía referencia a la encarnación de Ahrimán, cuyo nacimiento el autor del libro situaba en «América en la segunda mitad del siglo XX»².

Me introducía también a una ciencia espiritual cuya aparición esperaba en un tiempo futuro. Yo soñaba con algo así, y ahora ese sueño se había convertido en realidad. Una alegría sin límite se unió al necesitado alivio en un encuentro característico con la Antroposofía. Bebí de sus fuentes hasta curar mis heridas, convencido de que nada tenía que aportar que fuera de importancia.

Tiempo después pude darme cuenta de que no se tenía información precisa que situara la encarnación de Ahrimán en el tiempo actual. Nadie parecía poder hablar con propiedad de este asunto a pesar de su importancia.

Catorce años después del final de lo que hasta aquí se ha relatado, comienzo este proyecto de escribir acerca de unas vivencias que, mientras lo fueron, nunca pensé que algún día llegarían a hacerse públicas: seguro estaba de que morirían conmigo.

Dos eran los motivos que así me lo aconsejaban. En primer lugar, nunca creí que nadie que no hubiera vivido estos sucesos de manera directa, tal y como yo lo había hecho, podría llegar a considerarlos en su verdadera dimensión. Después siempre me atenazaba la duda de si con su divulgación podría perjudicar una iniciativa de la cual ya no participaba.

A pesar de que en la actualidad estos dos motivos siguen vivos, pero en la creencia personal de que el segundo de ellos forma parte de un drama que difícilmente se pueda perjudicar más, he decidido publicar lo más importante de estas vivencias con la esperanza de poder trasladar a otras almas lo que vive en la mía desde hace largo tiempo, con la desprotección y sinceridad que dan los años, convencido de la verdad que expresan estas palabras.

En las páginas que siguen se habla sobre la encarnación de Ahrimán. No me resulta posible hablar de ello sin mencionar la entidad que, en su más pura oposición, está relacionada con aquella otra sobre la que Ahrimán ha encarnado. No me es posible.

² Trevor Ravenscroft, *Hitler: La Conspiración de las Tinieblas*. Título original: *The Spear of Destiny*.

En este libro no hay un conocimiento adquirido por parte del autor con especiales capacidades. Más bien se trata del relato de una parte de mi vida. Es así de sencillo, y no por ello menos importante. Por otra parte, no sería válido exponer lo que he de decir de otra manera. Cualquier otra forma faltaría a la verdad. Y no se ha de perder de vista la única característica que puede hacer importante este escrito, esto es, que lo que aquí se dice es cierto.

Con lo dicho ya se intuye cuál ha sido el motivo original que me ha inducido a hacer público estas páginas a pesar de poder imaginar muchas de las objeciones que se le puedan hacer. Ese motivo no es otro que la conciencia clara de que lo que aquí se expone es una fiel imagen de la realidad. Se describen, pues, hechos verdaderos. Pero hay algo más. Algo tan importante, si no más, que lo anterior. Es ese sentimiento de verdad por el que uno se deja guiar, ese mismo sentimiento que es probado a lo largo de toda una vida y que me ha acompañado durante más de veinticinco años reafirmando una y otra vez lo vivido, lo pensado, lo interpretado.

Reconozco la dificultad de trasladar todo esto a través de la escritura. No puedo menos que lamentarlo y espero que el lector pueda excusarme. Excusarme por pretender forzarlo a encontrar algo objetivo y, por lo tanto, de alguna validez para su vida a través de lo vivido por mí, a través de mi propia e inevitable subjetividad. Espero que en lo que sigue pueda hallar algo de provecho.

Y si en un lado de la balanza ese argumento me insinúa al oído la nulidad de todo esfuerzo, en su contrario pesa sobradamente el mejor de todos los argumentos: la completa seguridad en que me hallo de que lo que aquí se expone es verdadero. Con esto creo que quedan claras las razones que me han llevado a escribir el presente libro.

El autor

Octubre de 2011

CAPÍTULO PRIMERO

En este primer capítulo hablaré de algunos sucesos acaecidos en un período de tiempo de dos años: desde 1983 a 1985.

UN PRIMER ENCUENTRO

Los dos estudiábamos en distintas Facultades de una misma Universidad. Aquel curso de 1983/1984 fue nuestro primer año como universitarios. Durante el transcurso del mismo solo tengo conciencia de haberlo visto en tres ocasiones. En cada uno de esos encuentros recuerdo haber pensado, y nunca por los mismos motivos, lo diferente que parecía a todas las demás personas que me rodeaban. Sin embargo, no abrigaba deseos de conocerlo más a fondo.

PARTE PRIMERA

JAMES DEAN

Nos volvimos a ver al final del verano de 1984, próximo al inicio del curso 1984/85. Teníamos un pequeño problema con nuestras residencias, y el destino quiso ubicarnos en una misma pensión durante cierto tiempo a la espera de una pronta solución. No pasó mucho hasta que nos hicimos buenos amigos.

Una noche me comentó que algo extraño le estaba sucediendo al hablar por el teléfono de la pensión, ya que se oían unos extraños ruidos de fondo. Parecía preocupado. Yo, en cambio, estaba encantado con la aventura, y me parecía divertido verlo alterado por algo tan inofensivo como unos ruidos. Le propuse bajar a la calle, llamarle por teléfono y demostrarle que todo era fruto de su imaginación.

Bajé y lo llamé desde un teléfono público. Mientras hablaba con él y me reía de sus miedos se escucharon unos ruidos. El susto de ambos fue grande. Eran unos ruidos claros, a modo de golpes en la línea. No pensé que pudieran provenir de mi compañero de habitación, ya que su preocupación era más que evidente, y porque varias veces me propuso que volviera. Entonces pensé que se debía a algún tipo de problema técnico y que, por supuesto, la secuencia de los golpes era producto del azar. Para demostrárselo le propuse hacer preguntas a aquel ruido para así evidenciar su carácter aleatorio. El «ruido» debía contestar a las preguntas con un sí o un no. Para el «sí» bastaba con un golpe, y dos para el «no».

Pregunté entre risas si era una persona la que hacía esos ruidos. Se escuchó un golpe seco. «Vaya casualidad», pensé. Pregunté de nuevo si era una persona difunta.

Otro golpe se escucha. «¿Quieres algo de mí?», dije. Se escucharon dos claros golpes. «¿Y de él quieres algo?», dije haciendo referencia a mi amigo. A continuación pudimos oír un golpe muy fuerte. Repito esta última pregunta y el golpe de respuesta es aún más fuerte. Mi amigo se asustó y me suplicó que volviese enseguida.

Lo encontré pálido, sin habla. Estaba verdaderamente afectado. Yo, por mi parte, mucho más inconsciente del momento que estábamos viviendo, hice algo extraño: construí una guija con una cartulina. En la excitación del momento he debido olvidar la desconfianza que siempre he tenido hacia ese tipo de cosas.

Más tranquilos, decidimos hablar de nuevo por teléfono para comprobar si se repetía el mismo fenómeno. Bajé a la calle y volví a llamar. Al primer tono mi amigo ya había descolgado el teléfono y, nervioso, me rogaba que regresase a la pensión. Acababa de oír ruidos en nuestra habitación, pero allí no podía haber nadie.

Corrí hacia la pensión y entré en nuestra habitación. Vi unas pequeñas tijeras encima de la guija. Una «X» enorme cruzaba de parte a parte la cartulina junto a unas breves palabras escritas con las tijeras que repudiaban esa forma de comunicación, y una firma más abajo.

«James Dean».

Miré a mi amigo con cara de asombro, ya que no conocía a nadie con ese nombre. Él, no menos perplejo, pudo contarme algo de la biografía de ese actor norteamericano muerto en un accidente de coche en 1955. Cuando mi amigo miraba alguna fotografía del actor presentaba algún tipo de relación entre ambos, incluso un cierto parecido físico.

Fue así como James Dean apareció en nuestras vidas. Como ya he mencionado anteriormente, no sabía nada de él y, sin embargo, en muy poco tiempo había sido participe de un rasgo característico de una personalidad muy singular. De Jimmy se podrán decir muchas cosas, pero jamás que pasara desapercibido. Todo en él es muy espectacular. Por lo que sé, tanto en su vida en la Tierra como después de ella, los que le han conocido no lo olvidan fácilmente. Deja, por decirlo así, una huella profunda.

En plena excitación del momento ese tal Jimmy, como le gustaba que lo llamásemos, estaba hablando interiormente con mi amigo. Al principio, mi amigo se mostró muy sorprendido pero poco a poco se fue tranquilizando. Su cara se relajó, su gesto se volvió serio, concentrado, pero también comunicativo. Hablamos todavía un poco, reímos bastante y, al final, dormimos en un sueño profundo.

Despertamos a la mañana siguiente. Hablamos entre risas de lo sucedido el día anterior. Mi amigo me comentó que Jimmy apremiaba para que nos levantásemos. No hicimos caso y decidimos seguir durmiendo. Yo dormía al lado de un balcón con cortinas interiores y mi compañero al lado de la puerta, en el otro extremo de la

habitación. Nos quedamos dormidos de nuevo. De pronto se escuchó un timbre ensordecedor. Nos despertamos sobresaltados. ¡No sabíamos de dónde venía aquel ruido! Abrimos cajones, buscamos por todas partes. Finalmente localicé encima de mi cama, de donde cuelgan las cortinas, una bolsa negra. Pude bajarla con dificultad. Dentro de ella se encontraba mi enorme despertador con su ruido infernal. Nuestras risotadas se podían escuchar a mucha distancia.

Desayunamos en un bar cercano. Hablábamos sin parar y en nuestra conversación se introducía Jimmy con algún que otro comentario jocoso que mi amigo me trasladaba. Algunas de las preguntas que le hice a Jimmy a través de mi amigo, aquél las contestaba diciendo que mi compañero de habitación buscarse en tal o cual bolsillo, y aparecían escritas en servilletas de bar, esas de fino papel, las repuestas. Fue un comienzo de día verdaderamente divertido.

A la pregunta sobre el motivo de la aparición de Jimmy en nuestras vidas me respondió ese mismo día mi amigo, y lo corroboró el propio Jimmy horas después. Al parecer mi amigo tenía una misión muy importante que cumplir, una misión de enorme trascendencia. Éste se confesó diciendo que siempre intuyó que la vida le deparaba algo muy especial.

Ése no era ese mi caso, aunque reconozco que, en secreto, siempre esperé algo así. Necesitaba algo como lo que me estaba sucediendo. Pregunté también qué era lo que hacía en esta historia, y se me dijo que ayudaría a que esa misión se pudiera llevar a cabo. No me pareció tener la suficiente categoría como para ayudar en cosa alguna que fuera de gran importancia pero todo lo vivía con gran intensidad, y pronto olvidé ese reparo.

No tardó Jimmy en hacer acto de presencia. Ese mismo día, después de la comida, mientras mi amigo yacía recostado, casi imperceptiblemente y como la cosa más natural del mundo, Jimmy se introdujo en su cuerpo. Me habló con los ojos cerrados, tumbado, sin moverse. Yo lo miraba con recelo, y me pareció percibir dos cosas mientras me hablaba. La primera era que, efectivamente, quien conmigo se comunicaba no era mi amigo. Notaba que se trataba de otra persona bien distinta a pesar de su inmovilidad. La otra era que esa otra personalidad estaba haciendo teatro, que esa inmovilidad y esos ojos cerrados eran puro teatro. Se notaba —al menos eso pensaba yo— que el tal Jimmy se había apoderado totalmente de los sentidos físicos de mi amigo. Supongo que no quería impresionarme en exceso.

Recuerdo que quise probarlo, comprobar si había algo que debía ser descubierto. Quizás mi amigo pretendiera engañarme. A veces pasan las cosas más insospechadas y hay que andarse con cuidado. Mientras me hablaba con los ojos cerrados hice además de agarrarlo con fuerza sin que se diera cuenta y entonces descubrirlo. Pero inmediatamente, con un gesto rápido, levantó su mano pareja a la mía, indicándome con ello que debía desistir del intento.

En lo sucesivo Jimmy me habló **siempre** a través de mi amigo. Estas incorporaciones, por decirlo así, eran tan suaves que se hacían imperceptibles. Al mismo tiempo, uno notaba en el primer gesto, en la primera mirada, al primer sonido salido de la boca de mi amigo, que era Jimmy quien hacía acto de presencia.

La personalidad de Jimmy era después de su muerte tan arrebatadora como lo fue en vida, incluso más, si se me permite decirlo, debido a las excepcionales circunstancias del momento. En él uno podía percibir que se sentía obligado por la misión que tenía que cumplir con respecto a nosotros, sobre todo con mi amigo, pero también se le notaba exultante por poder ver de nuevo el mundo a través, aunque solo fuera momentáneamente, de un cuerpo humano. «Un cuerpo», especificaba a menudo Jimmy, «muy especial».

EL AMOR DE MI AMIGO

Como bien puede comprenderse, toda esta situación me resultaba muy excitante. Jimmy resultó ser extraordinariamente divertido, y yo no terminaba de creerme lo que estaba viviendo. «No necesito nada más», me decía. Tal era mi contento.

No era ésta la actitud de mi amigo, que estaba por aquel entonces enamorado. Lo que vivía en esa relación era, cuanto menos, tan importante como lo que le acababa de suceder de forma tan llamativa, y él no iba a permitir que nada pudiera afectar a esa relación.

Su novia era una chica muy dulce y hermosa. En mi amigo se observaba un gran cambio al solo contacto con ella. Una energía muy especial parecía desprenderse de él. Algo que en el transcurso de ese año se me hizo muy visible, una clase de amor que me conmovió en lo más profundo.

Si tuviera que resumir con pocas palabras lo que mi amigo llegó a vivir aquel año tan extraordinario, habría que hacerse una imagen en la que aparece James Dean, la figura del filósofo Immanuel Kant y la confrontación con su propio destino: el nacimiento de unas fuerzas y capacidades extraordinarias. Finalmente, dotando todo ello de una vitalidad especial. Incluso diría que armonizando, equilibrando, la fuerza del amor por una mujer que en mi amigo se metamorfoseaba a cada paso de tiempo en algo más y más hermoso, más y más perfecto.

KANT

Antes de conocer a Jimmy, mi amigo —o al menos eso creo— ya era partidario de la filosofía de Kant. Sentía por este filósofo una gran devoción. Cuando le preguntaba la causa de semejante admiración me hablaba del carácter metódico del pensador de Königsberg. Me contaba que Kant reflexionaba en su cuarto mirando al exterior, y cómo protestó enérgicamente cuando cortaron el árbol que podía ver por su ventana, al que se había acostumbrado a observar mientras cavilaba. También me refería cómo Kant iba a dar clases siempre con la misma chaqueta, y la cuidaba de tal manera que parecía nueva. Esto le llamaba poderosamente la atención y le transmitía las virtudes de una disciplina que quería hacer suya. Más allá de eso, nunca hablamos del contenido de la filosofía kantiana y, aunque así hubiera sido, puedo afirmar con total seguridad que no habría entendido nada.

Mi amigo defendía a Kant con empeño, y se podía ver en él un naciente poder de la elocuencia. Sus palabras tenían fuerzas por sí mismas, y esto se percibía en los que lo escuchaban, cuya atención parecía secuestrar.

En aquel tiempo ocurrió algo con respecto a Kant que atrajo mi atención, algo que, aunque parezca irrelevante, quisiera relatar, ya que no me pasó desapercibido.

Un filósofo de prestigio visitaba la Universidad y tenía programada algunas conferencias y tertulias. Estas visitas eran una suerte de deferencia de estos invitados hacia nosotros, los estudiantes, y nos permitían mantener un contacto más directo con ellos. Mi amigo estaba muy contento, puesto que tenía a aquel filósofo por kantiano. Se compró una grabadora para no perder detalle de sus comentarios. También se las arregló para estar todo el tiempo con él. Pude verlos juntos a la hora de una de esas tertulias. Con respecto a la misma no recuerdo nada que fuera de importancia para mí, ya que, sencillamente, no llegaba a comprender qué era lo que se batallaba en el campo de la epistemología.

Aquella noche mi amigo estaba profundamente decepcionado. Me contó, como si todavía no se lo terminara de creer, que las cosas no habían sucedido como él esperaba.

—¡Ese filósofo no es kantiano, sino aristotélico! —me explicó un poco turbado.

Para él fue una verdadera decepción. No sé si guarda alguna relación con lo narrado, pero días después pude verlo estudiar absorto la *Metafísica* de Aristóteles en una edición especial.

JIMMY

Las condiciones anteriormente comentadas bajo las que Jimmy se comunicaba conmigo eran muy singulares y muy llamativas también. Aún haciendo abstracción de ellas habría que decir que Jimmy era un tipo muy especial y que muchos querrían conocerlo aunque fuera por un corto período de tiempo. Forma parte de esa clase de personas que uno no olvida: una personalidad de corazón; pura vida y optimismo. Es lo que imperaba en él y como mejor se le puede definir. Una visión pesimista de las cosas era difícil mantener, o ni siquiera considerar, en su presencia. Éste era un filo de la espada.

Mi amigo era distinto, mucho más serio y reflexivo. Incluso podría haber pasado por más responsable. Su forma de hablar, de mirar, de sonreír, de moverse, eran completamente distintas. Si uno se hace una cabal idea de lo que digo podrá creerme cuando afirmo que, sin duda alguna, se distinguía al instante quién vivía en un momento determinado en el cuerpo de mi amigo.

Jimmy podía utilizar su cuerpo a voluntad. Una décima de segundo y quien conmigo hablaba era Jimmy y, sin embargo, percibía al momento el cambio. No era una actividad mediumnística ni nada parecido. Yo no hubiera permitido tamaña grosería. No era ése el tipo de relación que manteníamos.

Jimmy podía pasar una tarde entera conmigo paseando, yendo en autobús, hablándome sobre cosas que debía saber... Ésos eran siempre momentos muy especiales y divertidos. La personalidad de Jimmy era tan peculiar, tan desbordante, y su presencia era tan notoria, tan evidente, que nunca albergué duda alguna de que se trataba de una personalidad distinta en el cuerpo de mi amigo. Y creo que nadie en mi lugar hubiera tenido dudas al respecto.

Jimmy se jactaba de poder pasar por mi amigo delante de los demás, aunque no lo hacía con frecuencia. Por lo general se mostraba poco comunicativo en las contadas ocasiones que un tercero hacía acto de presencia. A mí siempre me pareció un mal actor, aunque reconozco que lo pensaba para fastidiarlo. En vida fue un hombre con una gran carga sentimental y, de haber vivido más años, esos sentimientos metamorfoseados en su trabajo de actor le habrían llevado, a buen seguro, muy lejos.

El otro filo de la espada o, si se prefiere, el otro rasgo característico de su personalidad, era el extraordinario coraje que parecía llenarlo por completo. Ya he mencionado que era una individualidad de corazón, y sobre la base de esto ha de entenderse ese arrojo.

Ante él se tenía la sensación de estar delante de alguien sin límites. Puedo asegurar que eso no es algo del todo agradable, ya que entonces los egoísmos y miedos propios se hacen muy presentes. Muchos dicen razonar que en esta vida muy pocas cosas son verdaderamente necesarias y que sobran otras muchas. Esto no era teoría en

Jimmy, sino pura práctica. Jimmy mismo era eso. No era posible estar con él y no acabar viviéndolo en carne propia.

El único límite que conocía pertenecía al reino de lo moral. Solo ante esto se paraba. Es por ello mismo que únicamente eso importaba. Para él no tenía sentido ningún tipo de apego a nada material o inmaterial que pudiera ser accesorio, aunque el acompañante lo tuviera por necesario e importante.

Por ejemplo, una persona vanidosa viviría a buen seguro en manos de Jimmy una serie de experiencias que serían tanto más intensas cuanto más resistencia opusiera. Si se soporta la compañía de Jimmy, de la antigua vanidad no queda ni rastro.

Con Jimmy no viene lo que uno quiere, sino aquello que uno no quiere, aquello que uno teme. Si se tiene una debilidad es lo primero a lo que te vas a enfrentar de forma repetitiva hasta el hartazgo. Se necesita valor para soportar algo así, y yo presentía que solo alguien con mucho de ese valor podía administrar esa clase de medicina, que el maestro de una disciplina primero debía dominarla.

Tal y como lo veía entonces, diría que la vida habitual era mucho más benévola que Jimmy, aunque él resultaba mucho más divertido que la propia vida. Y nosotros elegimos a Jimmy o, si se prefiere, lo que venía con Jimmy.

De mis palabras se deduce que, de tener que serlo, podría llegar a ser un duro instructor y un duro compañero de viaje, como efectivamente lo fue. Sin embargo, en su favor hay que decir que, en caso de vivir una situación complicada, uno quisiera tenerlo muy cerca.

LA INSTRUCCIÓN DE JIMMY

Recuerdo que mi amigo me comentó que habíamos sido elegidos porque en el transcurso de nuestras vidas nos íbamos a perder, íbamos a tomar caminos equivocados. La idea que me transmitía me pareció profundamente cristiana. Pensé que, en lo que a mí respecta, podía tener razón. Vivían en mí muchas debilidades de carácter que podían haberme conducido a la nada. Con respecto a él no alcanzaba a ver a qué se refería concretamente. Pensé que una persona de sus características sería sometida a una serie de pruebas y tentaciones muy diferentes a las mías. La comparación resultaba entonces inevitable. ¿Qué teníamos en común? No solo yo me lo preguntaba.

—Lo único que tú y yo tenemos en común —me dijo un día— es la vena que asciende por nuestra sien izquierda.

No fue la única vez que le escuché decir eso. Utilizaba un tono serio para decirlo, y nunca llegué a saber qué se ocultaba detrás de aquellas palabras. Siempre

pensé que eran la expresión física de la afectividad en el pensamiento, lo único que me parecía tener en común con él.

Estaba claro que todas las fuerzas se centraban en mi amigo. Yo me aprovechaba del solo hecho de que compartiera ciertas vivencias conmigo, y mucho aprendí de ello. Sin embargo, también se puede decir que recibí algún tipo de enseñanza, a la manera de cómo enseña la vida, con el fin de limar ciertos defectos que anidaban en mi persona de forma más bien inconsciente. Quisiera mostrar un ejemplo.

Esto que relato fue para mí la primera prueba de peso. No nos conocemos del todo verdaderamente hasta que no vivimos ciertas situaciones especiales que se salen de lo que hasta entonces ha sido nuestra vida habitual. Entonces emergen en uno una serie de tendencias que yacen en potencia, como ocultas, y que en ese momento salen a la luz.

La aparición de Jimmy en mi vida produjo un cambio importante en ella desde el primer instante. Allí donde antes coexistían la duda y la inseguridad fueron desplazadas por dosis masivas de confianza y seguridad en mi propio destino. Gestioné mal esas nuevas fuerzas que nunca antes había tenido. Me sentía el rey del mundo y como tal, creí que podía disponer de él a mi capricho, que lo único importante era la finalidad. Entonces surgió en mí una inclinación a apropiarme de lo que no era mío. No distinguía bien el límite de esto último, y no era muy consciente de ello.

Jimmy nunca forzaba las conversaciones, nunca entraba en tu intimidad si tú no querías, aunque era evidente que lo sabía todo. En una ocasión en la que mantenía una conversación con él tomé conciencia de mis defectos como si de un cuadro general se tratara, y de que no sabía cómo enfrentarlos. Le pedí que me ayudara a superarlos como fuera. Lo pedí con empeño y Jimmy dijo que así lo haría. Pedirle algo así puede convertirse en experiencias muy intensas que, a buen seguro, marcan una vida. Uno olvida pronto lo que dice y se propone, no era este el caso de Jimmy.

A Jimmy le gustaba mucho hablar de la imagen. Decía que lo que importaba en el mundo era la imagen, la apariencia. Parecía dominar ese tema. Su vida en la Tierra había tenido que ver con ello, y a mí me daba la sensación de que éste era un aspecto clave en la propia vida de mi amigo. Aquel día Jimmy se dirigió a mí.

—Tu amigo no tiene ni un solo jersey en condiciones. Debe renovar su vestuario. Debe cuidar su imagen, y tú tienes que ayudarlo —me dijo sonriendo de una forma que no era posible resistirse—. Cómo lo hagas es cosa tuya, ¡pero hazlo! Ése es tu trabajo.

Le dije que lo dejara en mis manos. Me sentía muy seguro de mí mismo y para mí suponía un reto. Me despedí de Jimmy sin que mi amigo supiera nada.

A este tipo de situaciones yo las llamaba «el oráculo de Delfos», en las que «el oráculo» te dice algo y uno lo interpreta según sus propias inclinaciones. Estas situaciones son fuente de conocimiento de uno mismo y, por ende, de dolor.

Estaba verdaderamente henchido y orgulloso, convencido de que debía robar esas prendas ya que no conocía otro medio de obtenerlas. Nada iba a pararme. Tenía además la bendición de Jimmy, no explícitamente, aunque tampoco me había dicho nada en contra, y debía saber lo que me proponía. Él me ayudaría, sin duda. Eran extraños esos pensamientos pero eran los míos.

Paseaba por un bulevar flanqueado por comercios. Entré decidido en una de esas tiendas y vi un jersey muy bonito. Llevaba una extraña bola que lo sujetaba. «Solución: me llevo también la bola, debe tener su utilidad», pensé. Cogí varios como ese y los escondí en mi cuerpo. A la salida me descubrieron gracias al chivato electrónico de la bola. Entonces los dependientes, estupefactos, empezaron a sacar los jerséis que llevaba escondidos. No se esperaban tantos. Me insultaron sin medida. Me fui. No entendía cómo me había ocurrido algo así, tan seguro que estaba de mí mismo.

Un poco aturdido, entré en otra tienda. Observé que algunos jerséis no llevaban bola. Había aprendido la lección. Cogí varios. Salí de la tienda y un pequeño chivato electrónico escondido en uno de ellos hace saltar la alarma del establecimiento. Se vuelve a repetir la escena anterior. ¿Qué estaba pasando? No conseguía entenderlo.

He pasado de estar henchido de orgullo a un estado de fuerte confusión. «¿Dónde está Jimmy? ¿Es qué no piensa ayudarme?», me decía. «No puedo regresar con las manos vacías». Localicé una tienda un poco apartada de todo. La dependiente se encontraba en un avanzado estado de gestación. Lo vi claro. Todos los jerséis de calidad eran susceptibles de llevar un chivato electrónico. Había aprendido de todas las demás situaciones. No se veía a nadie que pudiera ayudar a la dependiente. Cogí un hermoso jersey y salí corriendo. Era un gran corredor. Corrí como una gacela pero alguien grita detrás de mí. Era la dependiente. No podía creérmelo. Corría tanto como yo. Miré hacia atrás y pude ver su enorme barriga moverse arriba y abajo con visible violencia. Mi cabeza empezó a dar vueltas. Mi alma pesaba dentro de mi pecho como si de plomo se tratara, me ahogaba por momentos. Me escondí en una vieja fábrica. La imagen de esa mujer corriendo me pesaba en la conciencia: «El bebé de esta mujer, Dios mío», me decía. Ella va directamente hacia mi escondite, casi como si se lo hubieran dicho. Arrancó con fuerza el jersey de mis manos pero me recriminó con afecto, con comprensión. Mi corazón se partió, casi pude escucharlo, y el mundo se me cayó encima.

Esto fue duro pero no lo bastante para mí. Aún recuerdo dos ocasiones más en las que mi comportamiento moral dejó mucho que desear. En cada una de ellas el desenlace era igualmente doloroso, la siguiente ocasión más dolorosa que la anterior.

Solo añadiré que, en lo sucesivo, nunca jamás cogí algo que no fuera de mi propiedad, aunque estuviera perdido. Acabé con una conciencia diáfana de lo que era mío y lo que no, de lo que podía disponer y de lo que no, y lo trascendí a todos los ámbitos de mi actuación. Algo que, en el fondo, mucha gente no tiene tan claro en la vida ordinaria. He llegado a conocer muchas personas ampliamente formadas tanto cultural como profesionalmente que no tienen muy claro los límites de su actuar. Ese rasgo distintivo es muy común y característico en algunas personas, y sale a relucir indefectiblemente en épocas críticas. Siempre pienso que a esas personas les habría convenido una instrucción a la medida tal y como la recibí. A buen seguro que, con el paso del tiempo, se sentirían muy agradecidos, al igual que yo lo estoy ahora.

Con Jimmy se aprendía de esa manera, esa fue al menos mi experiencia. Era un duro educador pero resultaba difícil recriminarle algo. Era decididamente muy gracioso. No fue ésa la única lección que aprendí, y espero haber dado una imagen fiel de lo que considero mi propio aprendizaje en ese tiempo.

En el fondo no se trata de hablar de mí. No es eso lo importante. Aún así, quisiera añadir que durante ese año creció en mí un cierto fanatismo, una cierta incomprensión hacia los demás, un destello de soberbia susceptible de crecer si no se llega a cortar de raíz. Antes de finalizar ese curso —se comprenderá al final de este capítulo— esa soberbia e incomprensión se transformó en humildad de corazón a través de un proceso de crisis muy importante para mí.

JIMMY Y DIOS

Desde el principio Jimmy dejó claro que ésta era una misión del mundo espiritual. Él venía del otro lado del umbral, detrás del portal que se atraviesa con la muerte física, con esa finalidad. También dejó claro que era un intermediario, el penúltimo eslabón de la cadena, y que nosotros éramos el último. A él le guiaban, igual que él nos guiaba a nosotros.

Alguna vez me habló de lo que vivía en ese mundo espiritual. Decía beber de las aguas vivas del Espíritu o que Dios se reía mucho con él. Nada difícil de imaginar por otra parte.

Jimmy no se solía repetir. Decía las cosas una vez. Si le preguntabas sobre lo ya dicho, obtendrías la misma respuesta. Pero, una vez que decía una cosa pasaba a otra. Así, desde el principio nos conminó a llevar una vida cristiana en todos los sentidos, a participar de los sacramentos, de las lecturas sagradas, a llevar a Cristo en nuestras almas, a que conviviéramos con un mundo espiritual.

Jimmy te hablaba con claridad. Luego tú tenías total libertad para actuar como quisieras. Eso sí, siempre aparecía si surgían problemas. Sé que con mi amigo era muy

estricto, sobre todo al principio. Tuvo que cambiar su conducta en muchos aspectos. Pero yo diría que con esta cuestión, más que con cualquier otra, lo dejaba a nuestro propio arbitrio. Al menos, así fue en mi caso.

Para ser sincero, no me sentía cómodo con el mundo religioso. Nunca dudé de la existencia de un mundo divino pero no confiaba en los hombres sin más, y ciertas actitudes me parecían susceptibles de ser insanas en un terreno —me decía— muy resbaladizo. Solo el sacramento de la eucaristía, por pura experiencia personal, me resultaba afín.

Si le preguntabas a Jimmy te decía: «¡Come de ese pan sagrado! Mucho ha sido preciso para que puedas vivir el cuerpo y la sangre de Cristo». Pero no volvía a repetirlo.

Desde muy joven este mundo me parecía el escenario de una guerra oculta entre las fuerzas del Bien y las del Mal. Me sorprendía el Mal por su violencia interior y cuan cercano está del hombre. Sentía que había una gran hipocresía humana general en no tratar este tema de manera abierta, y que se eludía enfrentar el meollo del asunto. Veía mucha desorientación y confusión en el mundo y en mí mismo.

Cuando entendí que la misión de mi amigo tenía que ver con aportar luz al mundo combatiendo esa confusión y esa desorientación, me sentí inmediatamente identificado con esta Causa.

Vi a mi amigo venir hacia mí. Acababa de participar en una celebración religiosa junto a su novia. Estaba muy serio.

—Durante el acto religioso me ha hablado Dios— me dijo profundamente impresionado.

Permanecí callado, a la expectativa de lo que va a decir.

—«Espero mucho de ti». Esas han sido sus palabras— me dijo, mientras parecía recogerse en sí mismo, como queriendo cargar sobre sus hombros esa responsabilidad.

LAS FUERZAS DE MI AMIGO

Al principio el aspecto de mi amigo era bastante salvaje y rebelde. Con el tiempo todo en él se va refinando. Cada día que pasa hace nuevos descubrimientos. Era difícil no verlo pleno de fuerzas, movido por una intensa emoción. Jimmy parecía instruirlo secretamente. Pronto me habla de imágenes de sucesos suministradas por Jimmy y que, a modo de vídeo, puede visionar en su mente. Experimenta con sus fuerzas, se desengaña, aprende.

Aquel día me dijo que Jimmy le había insertado una especie de computadora en la cabeza. Gracias a ella, podía hacer cálculos complicados. Esa tarde iba a tener ocasión de ponerla a prueba, ya que un compañero le había invitado a jugar al tenis.

—Se va a llegar una buena sorpresa. Se cree un gran jugador, pero voy a servirme de mi computador para analizar las jugadas y darle un escarmiento— me dijo muy seguro de sí.

Le miré sonriendo, estaba muy jovial. No dudaba ni por un momento que todo sucedería tal y como me estaba contando. Nos vimos algo más tarde. Le pregunté por el partido. Su cara enrojeció de la vergüenza. Hacía gestos con las manos como si no supiera muy bien qué era lo que había sucedido.

—Me ha pegado una soberana paliza— me dijo riendo.

No parece que hubiera nada de provecho en esa computadora pues nunca se volvió a hablar de ella.

Sus sentidos muy pronto se agudizan: La vista, el oído. Intensifica los olores de una manera sorprendente.

Mi amigo estaba profundamente enamorado de su novia. Aquel era un amor verdaderamente grande. La chica tenía un pariente cercano que era estudiante como nosotros. Él andaba secretamente enamorado de ella, y mi amigo tenía que soportarlo. Había algo en ese pariente que le molestaba verdaderamente. Le era profundamente antipático.

Una noche acudía al encuentro de mi amigo. Los dos sonreíamos. De pronto torció el gesto, acercó su nariz, me olía de manera ostensible.

—¿Has estado hablando con el pariente de mi novia? ¿Es acaso amigo tuyo? No me gusta ese tipo— me dijo.

—No, qué va. No lo he visto... Un momento, espera — un recuerdo súbito me viene a la mente —. Hablamos esta mañana, ya no me acordaba...

—Pues aún hueles a él— me dijo con cara de pocos amigos.

Había dos personas por las que sentía una profunda antipatía, y mientras ésta existió, siempre adivinaba cuándo había mantenido contacto con alguna de ellas. Con el tiempo dejó de tener aquel sentimiento hacia esas personas. No fue este el único incidente en el que de alguna manera se veía involucrada su novia, ya que en su educación nada se le ocultaba por muy desagradable y personal que fuera.

Aquel día, exactamente un piso más abajo de donde nos encontrábamos, tenía su habitación un pariente mío. Yo había estado manteniendo una larga conversación con

Jimmy. Justo cuando terminamos apareció mi amigo, y estaba furioso. Mientras había permanecido fuera de su cuerpo, a su regreso, por decirlo así, había tenido ocasión de observar a ese pariente mío. Al parecer estaba pensando de manera obscena, y el centro de sus pensamientos tenía como objeto la novia de mi amigo.

—He estado a punto de freírle el cerebro— dijo indignado.

Con ello se puede apreciar qué tipo de fuerzas manejaba o, si se prefiere, aseguraba poder manejar.

Otro día entré en su cuarto. Quería decirle algo. Llevaba una jaula vacía, de esas que atrapan pequeños roedores. Estaba aparentemente limpia, un compañero me la había dejado. Se apresuró a impedirme pasar, y me pidió por favor que me deshiciera de ella inmediatamente.

—No se te ocurra llevarla contigo. Dile a su dueño que la tire o la desinfecte. Es un nido de bacterias patógenas— me dijo después de mirarla con detenimiento y a cierta distancia.

Una noche me contaba lo enamorado que estaba de su novia. Me preguntó si alguna vez me había enamorado.

—Sí, una vez— le respondí.

—¿Cómo era ella?— preguntó curioso.

—No sabría describirla. ¿Puedes ver mi mente?— le dije.

Asintió con la cabeza. Cerré los ojos. Con facilidad evoqué ese antiguo amor.

—Haz una poesía de lo que has visto— le dije queriendo ponerle a prueba.

—¡No se me da bien la poesía!— se reía.

—Es fácil— le inicié —, solo es música.

Entonces compuso una bella poesía que describía el pelo y los ojos de color azabache de la imagen evocada, así como del sentimiento que su recuerdo en mí producía.

ANTE LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Era habitual que mi amigo y yo tuviésemos un encuentro por la tarde, casi entrada la noche. Disfrutábamos enormemente de esos momentos, especialmente yo, ya que mi amigo vivía en continuo contacto con Jimmy y aquellas cuestiones que me podía contar despertaban en mí un gran interés. Con frecuencia Jimmy hacía acto de presencia para dirigirse a mí personalmente.

Aquella tarde acordé esperarlo en su cuarto de estudiante. Pero quien impetuoso abrió la puerta de la habitación fue Jimmy —siempre dentro del cuerpo de mi amigo—. Estaba muy enfadado. Mi amigo había cometido un acto indigno de él y lo había estropeado todo. Había sido tentado y había caído en esa tentación. Me contó de qué se trataba. No podía creerlo. Estaba consternado. Las cosas de mi amigo siempre eran de lo más fuerte, de lo más increíble e inesperado. Jimmy me dijo que iba a ser duramente castigado, ya que a él no se le permitía según qué errores. Creo que le dije que eso no podía ser así, que me dejase hablar con él. Eran momentos de dolor y perplejidad.

Apareció mi amigo. Estaba mareado. Apenas se recuperó un poco me preguntó qué era lo que estaba pasando. Le recriminé, con muy poco tacto, cómo es que había llegado a cometer ese acto tan reprochable. Él, todavía un poco mareado, se echó las manos a la cabeza y dijo que no había hecho tal cosa, que no podía ser cierto tal y como se lo estaba contando. Me di cuenta de lo inoportuno de mi comentario. Me callé.

En el más profundo silencio, en la cara de mi amigo se vislumbraba un gran sufrimiento. Mirando hacia la nada, parecía estar viviendo en otro mundo. Su centro de atención parecía localizarse en mundos muy alejados del que me hallaba. Pasaba el tiempo muy lentamente y yo lo miraba sin saber qué hacer. De repente su boca empezó a babear saliva en un hilillo sin interrupción. Su cuello se doblaba como si no pudiese sostener su cabeza. Un increíble sufrimiento me transmitía y también una profunda dignidad difícil de describir. Extrañamente percibí que mi amigo parecía irradiar una extraordinaria, una inmaculada belleza. Descubrí entonces por pura experiencia la relación que existe entre el sufrimiento y la belleza. Nada se puede objetar ante lo que se vive, ante lo que se experimenta por uno mismo.

Me sentía aturdido por la solemnidad del momento. La dignidad que mi amigo irradiaba me conmovía en lo más profundo. El tiempo parecía no correr. Poco después apareció Jimmy —siempre dentro del cuerpo de mi amigo—, se levantó de la cama y se sentó en una silla. Estaba muy serio.

—¿Qué es lo que está pasando, Jimmy?— pregunté con preocupación.

—Tu amigo lo está pasando muy mal. En estos momentos está ante las puertas del infierno— me dijo con sumo pesar.

Yo sabía lo duramente que era tratado mi amigo. Era como si no se pudiese permitir cierto tipo de errores. Él lo aceptaba con naturalidad y yo podía ver como daba pasos de gigante en su desarrollo. Sin embargo, lo que estaba sucediendo me parecía excesivo. Un profundo dolor me invadió al imaginarme a mi amigo en tal peligro.

—¡No, no, no!— me abalancé hacia Jimmy, gritándole

Hubiera dado mi vida porque el receptáculo de tan inmensa dignidad siguiera viviendo, y en esos términos me expresé. Apareció entonces mi amigo. Me pilló desprevenido. El cuerpo que con Jimmy permanecía erguido y derecho deja de tener sostén. La cabeza de mi amigo se desplomó con violencia, rebotando, sobre su mesa de estudio. Su cara estaba descompuesta y apenas podía levantar la mirada. Di gracias a Dios de volver a verlo aunque fuera en ese estado.

Me contó con ojos desorbitados que había permanecido ante las puertas del infierno y que el verdadero dolor provenía del hecho de sentirse alejado de Dios.

—Se trataba de un dolor insoportable— me dijo.

Nos despedimos. Estábamos realmente exhaustos. No podía dejar de pensar en su cara de sufrimiento. Nos vimos al día siguiente. Yo todavía estaba afectado. Él, en cambio, se encontraba perfectamente y eso hizo que me sintiera mejor. Parecía, eso sí, un poco diferente. Jamás volvimos a hablar de lo sucedido. Y creo recordar, aunque no estoy seguro, que Jimmy llegó a decirme que ese suceso se lo había borrado de la memoria.

EL CABALLERO

Aún puedo recordar con gran nitidez cómo todo lo relacionado con mi amigo estaba dotado de una luz especial. Un objeto que parecería carecer de importancia, la adquiriría como por arte de magia en su presencia, por su forma de cogerlo, de mostrarlo, a su solo contacto.

Desde el principio ciertos símbolos se asocian a él. Símbolos que apuntaban a lo que calificaría como rango espiritual. Esa condición que permanece oculta a los ojos físicos, así como un mendigo por su posición material en el mundo, puede ser un príncipe por la nobleza de su espíritu. «Sólo se ve bien con los ojos del corazón», —solía decir Jimmy emulando una frase de *El Principito*.

Recuerdo el primero de esos símbolos. Aquel día entré en su dormitorio, él estaba estudiando. Mi mirada se posó sobre la repisa de los libros en los que se apoyaba una pequeña reproducción. En ella aparecía majestuoso un caballero medieval vestido con ropajes rojos. Jimmy se la había traído.

«¿Un caballero? ¿Qué tiene que ver con esto?», —me dije extrañado.

En los días siguientes, Jimmy me habló de mi amigo en términos del potencial que llevaba consigo, de lo que ya era y de lo mucho que se esperaba de él. Estos términos hablaban de una capacidad de amar, de lucha, una fuerza, nobleza y sacrificio de espíritu mayúsculos.

—Él es un caballero —me dijo, y detrás de estas palabras me parecía vislumbrar un ideal de ser humano encarnado en la Tierra, caminando sobre ella.

—¡También yo quiero ser un caballero! —le dije con ingenuidad, y en su risa se podía ver cuán lejos estaba yo de entender los sacrificios que aquella empresa exigía.

Efectivamente, el carácter de mi amigo se refinaba y se fortalecía cada vez más. Sus modales se suavizaban, su mirada se volvía más y más comprensiva. Superaba cualquier prueba que se le pusiese en el camino, y lo hacía con la elegancia de quien guarda un preciado tesoro en su interior. Ésa ha sido, desde entonces, una constante en su vida.

Una vez me confesó que ante las situaciones límite que hubo de vivir, en las que parecía que el siguiente paso era el de la caída definitiva, emergía de su interior una fuerza que lo restituía casi inmediatamente. Es difícil imaginar una fuerza así, pero he de confesar que la he visto actuar ante mis ojos muchas veces.

Avanzó mucho en su educación, si queremos llamarla así. Tanto avanzó que, pasados algunos meses, Jimmy me estaba hablando de algo relacionado con él y terminó la frase diciendo: «...es un príncipe». Por pura asociación mental con el único príncipe del que había oído hablar, pensé: «príncipe...de las tinieblas».

—Príncipe de la luz— dijo Jimmy no bien hube terminado de pensar eso.

EL GUERRERO

Yo diría que como regla general, los acontecimientos que viví en ese tiempo seguían un orden. Así se podría afirmar que en un determinado momento algo pasaba como detonante de sucesos que estaban por venir. En las conversaciones que mantenía con Jimmy me mostraba o me hacía volver la mirada hacía un aspecto de la personalidad o de la vida de mi amigo. Se daba entonces la circunstancia de que ese aspecto se desarrollaba en lo sucesivo ante mis ojos de una determinada manera.

Con respecto a lo particular que quiero decir, todo empezó a raíz de un encuentro un poco violento:

Mi amigo solía pasear por las tardes con su novia y, en esa ocasión, cuando ya había anochecido, un maleante les sacó una navaja con intenciones que nunca llegamos a conocer en detalle, ya que mi amigo, para asombro de su novia, le soltó un puñetazo con una rapidez endiablada. También mi amigo se asombró del efecto devastador que produjo en el asaltante desplazándolo varios metros. A raíz de ello Jimmy me habló de las especiales fuerzas que vivían en mi amigo en ese campo. Esas insinuaciones ayudaron a que éste me contara su vida pasada. Esto es, a grandes rasgos, lo que llegué a saber.

Mi amigo era un experto en artes marciales. En su adolescencia había practicado una de esas artes, y su maestro oriental vio en él un potencial fuera de lo común. A través de su maestro, siendo aún un adolescente, partió hacia un lugar de Oriente donde durante un tiempo asimiló unos conocimientos y habilidades que no debían ser de dominio general. De lo secreto y serio de este tema puede dar una imagen lo que sigue.

Mi amigo me contó que algunos de esos conocimientos secretos empezaron a ser revelados por un personaje público en una determinada época, y mucho de su éxito futuro parecía depender de que estos secretos se siguieran haciendo públicos de manera más o menos velada. Representantes de esta Orden secreta pidieron reunirse con él. Aquel personaje aceptó muy confiado por el éxito de su carrera.

—Se confió— dijo mi amigo—, y lo mataron con un apretón de manos.

Este personaje es Bruce Lee. Me explicó el proceso: algo sobre energías que incidían en la circulación de la sangre, y me mostró el punto de aplicación. Tomó mi mano y apretó levemente en la base del pulgar. Me sentí ligeramente mareado y soltó la mano al instante. No pude hacer otra cosa más que asombrarme. Su actitud era seria y reflexiva. No dude de él. Lo único que pensé fue que su vida estaba a años luz de la mía. No acertaba a entender qué hacíamos juntos en esta Causa como gustaba llamarla Jimmy. No habría pensado más en ello si no hubiesen sucedido ciertos acontecimientos.

Pasados unos días lo encontré hablando sobre el tema de Bruce Lee con otros compañeros. Me sorprendió. No lo esperaba, aunque no comentara cómo había llegado a obtener esa información. Para mí todo lo que sucedía entre ambos estaba rodeado de un profundo secreto. Me dijo que deseaba que se conociera la existencia de ese tipo de Órdenes. Comprendí que el secretismo fomentaba el poder de dichas Órdenes.

Quisiera decir que esta Orden tenía un nombre, y los que formaban parte de ella también. Mi amigo era uno de ellos. Nunca antes había oído esos nombres. Me resultaban extraños, pero pasados unos años esos nombres empezaron a aparecer por todas partes. Estaban muy difundidos y eso llamó mi atención. Solo a la luz de estos nuevos datos podía entender la posibilidad de que mi amigo hubiese tomado un camino equivocado en la vida y que la aparición de Jimmy impidió.

Pasaron unas semanas. En un determinado momento empecé a tener la sensación de que me seguían un par de hombres de raza oriental. Pensé que eran imaginaciones mías. Poco después me comentó que dos personas pertenecientes a esa Orden se habían puesto en contacto con él. Sabían que estaba hablando, a pesar de que existía un voto de silencio, y querían verlo.

—Niégate— le dije.

—No puedo— respondió—, saben de nuestra amistad y me han amenazado con hacerte daño.

Fui a verlo el día que se iba a producir el encuentro que se presumía violento, pero mi amigo no iba a dejarse sorprender. Se sentía fuerte, muy fuerte. Estaba muy seguro de sí mismo y de lo que iba a pasar, como si jugara con ventaja. Estaba sereno y sonriente, un poco excitado, como si estuviera deseoso de demostrar la fuerza que era capaz de desplegar.

—Solo mi maestro pudo intuir quién soy en este campo— solía decir por aquel entonces.

Me pidió un favor, tal vez debido al hecho de que se me había inmiscuido en este asunto: que a una determinada hora pidiera una ambulancia para recoger a dos personas que se habían caído de un primer piso en una determinada dirección. Con ello daba a entender cuál pensaba que iba a ser el desenlace. Llegada esa hora así lo hice.

Le esperé, preguntándome cómo se podía afrontar algo así con esa seguridad. «Su misión debe ser muy importante, y todo un mundo espiritual parece estar a su lado, a su servicio incluso, y este suceso, en el fondo, debe ser poca cosa», pensé. Ese pensamiento me animó.

Llegó pasadas unas horas. Me tranquilizó verlo. Estaba exultante. Él mismo estaba impresionado de la energía que se había desplegado en el combate. Tal despliegue de energía había cogido por sorpresa a sus oponentes. No pregunté más y, aunque no puedo asegurarlo, tengo la sensación de que el combate fue breve. Todo esto me pareció demasiado peligroso. No sabría cómo solventar ese tipo de situaciones por mí mismo. Pareció conocer mis pensamientos, y me pidió que me fuera y descansara un poco.

En una ocasión Jimmy me dejó entrever que yo no iba recibir ningún daño físico mientras formara parte de la Causa. Ciertamente he llegado a tener vivencias muy intensas, algunas de las cuales contaré, pero las cuestiones que han llegado a ser peligrosas han pasado ante mí en una forma que he podido convivir con ellas.

Estaba claro que no estaba allí para enfrentarme a ese tipo de situaciones de forma directa. Aún así, todo tiene un sentido, todo es símbolo de algo. También mi participación lo era. De eso estoy seguro.

ACLARACIÓN

¿Cómo es posible que integrantes de esa Orden supieran que mi amigo había roto el secretismo que los amparaba? ¿Y cómo es posible que aparecieran justo en ese momento?

Uno se puede preguntar cómo es posible que tengan lugar esas coincidencias, esas extrañas coincidencias. No puedo dar respuestas de cómo ciertas cosas que parecen increíbles son posibles. Únicamente puedo transmitir lo vivido por mí —algunas cosas las he visto, otras sólo las he oído—, y en ese sentido he de decir que, por lo que yo recuerdo, siempre fue así. Las cosas de mi amigo eran así. Como si su destino fuera enfrentarse a determinadas situaciones, y esas situaciones, como saliendo de la nada para quien no sabe cómo, venían a su encuentro decididamente. Y estas situaciones debían tener un desenlace, debían ser superadas o serían una carga, y mi amigo no llegaría a ser nunca lo que se esperaba de él.

DEMIAN

Aquella mañana habíamos quedado para desayunar en un bar. Vino a mi encuentro pletórico. Estaba muy contento. Siempre lo estaba, aunque aquella vez su mirada reflejaba que algo especial pasaba. Lo lamentaba, no se podía quedar. Iba a protestar, pero era un cambio de última hora. Le esperaba su novia. Cerré la boca. Era consciente de que para él, esa clase de felicidad no se podía comparar con ninguna otra cosa, y no había nada que negociar.

Antes de marcharse, me preguntó si quería saber quién era él. Le dije que sí. Sonriente, me muestra un libro: *Demian* de Hermann Hesse. «Éste soy yo», me dijo un poco más serio. «Léelo con atención», insistió. Y se marchó tan animoso como había venido.

El libro se quedó sobre la mesa. Aún podía ver a mi amigo a lo lejos. Tenía la sensación de haber tenido un encuentro con un rayo, con una fuerza de la naturaleza. Todo parecía brillar a su alrededor. «Será la felicidad», me dije.

El libro permaneció sobre la mesa varios minutos más. No me atrevía a abrirlo. ¿Qué iba a encontrar en él? Finalmente lo abrí y leí con gran interés, sobre todo la descripción que Sinclair hace de Max Demian. Sin duda había algo de mi amigo en todo eso, aunque, en cierto modo, el afecto que sentía por él me impedía verlo de esa manera.

Algunas de las cuestiones que Hesse pone en boca de su Demian me parecían un tanto extrañas. No terminaban de gustarme. No por ello lo catalogué como menos importante. Antes bien no lo creía así, aunque contenía demasiados enigmas como para no ser dejado a un lado por un tiempo, dejando de ese modo que actuara en mí lo leído.

Como digo, dejé a un lado aquello que no comprendía y me centré en aquellas otras cuestiones que me resultaban más familiares. A partir de aquel día, como si de la cosa más natural del mundo se tratara, empecé a llamarlo con el nombre de Demian, alegrándome de haber encontrado un nombre que reflejara la verdad de mi amigo, lo que él era.

LA EVOLUCIÓN DE DEMIAN

De suma importancia era la instrucción, la educación de Demian. Nada podía saber yo de ella en sus procesos interiores, que permanecían ocultos a mi mirada. Sin embargo, estoy seguro de haber participado de esos procesos en sus efectos exteriores. A ese respecto tenía la impresión, y aún la sigo teniendo como recuerdo, de que cada día que pasaba Demian parecía tener algo nuevo o, cuanto menos, acrecentado.

Durante la primera parte de esos nueve meses que aproximadamente permanecimos juntos, muchas de las experiencias de Demian venían más de la mano de Jimmy. Después las experiencias, los conocimientos, parecía adquirirlos por su propio esfuerzo, y Jimmy aparecía en un segundo plano, como esperando que mi amigo averiguara cosas por él mismo para hacer acto de presencia. Había una evolución más que evidente en Demian pero, como ya dije, solo puedo transmitir algunos de sus efectos.

Al principio, cuando Jimmy utilizaba su cuerpo para hablar conmigo, ya estuviese el tiempo que fuera —y podía ser toda una tarde—, al reincorporarse Demian seguía la conversación en el mismo punto donde la había dejado, e ignoraba lo que había sucedido entretanto, si yo no le decía nada. En esos primeros meses Jimmy solía hablar mucho conmigo. A Demian le molestaba ese continuo uso de su cuerpo, y solo por afecto a mí se resignaba.

Muy pronto dejó de estar en ese limbo, por decirlo así, y se daba cuenta de todo. En ocasiones se callaba, como si Jimmy se estuviera comunicando con él. Me miraba en silencio y aparecía Jimmy. En una ocasión le pregunté a Jimmy qué hacía Demian en ese preciso instante, y brevemente me respondió: «Ahora mismo, está estudiando». Por lo general, no le preguntaba qué hacía o dónde había estado, ya que yo tenía demasiadas cosas en que pensar cuando terminaba de hablar con Jimmy.

Demian participaba de los pensamientos de los demás. De alguna manera los veía. Sabía perfectamente si alguien mentía.

Todos guardamos detrás de nuestras acciones pensamientos e intenciones que, en algunos casos, nos son desconocidos hasta por nosotros mismos. Esos pensamientos e intenciones ocultas no lo eran para él. Siempre me sorprendía lo que podía llegar a manifestar sobre lo que verdaderamente se escondía detrás de lo que otros hacían o decían. Aunque me esforzaba en comprender, era como si me hablara en otro lenguaje. Para mí estaba claro que él estaba despierto en un lugar donde yo dormía.

Sus sentidos estaban muy agudizados. Su visión podía omitir la materia física en sus diferentes grados, densidades u órganos —no puedo saberlo exactamente— a modo de escáner. De ese modo si iba a comer un alimento lo miraba y podía saber si existía algún problema, algún elemento dañino.

En una ocasión me dijo que yo tenía un principio de cáncer de piel en la cara, y lo eliminó. Al fin y al cabo, estas son cuestiones que no puedo comprobar, pero era fumador, y en esa misma ocasión me dijo que tenía los pulmones muy sucios y dijo haberlos limpiado. Puedo asegurar que, en este caso y otros más, sentí mis pulmones más limpios, y lo comprobé al hacer ejercicio y amanecer sin tos alguna. Era como cuando no fumaba. Un fumador empedernido como yo notaba la diferencia.

¿Cómo había llegado a adquirir esas cualidades, esas habilidades en tan corto período de tiempo? Lo ignoraba por completo. Simplemente era así y participaba de ello como la cosa más natural del mundo. Estas habilidades eran trazos, la punta del iceberg de una evolución interior de la que yo no podía participar e ignoraba casi completamente. En el fondo estas habilidades no llamaban mucho mi atención en el sentido de que pronto me acostumbré a que las cosas fueran así.

Lo que verdaderamente llamó mi atención porque si pude percibir, y lo pude percibir porque si tenía un órgano de percepción receptivo a ello —Jimmy solía decir que lo invisible solo se ve con el corazón— fue la luz que parecía desprenderse de él en todo lo relativo a su persona. Era una mezcla de fuerza, humildad, simpatía, amor por lo humano, sabiduría y amabilidad. Se trataba de un compendio de virtudes en un grado muy elevado que, unificados en una misma persona transmitían sensaciones muy especiales. Jamás vi nada igual, y creo que jamás volveré a verlo en esta vida.

Ésa fue la verdadera experiencia para mí, la más impresionante, la más importante de todas las vivencias que llegué a tener. Nada importa que una persona pueda calentar o desplazar sólidos con solo pensarlo, ya que en sí mismo eso es groseramente material, y aunque puede indicar un pensamiento fuerte susceptible de ser aplicado en el mundo, nada dice de su corazón, de sus intenciones. Nada dice de lo moral.

El poder ver un corazón auténticamente noble deslumbra al alma que lo ve. Esa luz y esa nobleza eran lo que podía distinguir con mi corazón. Comprendía entonces a Jimmy cuando se refería a mi amigo en términos principescos.

Destacando por encima de todas las cosas, uno sentía una especial, profunda y sincera admiración por el amor que mostraba hacia su novia. Nunca creí posible que se pudiera llegar a amar a un ser humano de esa manera. Uno amaba cómo Demian amaba. Era como ver el corazón de todos los románticos —me refiero al movimiento cultural— encarnados en su persona.

Esta nobleza, ese compendio de virtudes encarnado en Demian, fue lo que verdaderamente me unió a él. Uno es capaz de sacrificar mucho porque alguien así viva en la Tierra y el mundo se beneficie de ello. Y el solo recuerdo de ese nacimiento, por así decirlo, me hizo permanecer fiel a él en los momentos en los que ya no podía gozar de su compañía.

Todo esto fue más notorio a partir de la segunda etapa de los nueve meses que estuvimos juntos, a raíz de su transformación como la he llamado, en el tiempo de su veintiún cumpleaños, que narro en la segunda parte de este capítulo.

LA MISIÓN DE DEMIAN

Al principio casi nada podía saber yo sobre el tema. En nuestro primer encuentro, Jimmy, solo me dijo que mi amigo tenía una importante misión que realizar en el mundo. A medida que pasaba el tiempo me iba haciendo una idea. Veía con qué empeño Demian estudiaba Filosofía y se interesaba por todas las cuestiones relativas al conocimiento. Era testigo de cómo anidaba y se desarrollaba en él una serie de virtudes, cómo se desplegaban en él una serie de fuerzas que nunca había visto en un ser humano.

Demian era un hombre muy atractivo, no solo físicamente, sino también en su sentido literal: atraía. La forma como se movía y decía las cosas atraía la atención de todos. No le era posible pasar desapercibido. Casi desde el principio, Jimmy hacía hincapié en la importancia de la imagen, y que Demian debía revestirse de una imagen resplandeciente. Eso le abriría puertas.

—La imagen es lo único que importa en este mundo— solía decir Jimmy.

Yo sabía de la existencia de sistemas y teorías cuya puesta en práctica habían causado dolor a la humanidad. Desconfiaba abiertamente de los hombres, y no encontraba en mí mismo una guía rectora que me allanase el camino. Entendía las cosas a mi manera, y encontré que en Demian vivían esas fuerzas que podían aportar una claridad tan anhelada como sanadora, y que su forma de exponerla llamaría la atención del mundo.

PARTE SEGUNDA

LA TRANSFORMACIÓN

Soy consciente de que me puedo repetir en exceso, pero Jimmy era un tipo muy divertido. Uno siempre tenía una sonrisa en la cara cuando se hablaba de él, y para mí era particularmente difícil negarle algo a alguien con quien te lo pasabas tan increíblemente bien.

Demian también se expresaba en los mismos términos al hablar de Jimmy. Su relación era aún más cercana que la mía. En muchas ocasiones hablábamos de las ocurrencias de Jimmy, y la sala donde estábamos se convertía en una fiesta de risas interminables. Encontrarse a Jimmy en un semáforo, vestido de vaquero con unas pistolas colgadas del cinto, esperando para cruzar, puede ser algo muy divertido.

Recuerdo haberle preguntado cómo era eso posible si estaba muerto.

—No te preocupes —me dijo—, es solo una imagen.

Para mí era impensable algo así, pero Demian comenzó a indagar en la personalidad de Jimmy. Empezó a querer saber más sobre el Jimmy del presente. La naturaleza de Demian parecía obligada a confrontarse a todo, y Jimmy no iba a ser una excepción.

La relación entre ellos era muy estrecha y particular. El poder que Jimmy tenía sobre Demian en según qué cosas era muy elevado. Estaba claro que ese poder no venía de Jimmy sin más. Sin embargo, también estaba claro que las cosas venían a través de Jimmy, o venían a través de Jimmy. No había otra posibilidad.

Ese papel de intermediario empezó a ser destacado por Demian, restándole importancia a nuestro amigo. Demian parecía medir sus fuerzas con las del propio Jimmy. En algunas materias como, por ejemplo, en psicología, opinaba que ya sabía mucho más que Jimmy, y lo ubicaba en un lugar no demasiado elevado dentro del mundo espiritual. Yo presentía que Jimmy estaba molesto por esa actitud hacia él. Por mi parte, solo llegué a notar una cierta rebeldía en Demian durante el tiempo que precede a lo que quiero contar. Durante ese tiempo empezó a poner en tela de juicio aquello que Jimmy decía. Yo percibía que algo estaba pasando en ese sentido, pero de los detalles del asunto nada llegué a saber en concreto.

Una de las tardes en las que nos solíamos ver, me encuentro a Jimmy sentado en la mesa de estudio de mi amigo. Está muy serio. No recuerdo con exactitud toda la conversación, ya que me pilló desprevenido. Estas cosas evolucionaban siempre muy rápidamente, y yo debía amoldarme con la misma rapidez.

En aquella ocasión recriminó nuestra forma de poner en tela de juicio su autoridad. Presentí por sus palabras que Demian y él habían tenido un encuentro poco amigable. Nadie me dijo nada pero, conociendo a Demian como lo conocía, diría que había querido poner límites a la actuación de Jimmy, y eso era malo en el sentido de que era una acción prematura.

Jimmy me advirtió que se habían tomado medidas en ese sentido. Me dijo que mi amigo iba a necesitar mi ayuda por encima de todas las cosas. Sin prevenirme sobre nada más se marchó y apareció mi amigo Demian, que miraba a la mesa como queriendo situarse. Volvió su mirada hacia mí y con extrañeza preguntó.

—¿Quién eres tú? ¿Qué haces en mi habitación?

Reaccioné rápido. Le conté que éramos amigos, que estaba al corriente de su misión.

—¿Sabes quién soy yo? —me preguntó.

—Sí, tú eres Demian —le respondí.

—Demian... —se quedó pensativo, me miró fijamente—. Sí, ése es mi nombre.

Relaté algunas vivencias suyas que solo podían ser conocidas por alguien muy cercano. Le hablé de Jimmy. No conocía a nadie con ese nombre. No parecía preocupado. Estaba tranquilo y confiado. Le observaba con toda mi atención. Era mi amigo, sin duda, pero había en él algo distinto. Más limpieza en la mirada, más nobleza, más mansedumbre. Estaba transformado.

Demian me observaba con cierta curiosidad. Supongo que se preguntaba quién era yo. Creo recordar que en ese momento —quizás fuera más adelante— Jimmy se puso en contacto con él. Me comunicó que el tal Jimmy se había presentado y le decía, entre otras cosas que, efectivamente, yo estaba al corriente de todo. Aproveché para preguntarle de dónde venía. Se confió y me contó que había pasado varios años de discipulado bajo la tutela de su maestro Inmanuel Kant en el mundo espiritual. Le comenté que conocía algo de ese señor. Le conté la anécdota de su inmortal chaqueta. Gracias a Dios pude volver a escuchar la risa de mi amigo aquella misma noche. También me contó brevemente que en esos años había conocido a una persona de una extraordinaria humildad, San Benito, de la que había aprendido mucho. En esos momentos tenía la intención de encender una vela para rezarle. Nos veríamos al día siguiente.

Aquella mañana del día siguiente nos volvimos a encontrar. Su trato era más familiar. Tenía su explicación. Jimmy le había suministrado algunas imágenes de lo que habíamos vivido juntos a modo de vídeo. No era la primera vez que oía hablar en ese sentido. En alguna ocasión me comentó que había visto tal o cual suceso porque Jimmy

le había facilitado las imágenes. Me tranquilizó saber que todo lo sucedido no iba a afectar nuestra amistad. Por aquel tiempo había en él un rasgo característico muy especial que resultaba curioso y divertido. Ya he hablado de su nobleza de corazón, y a eso hay que añadirle un halo de inocencia e ingenuidad muy singular como si realmente, en cierto sentido, fuera un recién nacido.

¿Qué había pasado? ¿Qué estaba pasando realmente? He de confesar que con haber recuperado a mi amigo ya me sentía satisfecho y sin ganas de preguntar. Por propia experiencia sabía que aquello que tuviera que saber acabaría por saberlo. En el fondo eran demasiadas cosas para mí, y no pensaba precipitarme.

EL ORO VERDADERO

No entendía muy bien porqué Demian parecía no recordar nada. Él hablaba como si todo lo conociese por primera vez, y yo no comprendía qué sentido podía tener eso. Guardaba todo esto en mi interior y, en el fondo, tampoco me preocupaba demasiado. Bien mirado, resultaba divertido ya que se producían situaciones bastantes inusuales.

En aquellos días era muy notorio que Demian no parecía dominar su cuerpo al completo. Siendo más preciso, diría que sus movimientos no eran los de antes. La forma en que hablaba, andaba o miraba a su alrededor era muy particular, distinta. Tenía otra cadencia. Su ingenuidad y la torpeza de sus movimientos le daban un aspecto muy singular, muy gracioso.

Durante esos primeros días estuvimos juntos casi todo el tiempo. Aquella mañana decidí enseñarle la ciudad. Paseamos por ella un buen rato. De pronto mi amigo se detuvo.

—Huelo a oro —me dijo.

—¿Dónde?

—¡Cerca de aquí! —volvió la vista hacia mí—. ¿Quieres oro?

—¡Sí, Búscalo! —le dije, mientras pensaba que había vuelto con unas habilidades muy interesantes. Entonces fue cuando empecé a ver allanado el camino.

Con la cabeza erguida hacia arriba —la gente nos miraba—, y como guiándose por el olor, cruzábamos calles, unas veces hacia un lado, otras hacia otro, durante un buen trecho. Calles por las que antes no habíamos pasado. No me parecía que ese oro estuviera tan cerca, y no entendía cómo podía ir tan seguro, y oler a tanta distancia. Al final torcemos una esquina a la izquierda y aparece una pequeña callejuela solitaria. Mi amigo me dijo:

—¡Allí está! —exclamó.

—¿Dónde? —pregunté.

—Allí —me respondió—, en medio de la calle.

No conseguía ver nada. Pensé que no serían las deseadas monedas de oro —mi imaginación se desbordó— sino más bien algo pequeño. Una pulsera quizás.

Se encaminó decidido hacia el centro de la callejuela. Seguía sin distinguir nada todavía. Recogió algo del suelo. Me mostró un rosario de los que se utilizan para rezar, de cuentas de cristal muy gastadas por el uso.

—¡Mira, oro! —me dijo mientras lo levantaba a la altura de su nariz para olerlo mejor.

— ¡Te regalo el oro para ti!

—¡Gracias! —no pude decir otra cosa.

EL AMOR, DE NUEVO

Poco a poco se fue haciendo con su cuerpo y sus movimientos dejan de ser tan torpes. Pasados esos primeros días, lo encontré bastante alterado. Era por la mañana y me había estado buscando. Me contó que Jimmy le había comentado que tenía una novia. Se lo confirmé. Esta tarde tenía que ir a verla. No sale de su asombro. No estaba dispuesto a pasar por eso. Me interrogó sobre qué clase de tipo era ese tal Jimmy. Entendí que estaba de acuerdo en heredar ciertas cuestiones, pero en ningún caso algo relacionado con el amor, que debe ser de libre elección.

Este tema me pilló por sorpresa. No lo esperaba. Traté de calmarlo y le sugerí que tuviera un poco de paciencia. Esa chica era, por lo que yo sabía, un cielo de mujer. No perdería nada por conocerla. No creí haberlo convencido, pero se resignó. Me pidió que fuese con él. No acepté. Insistió en que, al menos, le esperase esa noche.

Aguardé en el sitio convenido, convencido de que cuando conociese a su novia todo ese enredo iba a terminar. Ella era una criatura tan dulce que no conocía hombre que no se sintiera conmovido en su presencia.

—Es la mejor —me dijo Jimmy en una ocasión.

Durante la espera pensaba en él y en ese nuevo aire juvenil que parecía poseer. Hay en él una pureza y una ingenuidad que no estaban antes.

Por fin apareció a lo lejos, me miró con cara de circunstancias. No pude reprimir una carcajada.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté.

—¿Que qué me ha pasado? Esa mujer ha estado todo el día pegando saltitos alrededor mío. Cogiéndome del brazo y apretándose contra mí. Mirándome con ojos entornados y moviendo su cabecita así y así.

La imitó de manera tan graciosa que no pude parar de reír. Era una mujer muy linda pero a juzgar por sus comentarios, me parecía un suplicio una compañía semejante.

—Esa chica es tonta y no pienso volver a verla más —concluyó.

Creí adivinar lo que estaba pasando. Ella era una mujer muy sensible y estaba muy enamorada. Demian seguía teniendo algo de lo antiguo, por decirlo de alguna manera. Pero al mismo tiempo, había algo nuevo, esa ingenuidad y pureza que no tenía antes y que le daban un aspecto tan singular, gracioso y conmovedor al mismo tiempo. Su novia se dio cuenta de ese cambio y creo que se sintió cautivada.

Demian rehuía el contacto con su novia. En ese tiempo se iba haciendo poco a poco con su vida. Yo no sabía a qué atribuir aquella vida sin su memoria anterior. ¿Qué pretendía Jimmy con todo esto? ¿Tal vez empezar de nuevo?

Tal y como yo veía el asunto, Demian «el rebelde» había tenido un correctivo. En apenas unas horas o minutos en la Tierra, que habían sido años en el mundo espiritual, se le impartió un tipo de enseñanza, llevó una clase de vida, que lo había purificado, transformado y, al volver, se había incorporado a su cuerpo no sin cierta dificultad, no totalmente, e incluso dejando a un lado, sin acceso, a gran parte del contenido de su memoria. Eso era lo que percibía con mis sentidos físicos. Por eso mismo, por lo que yo pensaba entonces, lo he llamado «la transformación».

Me buscó pasados unos días. Estaba desesperado. Jimmy quería obligarle a ver a su novia. Lo había amenazado con cambiarle de cuerpo. Me lo contaba muy alterado. Estaba preocupado.

—Bueno, pues que lo haga. Eso no va a cambiar en nada nuestra amistad —le dije ingenuo.

—¿Qué dices? ¡Ya me he acostumbrado a este cuerpo! ¡No quiero otro cuerpo! —lo dijo con tanta desesperación que me sentí culpable, como si yo no tomara el asunto lo suficientemente en serio. Fue algo muy poco comprensivo por mi parte.

—Ese Jimmy está loco —sentenció.

Le dije que se tranquilizara y que fuera a verla. Todo acabaría solucionándose. Hasta ahora todo parecía muy divertido, aunque a partir de ese momento empecé a preocuparme seriamente.

Le esperé aquella noche. Ya de vuelta su rostro estaba más relajado. Hubo algo en la actitud de ella que lo conmovió interiormente. Decía que era mejor persona de lo que había pensado en un principio.

A partir de ese momento, en los días, semanas y meses siguientes, se desplegó en Demian un amor difícil de describir. ¿Cómo podría yo transmitir esa clase de amor por otro ser humano? ¿Cómo podría narrar que fui testigo del amor verdadero? Me producía una enorme simpatía contemplar a un hombre de sus características, a un gigante, completamente entregado a los más pequeños deseos de su amada. Todo en ese gigante era pura sensibilidad y pura fuerza también. Una mezcla inusual. Que es inusual se sabe al instante. Uno sabe que nunca ha visto nada igual y que nunca lo volverá a ver.

Demian era generoso y compartía conmigo muchos de los momentos tan especiales que vivía junto a su novia. Lo escuchaba con atención, y el mero hecho de sentir la fuerza de su amor alimentaba mi espíritu. Sabía muy bien que lo hacía adrede. Sentí en ese tiempo una gran devoción y respeto por Demian y por la fuerza de su amor.

En ese contexto, Jimmy decía de él que era «el último gran romántico». Según yo lo veía, esa nobleza, esa pureza que trajo consigo del mundo espiritual la volcó en esa relación afectiva, multiplicando ese poder, esa fuerza en él. Cuando Demian vivía en el amor era absolutamente indestructible. No había nada que hiciera mella en él, si exceptuamos ese mismo amor.

En ese tiempo ya se vislumbraba lo que llegaría a ser más que evidente en los años por venir. En su forma de andar o de hablar no había pasos en falso. Uno tenía la sensación de que cuando su pie se posaba —por otra parte, con elegancia— no había nadie con el poder suficiente, salvo su propia voluntad, para moverlo de ahí ni un ápice. Observarlo era ya, toda una experiencia. Por una parte era, como digo, un gigante. Por otra parte, en el amor, era como un niño.

Me dijo una vez que Dios ansiaba ser amado como un niño. Gracias a lo que viví al observar a mi amigo pude hacerme una imagen de lo que podía ser la divinidad, y la divinidad así entendida cautiva el alma humana.

Albergué, entonces, la idea, la sensación de que un ejército entero de enemigos no podría acabar con él, pero que el desamor y la duda del ser amado lo dejarían malherido y sin fuerzas.

EL MEJOR

Vivíamos momentos maravillosos. Todo eran grandiosas expectativas. Ni tan siquiera la imaginación alcanzaba a sospechar qué era lo que iba a suceder al día

siguiente. La atención de Demian estaba centrada en conocerse a sí mismo, pues todo apuntaba en esa dirección.

Aquella tarde, por consejo de Jimmy, Demian había ido a ver una película titulada *El Mejor*, protagonizada por Robert Redford. En ella se hablaba de un jugador de béisbol con un talento natural extraordinario para ese deporte. La vida lo había conducido por caminos que le impidieron poder demostrar ese talento natural. Al final de su vida deportiva dejó entrever lo que llevaba en su interior y lo que pudo haber sido. La forma en la que en esa película se escenificaba exteriormente ese poder interior, ese talento natural, era mediante la fuerza del mundo de los elementos: las tormentas y, concretamente, la poderosa acción del rayo. Me habló tan bien de la película que decidí verla al día siguiente.

Me entusiasmó. Encontré puntos comunes con lo que vivía Demian. Si tuviera que escenificar su poder interior hubiera tenido que echar mano de esos mismos rayos y truenos. Aquella noche hablábamos animadamente de la película. Al poco rato empezó a llover copiosamente. Oíamos las gotas sobre la ventana.

—Vaya casualidad. ¿Te imaginas si se forma una tormenta?

No bien terminé de decir eso, un tronido ensordecedor se escuchó a continuación. Una espléndida tormenta dio comienzo en aquel momento. Lo miré empalidecido. Él se concentró un momento y me contó que detrás de esa tormenta que te cortaba el aliento se encontraba la figura de Kant, como si la propiciara en honor de Demian. En ese momento pensé que eran demasiadas alabanzas, que aún Demian no había demostrado nada. A pesar de todo, aquellas «alabanzas» no se le subían a la cabeza pues tenía un conocimiento muy preciso de sí mismo.

—No vayas a pensar por lo ves que soy la persona más inteligente de este mundo —me dijo.

—¿No? Creía que así era.

—En absoluto. En este mundo existen personas más inteligentes que yo, porque ¿quién quiere ser extremadamente inteligente? El gen de la inteligencia es el mismo que el de la locura... Mis fuerzas son otras.

Fue un tiempo magnífico, único en todos los sentidos, y quizás ahora, en el tiempo presente, puedan comprenderse aquellas enormes expectativas y alabanzas, aquella «vida buena».

KANT, POR ÚLTIMO

Con respecto a Kant, no recuerdo ninguna otra cosa de importancia. Daba por hecho que era su maestro en el terreno filosófico, y que la filosofía de Kant era de gran importancia. Nosotros no hablábamos de filosofía. Yo no sentía la más mínima curiosidad. Sin embargo, Demian se dedicaba a su estudio con verdadera diligencia. Parecía encontrar claves allí donde sus ojos se posaban. Recuerdo cómo hablaba de la Mitología como símbolo de realidades, y lo recuerdo por la antipatía que yo sentía ante la idea de esos extraños dioses con defectos humanos, según mi visión del tema.

Pasados los años, me vino la pregunta como si de un viejo recuerdo se tratara.

—¿Qué fue de Kant que tan importante fue para ti al principio? ¡No he vuelto a oír hablar de él!

Para mi asombro, me comentó que detrás de Kant no había nada de valor, que no había aportado ninguna idea nueva, ya que su filosofía la había copiado de los griegos.

Ya en ese primer año Demian solía decir que el hombre había perdido la capacidad para acceder al mundo de las ideas, y de las consecuencias tan nefastas que se derivan de ello. En este sentido, relacioné lo comentado sobre Kant.

Cuando, muchos años más tarde, conocí la Antroposofía, comprobé lo importante que había sido Kant en la biografía de Rudolf Steiner, y cómo este último tuvo que superar el enredo de la filosofía kantiana para dar paso a su concepción del ser humano y del mundo. En mi alma se abrió entonces un interrogante sobre la figura de Kant que cerré de una determinada manera al leer, tiempo después, una conferencia de Steiner en la que hablaba de Madame Blavatsky. Exponía Steiner que en los escritos de Blavatsky vivía una determinada tendencia que hacía de los mismos una lectura no recomendada para personas poco preparadas, que no supieran distinguir las verdades de los errores sobre los mundos espirituales, que en sus libros aparecen mezclados. Hablaba también Steiner de la vida post mórtem de Blavatsky en la que, como una especie de compensación de su vida en la Tierra —así al menos lo entendí yo—, se había vuelto una colaboradora activa de la Antroposofía. Esta maravillosa y esperanzadora forma de relacionarse unas cosas con otras me hizo pensar de un modo similar con respecto a Kant. De ese modo relacioné su participación en la instrucción de Demian como una especie de necesidad vital por compensar los errores a los que su filosofía había dado lugar. Éste es, al menos, mi parecer.

Con respecto a lo último afirmado por mi amigo, he podido leer cómo Steiner relaciona la filosofía de Kant con el nominalismo, y éste, a su vez, con el escepticismo griego, como si esa visión del mundo se repitiera o evolucionara en el tiempo con las nuevas fuerzas de la época. Sin embargo, no puedo asegurar que esto fuera lo que Demian pretendía decir.

¿QUIÉN ERES?

Nunca lo hablé con él, puesto que no todo consiste en hablar. A veces con constatar que es así, resulta más que suficiente. Como digo, nunca lo hablé con él, pero diría que se hizo con su memoria a las pocas semanas. Hubo un momento en el que la forma en la que nos comunicábamos cambió. Ya no parecía no recordar nada, y yo tenía la sensación de que él podía acceder a los registros de su memoria, a aquellos sucesos anteriores a la transformación. Fue éste un cambio sensible, ya que, a partir de entonces, no me parecía hablar con un extraño.

Demian ponía siempre mucho empeño en conocerse a sí mismo. Era como si se le abrieran nuevas puertas a cada instante y tuviera que conocer el habitáculo al que daba ese nuevo umbral. Como si, continuamente, le aparecieran nuevas fuerzas y se esforzara por conocer el origen de las mismas. Le observaba con detenimiento, y él lo sabía. También sabía que nadie como yo lo conocía, que percibía muchos de sus cambios. Era muy receptivo a ello y lo guardaba en mi interior. No había en mí premura por saberlo, pero sí llevaba conmigo un interrogante, en ese sentido, que esperaba ser resuelto.

Tiempo después le pregunté quién era él realmente. Fue una pregunta que surgió de forma natural, como continuación de la conversación que manteníamos. Sentado a mi izquierda, me miró tranquila y fijamente. Me preguntaba qué era aquello que iba a decirme.

—Yo soy una especie de engendro. Solo la mitad de mi naturaleza es humana. La otra mitad es extrahumana.

Puso cara de circunstancias y nos reímos un buen rato.

Puedo asegurar que aquella confianza no me resultó extraña. Así, sin más, y fuera de todo contexto, sin duda lo es. Pero fue como si todo lo que había vivido hasta entonces hallara una respuesta. Y aquella respuesta, por todo lo que había vivido con él, no me parecía en modo alguno descabellada. Puedo asegurar que, a pesar de no conocer nada de cómo aquello podía ser posible, o incluso si era posible, no tuve ninguna duda de que era así. Lo que se experimenta personalmente te da una seguridad muy amplia y uno conoce sin, digamos, conocer.

Pasados los años pude acercarme a estos procesos a través de los conceptos que suministra la Ciencia Espiritual de orientación antroposófica. Su ayuda resulta inestimable si esos conceptos se aplican correctamente al caso. En la actualidad podría con esa ayuda, darle otra denominación a lo sucedido a mi amigo. Sin embargo, lo he llamado «transformación» porque es lo que viví y percibí con mis sentidos, y quisiera seguir llamándolo así.

A la luz de la confidencia de Demian parece claro que algo extrahumano se vino a añadir a lo que mi amigo era, y ese algo extrahumano tardó un tiempo en hacerse con su cuerpo físico y con esa parte del cuerpo etérico que guarda la memoria. Un cuerpo etérico y un cuerpo físico muy especiales ya que en mi amigo, y eso se contará cuando suceda, se producían cambios a nivel físico que podían ser muy notables.

DEMIAN

Habían pasado algunos meses desde mi lectura del libro de Herman Hesse. Durante todo ese tiempo había tenido muchas vivencias, y había observado con detenimiento a mi amigo. En mi cabeza resonaban las palabras con las que Sinclair describe a Max Demian en la obra de Hesse. Quisiera extraer algunas de estas descripciones.

[...] me fascinaba de manera extraña, y observaba aquel rostro seguro, inteligente y claro inclinado sobre su trabajo con la atención de un investigador dedicado a sus propios problemas.

[...] él hacía lo posible por pasar inadvertido, comportándose como un príncipe disfrazado que se encuentra entre campesinos y se esfuerza en parecer uno de ellos.

[...] dobló por la Altgasse y me dejó solo, sorprendido como jamás en toda mi vida.

Lo fascinante era la manera tan ligera y graciosa con que Demian sabía decir las cosas, como si todo fuera tan natural. Y además, ¡con qué mirada!

¿Por qué tenía aquel poder en la mirada?

[...] de Demian se afirmaban las cosas más insólitas [...] los otros condiscípulos se preocupaban mucho de Demian.

[...] con aquel aire de siempre, tranquilo y elegante [...] tenía de nuevo una atención profunda y silenciosa, casi familiar y desapasionada [...] milenario, fuera de tiempo, marcado por otras edades diferentes a la que nosotros vivimos [...] era diferente a nosotros, como un animal, como un espíritu, o como una pintura [...] era distinto, inexplicablemente distinto a todos nosotros.

Aquellas palabras definían perfectamente a mi amigo. Yo no tenía ese genio literario, ya que a pesar de conocer a Demian, no habría sabido describirlo mejor. Sin duda, mi amigo era ese Demian. Compartía con el Demian de Hesse, esa manera

inaudita de abordar las cuestiones y de expresarlas que te hacía pensar que esas ideas habían sido extraídas de un lugar inaccesible para el común de los mortales.

Muchos de los que han llegado a conocer a Demian han tenido las mismas sensaciones que Hesse describe con tanta maestría. Yo podía verlo en sus caras. Podía ver cómo esas personas se interrogaban en su interior pretendiendo descifrar el enigma que encerraba Demian.

En una ocasión, con motivo de la celebración de cumpleaños de una amiga de su novia, le presentaron al abuelo de la misma. Era éste un alma sensible que dedicó a su nieta un libro de poesías escrito por él mismo editado para el evento.

Aquella noche, Demian me contó cómo él mismo había sido la experiencia espiritual más intensa que aquel señor había tenido en toda su vida. Es que Demian no dejaba indiferente a nadie. Producía extraños efectos en las personas, y esto lo podía ver cualquiera que estuviera atento a estas reacciones. Y yo lo estaba siempre.

En primer lugar, por su atractivo físico, todo el mundo fijaba su mirada en él. Este atractivo era de tal dimensión que, durante su estadía universitaria llegó a tener un club de admiradoras, muchachas que se reunían con el solo objetivo de expresarse unas a otras esa admiración. Algo bastante insólito. A veces era difícil pasear junto a él, era difícil concentrarse en aquello que hablábamos cuando una persona volvía la vista impresionada, como si no acabara de creerse lo que le mostraban sus ojos. Cómo todo el mundo, en definitiva, fijaba su atención en él.

Luego estaba lo que decía y la manera cómo lo decía, cómo se expresaba, cómo se movía, esa fuerza que parecía desprender. Muchos se sentían atraídos por todo eso. En cambio había otros que sentían hacia él una íntima repulsa, como si aquello que oían les removiera por dentro. Y es que lo que Demian decía variaba dependiendo del oyente, como si obedeciera a algo que existe pero no que no se percibe con los sentidos físicos. Así, se podía llegar a observar cómo Demian decía algo aparentemente inocuo e inofensivo, sin ánimo de ofender, y uno podía notar cómo su interlocutor reaccionaba inmediatamente, como si algo le perturbase de pronto, o incluso le ofendiese.

—¿Qué le has dicho? —le comenté en una ocasión en la que alguien reaccionó de manera violenta.

—No lo sé —me contestó—, a veces es algo no del todo consciente por mi parte.

Existía, un grupo de personas que, según mi experiencia, podría definir como personas engreídas, llenas de sí mismas, personas de poder que se sentían inmediatamente, al primer contacto, amenazadas por Demian. Era toda una experiencia poder ver algo así. Era como un pulso que duraba unos segundos. Entonces la otra persona, estupefacta, sumamente ofendida por la pronta derrota, se retiraba a su caverna. Algunos hilvanaban venganzas en esa oscuridad. Esto último es importante, no solo por

lo que significa en sí mismo, sino también porque representa una clave que podrá responder, de una determinada manera, de mi presencia en esta Causa.

En cambio, las personas humildes no se sentían amenazadas en absoluto. Todo lo contrario, más bien le trataban de manera familiar. Él tenía buenos amigos en el gremio de los limpiabotas. Decía que en esa profesión se encontraban personas especialmente sabias.

EL OTRO

Jimmy entró impetuoso en la habitación.

—Es increíble, es increíble —dijo.

—¿Qué es lo que pasa? —le pregunté.

—Es increíble que haya dado con él...tan pronto —se refería, obviamente, a mi amigo.

—¿Que haya dado con quién, Jimmy? Explícate.

—¡Hay otro como él! ¡Hay otro!

Puse cara de no entender nada.

—Otro como él, pero opuesto a él, entregado al mal.

El Mal. Sentía una gran animadversión hacia el Mal que tan cercano presentía en el hombre, en mí mismo. Permanecí callado. Era lo que faltaba por aparecer. Sabía que algún día habría que enfrentarse a ello.

Jimmy me mira.

—Imagínate alguien como tu amigo Demian, alguien con esas fuerzas que tú conoces tan bien, pero entregado al diablo. Imagínatelo ejerciendo su magisterio en una clase de adolescentes, de personas inmaduras, desvirtuando sus fuerzas y convirtiéndolas en otra cosa —dijo.

Era justo la imagen que tenía en mente. Tanto me dolió ese pensamiento que lo miré con indiferencia.

—No importa. Lo matamos y asunto concluido —estaba verdaderamente dolido.

Jimmy hizo como que no me escuchaba y siguió hablando acerca de las consecuencias que sobre el mundo podía ocasionar alguien así.

—No importa —insistí—. Lo matamos.

Jimmy continuó hablando sin hacerme ningún caso. Al final me miraba en silencio. Yo no comprendía nada de nada. Apareció entonces mi amigo, y me repitió a su manera el anuncio de Jimmy. Empecé a darme cuenta, ayudado por la actitud anterior de Jimmy, de que había dicho una barbaridad fruto de mis miedos.

—¡Lo sabía! —dijo Demian—. Sabía que, si existo, entonces debe existir otro como yo en alguna parte.

Al decir esto me parecía que estaba hablando de una ley espiritual que obedece a algún tipo de necesidad, y que no puede ser de otra manera.

Demian estaba verdaderamente excitado. Le pregunté sobre el otro, el que es como él. Me dijo que era su adversario. Mi amigo tenía una ventaja sobre él. El otro era aún un adolescente. No me dijo la edad. Tampoco se la pregunté.

—Me imagino que será rico —le dije.

—Sí —me contestó—, detrás de él hay un importante patrimonio y gente esperándolo.

—Tú no tienes nada y no te espera nadie.

—Tengo unos años de ventaja para situarme —me dijo con una sonrisa pícaro.

Nos despedimos. En mi mente daba vueltas la manera en la que al principio, con Jimmy, abordé el tema. Me parecía que no comprendía cómo esas cosas eran, y entonces, bajo esa nueva luz, entendía aún menos mi participación en la Causa.

NO SUFRIRÁS DAÑO ALGUNO

A partir de ese momento el tema del Mal se hizo patente en casi todas las conversaciones que manteníamos. Muchas informaciones me llegaban sin que las buscara. Por ejemplo, pude llegar a conocer al sacerdote que estaba autorizado a practicar exorcismos en esa región del país.

Por entonces había aprendido que la solución que había sugerido a Jimmy en su momento era la forma en que el Mal actuaba. Me decía que con el Bien solo puedes hacer el Bien, y que el Mal, en cambio, es por definición asesino y todo lo horrible tiene lugar en su seno, ya que no tiene ningún límite moral.

Ignoraba si Demian había averiguado la existencia del otro unilateralmente, o si había sido un encuentro de fuerzas. En cualquier caso, si mi amigo sabía, su contrario acabaría sabiendo. «Lo lógico sería matarme» me decía. «Así Demian tendrá aún menos apoyo. ¿Y que costaría acabar con mi vida? Muy poco esfuerzo», me contestaba.

Estos pensamientos rondaban mi mente cuando me encontré a Jimmy. Estaba con un soldador de estaño intentado reparar un llavero roto. Me pidió que le ayudase, ya que no podía soldar y cogerlo a la vez. Me estaba hablando mientras yo sujetaba el llavero. En un determinado momento se le resbaló el soldador y su punta humeante tocó mi dedo índice, en la zona de la articulación media, con fuerza. Tenía una negra quemadura que olía a carne quemada. Lo había visto, pero con el susto no he sentido nada. Aguardé y me decía que pronto empezaría a notar el dolor de la quemadura. Continuaba aguardando y, extrañado, miré mi dedo. Estaba ostensiblemente quemado pero no había dolor. Interrogué a Jimmy con la mirada.

—No te preocupes. Nunca sufrirás daño mientras trabajes para la Causa —me dijo.

No dije nada. Aquello respondía a todas mis cuestiones.

Terminamos de soldar y seguimos hablando. Le pedí que me contase algunas cosas sobre el futuro de la Causa.

—Uno de los que pertenecen a la Causa, la abandonará —dijo Jimmy.

«Ese seré yo, no puede ser de otra manera», pensé. Le pregunté por mí, qué era lo que iba a hacer en los próximos años.

—Te dedicarás a cuidar cerdos —me dijo sonriendo.

Uno nunca sabía cuándo Jimmy estaba de broma, pero estaba claro que ésta era una de ellas. Meneé la cabeza como diciendo: « ¡Mi pregunta iba en serio!» Mientras lo miraba a los ojos pregunté en mi interior: « ¿Qué hago aquí, Jimmy? ¿Qué es lo que quieres de mí?». Entonces una palabra apareció en mi mente. Era muy clara, de eso no cabía duda. Pero estaba consternado, y no sólo porque hubiese surgido de la nada. ¡Se trataba del nombre de la empresa familiar que mis padres tienen en propiedad! Asqueado, repudié ese pensamiento o lo que fuera. ¿Cómo había podido surgir en mi mente? Ni siquiera me acordaba de mi familia en esos momentos. La sola idea de que se contase conmigo por esa cuestión, me producía una gran repulsa. Nunca jamás se me hubiese ocurrido, y lo olvidé como una de tantas asociaciones mentales que se podían tener sin sentido alguno.

LA MEDALLA

Habíamos estado un tiempo sin vernos. Había visitado a mis padres. Mi madre me regaló una medalla religiosa de oro, pequeña y discreta. Me gustaba. Ella insistía en que la llevase. Años más tarde supe que mi madre había estado preocupada por mí. En su preocupación, compró y llevó a bendecir esta medalla para, unos días más tarde, regalármela.

Ya de vuelta, fui en busca de Demian para saludarlo. No estoy seguro pero creo que no se me veía la medalla.

—¿Qué llevas ahí? —dijo señalándome el cuello.

—¿Te refieres a esto? —le enseñé la medalla. Se quedó muy impresionado.

—Sí, —me dijo—. Por favor regálamela. La necesito. Me protegerá.

Me pilló desprevenido. Lo pensé un poco. Parecía decirlo con verdadera urgencia.

—Está bien. Si tanto la necesitas, ahí la tienes —la saqué de su cadena y la puse en sus manos.

La cogió con cuidado mientras desabrochaba la cadena que colgaba de su cuello. Era una cadena de plata, muy gruesa. Aunque lo intentó varias veces, el eslabón del que colgaba la medallita no dejaba pasar su cadena.

—Mira —le dije—, si tan importante es para ti, te regalo mi cadena de oro para que te la cuelgues. Haz la gracia completa.

—No. No hace falta —me dijo, mientras puso la medalla sobre la palma extendida de su mano derecha. Miró fijamente la medalla en actitud concentrada, y ante mis ojos el eslabón de la medalla crecía hasta doblar su tamaño. Introdujo ahora con facilidad su gruesa cadena por el eslabón y se colgó del cuello el conjunto.

—¡Ya está! —sonrió mientras me guiñaba un ojo.

EL COCHE

Jimmy era un fanático de los coches, si es que se puede hablar de él en esos términos. Ese mismo entusiasmo nos lo transmitió a nosotros. Sé que fueron muy importantes en su vida pasada, tanto que murió en uno de ellos. Él contaba con gran emoción, cómo en el momento de su accidente, durante apenas un segundo, sintió que la misericordia divina lo invadió por completo —la expresión de su cara se tornaba radiante cuando llegaba a este punto—, y en aquel segundo escaso se arrepintió de todo lo que había hecho mal. Según Jimmy, ese fue el momento más importante de su vida.

No puedo asegurar con certeza lo que veía en los coches. Una vez le dije a Demian que había salido al mercado un deportivo llamado «Diablo».

—Sí, te has dado cuenta —me dijo sonriendo—. ¡Qué insulto para el diablo!

El coche guarda relación con la individualidad y el estar despierto, con la independencia y la conciencia. Nada que ver con el gregarismo y el permanecer

dormido. Además, el coche tiene que ver con la imagen que de uno tienen los demás, y eso era muy importante para mi amigo.

Un día paseábamos al pie de una colina en cuya cima se extendía, a lo largo, una carretera. Mirábamos al frente y, de pronto, giramos nuestras cabezas como si algo nos llamara la atención. Vimos aparecer un coche blanco muy a lo lejos. Sentí que casi podía oír su silencioso motor y notar la suavidad de su conducción. Me quedé perplejo. Nunca he vuelto a tener esa sensación. Jimmy le dijo a Demian de qué coche se trataba, y sentimos un deseo irrefrenable de tener uno.

Pasaron unos días, al cabo de los cuales me encontré a Demian. Jimmy le había traído un periódico y en él, marcado con bolígrafo, un anuncio. Me mostró la sección de venta de coches de segunda mano. Vendían un coche de esa marca a un precio muy asequible. Jimmy apareció y me dijo que lo consiguiera como sea. Tenía algo de dinero, no mucho, pero el suficiente. Jimmy se puso loco de contento cuando le dije que conseguiría ese coche. Y estaba decidido a hacerlo.

Saqué el dinero del banco y me encaminé hacia el concesionario. Estaba muy excitado sólo de pensar que iba a salir de allí con un coche magnífico. Ni siquiera advertí que no poseía carnet de conducir. Pregunté en el concesionario por el coche del anuncio y me mostraron una furgoneta vieja que se caía a pedazos. Les dije que no podía ser, que había un error. Miré el anuncio marcado, tratando de encontrar una explicación. La marca y el modelo del periódico coincidían con el de la furgoneta. Sin embargo hubiera jurado haber leído otra muy distinta. No conseguía entender nada.

Estaba muy molesto. Aquella debía ser una de las bromas de Jimmy, pero, aún así estaba decidido a no salir de allí sin un coche. Elegí uno y di la cantidad que llevaba como adelanto. Me marché al banco y desde allí llamé a mi madre pidiéndole el dinero que me faltaba. Noté cómo mi madre se entristecía pero acabó accediendo. «Ella —me dije—.Algún día comprenderá lo importante que es esto». Finalmente compré el coche.

Ya en aquel día, y aún más en los siguientes, algo cambia en mí. El comportamiento que tuve con mi madre me estaba pesando en la conciencia. ¿Cómo había podido actuar así? Estaba confuso y empecé a no ver a Jimmy con buenos ojos. Aunque me reconocía como el culpable de esa situación, había sido demasiado para mí.

EL ADIÓS

Estando con Demian, apareció Jimmy y me dijo que tenía que hacer algo. Ni siquiera le escuché. Pasaron algunos días. Fui al encuentro de Demian. Jimmy estaba en su lugar. Fue una situación muy parecida a la de la transformación.

Jimmy me reprocha que éramos unos rebeldes. También había tenido una discusión con Demian. Éste le había echado en cara el comportamiento que Jimmy había tenido conmigo.

—¡Cómo queréis hacer lo que os da la gana! ¡Me marchó para siempre!

Y sencillamente se marchó.

Apareció entonces Demian, pero no me reconoció como lo que era. Apenas me conocía de vista y no acertaba a entender que hacía en su habitación. Trato de buscar algo que me uniese a él, pero no encontraba nada. Me despedí muy desconcertado.

Al día siguiente me encontré a mi padre. No me lo esperaba. Ha viajado desde muy lejos. Ha preguntado en la Facultad. Le ha informado de mis malas notas y de que no me he presentado a los últimos exámenes. Tenía que darme una noticia. No iba a seguir costeándome la carrera. Me marché a los pocos días. Antes me despedí de Demian. Se extrañó un poco, ya que apenas nos conocíamos.

CAPÍTULO SEGUNDO

Sucesos comprendidos en los años 1985 a 1991.

LA CRISIS

Me encontré repentinamente de vuelta a casa, como si todo lo vivido anteriormente hubiera sido producto de un sueño. Todas las fuerzas que albergaba en mi interior se fueron, no sé bien dónde. Me sentía vacío, un hombre hueco. Un sentimiento de fracaso y de culpabilidad se apoderó de mí. Revisaba en mi interior, una y otra vez, lo sucedido. De la nada de mis fuerzas emergió una extrema sensibilidad a todo lo que en mi comportamiento había sido reprochable. Comprendí lo injusto y falto de amor de todo juicio, y pedí perdón de corazón por todo el daño que hubiera podido causar con mis palabras y pensamientos. Entré en una profunda crisis y pude aprender de ella. Encontré nuevos valores sobre los que construir una nueva vida. Me volví una persona más comprensiva y humilde que antes.

Pero la culpabilidad minaba mis fuerzas. ¿Qué habrá sido de esa Causa merced a la cual tanta gente iba a ser beneficiada? ¿Qué oposición encontrará el Mal en el alma de las personas cuando llegue en su nueva forma? Después de pasado casi un año, que me pareció un siglo, había perdido toda esperanza de volver a contactar con mi amigo.

EL REENCUENTRO

En ese tiempo, un pariente mío me ofrece trabajo.

—Te vendrá bien. Es al aire libre, en el campo. Trabajarás en un laboratorio situado en una granja de animales —me dijo.

No sé bien cómo pasó, pero ese trabajo de laboratorio fue solo complementario, y verdaderamente acabé trabajando cuidando cerdos en una granja, tal y como Jimmy predijo.

Era a mediados de 1986 cuando recibí una llamada de teléfono. Un antiguo compañero, me anunciaron. Alguien se presentó a través de la línea. Era Demian. Me preguntaba si le conocía de algo. Le dije que sí. Mi sorpresa era inmensa, también lo era mi alegría. Me interrogaba ansioso qué sabía acerca de él, ya que no se acordaba apenas de mí. Fueron necesarias muy pocas palabras para que se percatase de que sucedía algo que no controla.

—Pareces saber quién soy yo —me dijo—. Tenemos que vernos.

Viajamos para vernos. Después de saludarnos me contó que todo en su vida encajaba perfectamente, excepto el hecho de que varios compañeros de universidad le preguntaban por mí, como si yo hubiese sido un amigo íntimo. Eso le parecía raro, pero no le acabó dando demasiada importancia.

Aquel año vivía en un apartamento y sucedió algo que le hizo pensar. Una noche se disponía a salir del edificio pero, inesperadamente, cambió de rumbo y entró en un piso vecino. En él varios adolescentes estaban celebrando una orgía de sexo y drogas. Les convenció, con esa manera que mi amigo tenía de hablar, de desistir de esa manera insana de enfrentar la vida.

—Me preguntaba una y otra vez: ¿por qué he actuado así? Los motivos que me impulsaron a actuar de esa manera me eran desconocidos. Reflexioné, y tú eras lo único que no encajaba en mi vida. Por eso te llamé —dijo Demian.

Con sumo gusto le conté todo lo que sabía sobre él. Le sorprendió comprobar que conocía muchos de sus secretos, cuestiones que solo un amigo muy íntimo podía saber. No conocía a ningún Jimmy. Estuvimos juntos todo el día hablando extensamente.

A partir de ese momento mantuvimos el contacto con alguna frecuencia, sobre todo telefónicamente. Poco a poco fue recuperando su vida olvidada. Me contó que Jimmy también acabó por comunicarse con él. Todo parecía volver al punto donde lo dejamos y nada parecía haber cambiado. Solo yo creía tener mis fuerzas mermadas. Me alegraba que la Causa siguiese en marcha, pero me sentía anímicamente muy débil y sólo pensaba en poder recuperarme.

En ningún momento se lo dije a Demian, pero no quería hablar con Jimmy. Había sentido por él un gran afecto y me había dolido la forma en la que se fue, sin advertirme nada. Pensaba que podía haberme evitado mucho sufrimiento y desconfiaba un poco de él. No sé cuánta razón podía haber tenido en esto, pero no quería verlo, y Jimmy no habló conmigo directamente en ese tiempo.

SU NOVIA

Volvimos a vernos a finales de 1986 o principios de 1987. Visité la ciudad donde Demian estudiaba. Sentados en un banco, me contaba sucesos de su vida actual. Hablaba de Jimmy y de sus cosas —que para él parecían ser nuevas—, pero no despertaba mi interés. Por aquel entonces yo tenía otras preocupaciones. Le pregunté por su novia. Le tenía afecto y quería saber cómo estaba ella.

—Ya no estamos juntos —me dijo resignado.

—¿Cómo puede eso ser posible? Un amor tan grande. Nunca en mi vida vi nada igual —estaba muy asombrado, verdaderamente no me esperaba esa noticia.

Me miró a los ojos, como diciendo: «Tú lo sabes mejor que nadie». Su cara transmitía una gran tristeza.

—Conocía exactamente el día y la hora en la que ella iba a abrir la ventana de su cuarto para dejarse caer, para suicidarse —me confesó—. Fui a verla y terminé con la relación antes de que eso sucediera.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? —No podía creer lo que estaba oyendo — ¿Qué es lo que le pasó? ¿Por qué?

—Ella quería asirme —Demian alargaba sus manos como queriendo coger algo—, tener algo a lo que poder sujetarse, algo seguro a lo que poder entregarse. Pero a mí no se me puede asir. No es eso posible.

En un solo segundo lo entendí todo. Me llevé las manos a la cabeza. Ella, tan dulce, se había entregado por completo a Demian, tal era su amor. Habían compartido tantas cosas que no podía dejar de pensar en él. No le era posible apartarlo de su mente. Pero Demian era una fuerza de la naturaleza en continua evolución. Sus registros, por decirlo así, eran tan amplios y los cambios a los que se veía sometido eran tan brutales que no resultaba posible hacerse una idea de quién era. Todo en él era desconcertante. Era como si ella se quisiese entregar al viento, a un torbellino, al mar bravío que rompe en las rocas. Ella había vivido mucho de lo que yo había llegado a vivir con Demian, y aún más, pero sin saberlo. Los cambios de Demian eran reales y no dejaban de tener su efecto aunque no se sea consciente de ello.

Aún pude verla en mi imaginación. Esa dulce muchacha, totalmente inestable, queriendo encontrar algo de paz, queriendo apartar de su alma a mi amigo y entregándose por última vez al viento que mecía su cabello al abrir la ventana.

—Si ella te conociese como yo, si hubiera estado en mi lugar, nada de esto hubiera pasado —le dije.

No hubo respuesta alguna. ¡Qué tristeza tan grande bajó aquella noche a nuestros corazones!

Comprendía también que Demian, fiel a sí mismo, había aguantado hasta el final, hasta ese momento en que ya nada se podía salvar. Pero ella era lo importante, y Demian había hecho bien en terminar la relación. Ahora ella estaba rehaciendo su vida. Se había marchado a otra ciudad donde continuaría sus estudios.

Permanecimos en un silencio que rompió Demian. Me señaló el nombre de una empresa que se veía escrito en letras grandes enfrente de nosotros.

—Esa empresa va a quebrar muy pronto —me dijo.

—¿Puedes saber eso, así sin más? ¿Puedes saber si una empresa le va a ir bien o mal en su negocio?

—Sí —me contestó.

—Eso es estupendo. Ese tipo de conocimiento es dinero en según qué sitio y a ti te vendría muy bien, tan necesitado que estás. Invierte en bolsa —le dije.

Demian tenía muchos hermanos y casi todos ellos estudiaban una carrera universitaria. Sus padres tenían muchos gastos. Le habían comunicado que le pagaban la matrícula de la universidad pero que, lamentablemente, solo podían darle una pequeña ayuda para la manutención y el hospedaje. En ese sentido estaba pasando por una situación un tanto delicada.

—No —me dijo sonriendo—, no me está permitido. Las cosas no son así. No puedo utilizar esa información para ganar dinero.

Comprendí que si hacía algo así dejaría de ser lo que era y no conseguiría nunca aquello para lo cual había venido, para lo que tanto se esforzaba ahora y para lo que existían tantas expectativas de futuro. Recordé lo mal que Jimmy hablaba de los juegos de azar. Ésa no era una forma legítima de establecer unas relaciones económicas sanas, aunque Jimmy lo expresaba de una forma más brusca. Todo tiene sus consecuencias.

Nos despedimos. Me tenía que marchar al servicio militar y probablemente no nos veríamos en todo un año. Mientras caminaba, una profunda tristeza me encogía el corazón. Nunca pude imaginar que el amor de Demian no llegase a buen puerto. Hubiera podido soportar cualquier novedad, cualquier cambio, pero este suceso me había dejado consternado. Nunca lo hubiera creído posible. Yo sabía lo que me decía. Si las cosas más sagradas no prevalecen, si no son salvadas, entonces todo es posible. Quizás incluso las enormes fuerzas, las grandes expectativas que existían sobre Demian, todo lo que Jimmy había predicho al respecto, se quedase en nada. Cualquier cosa es posible. La desesperanza misma puede reinar.

Dios mío, qué triste me sentía al comprobar lo frágil que eran algunas cosas que creía inamovibles. Nada era gratis. Todo parecía exigir un sacrificio. Ya nada se asemejaba a nuestro primer año.

EL COMPROMISO

Sí, ya nada parecía ser como antes. Los acontecimientos se sucedían unos tras otros de una forma que ya no me era posible digerirlos del todo. A finales de 1986 diagnostican y operan a mi madre de cáncer. A mediados de 1987 comienzo mi estadía

militar. Tuve ocasión de comprobar por mí mismo que «nosotros nada tenemos que ver con la cultura militar», tal y como me insinuó Demian. A finales de 1987 me encerraron en un penal militar por abandono de servicio. Desgraciadamente, el cáncer volvió a hacer acto de presencia en mi madre y la operaron de urgencia. Fue una operación importante. Solo pude verla una vez excarcelado y terminado mi servicio militar, pasado el año de 1988. La encontré postrada en la cama, convaleciente.

Volví a encontrarme con Demian aquel verano de 1988. En esa época aparece Jimmy en varias ocasiones, como antes lo hacía. Había pasado el tiempo y ya no sentía esa desconfianza hacia él. Me contó que él evitaría que Demian tuviese que acudir al servicio militar. Según decía Jimmy, tenía poder para manipular cualquier documento relativo a Demian. Sin duda, para este último habría sido una pérdida de tiempo, y seguro que hubiera tenido muchos problemas. En su vida física Jimmy también había sorteado esa obligación haciéndose pasar por homosexual.

Muchos biógrafos han especulado sobre la orientación sexual de Jimmy. Esto le molestaba mucho. Yo me reía de él por ello aunque, siendo justos creo que tenía razón.

Jimmy podría haber sido homosexual, pero no lo fue. Ésa era la verdad, y por encima de ella parecían ejercer su dominio la imprecisión, la desidia y la dejadez, defectos que permiten especular sobre lo unimaginable. Especulación que permite vender libros, ser famoso y ganar dinero. Esa codicia y vanidad ajenas eran capaces de ensombrecer la verdad de una vida a la que se había entregado por completo, con todas sus fuerzas.

—¡Qué ganas tengo de volver a este mundo! —me dijo un día mientras contemplaba el ajetreo de una gran ciudad. No entendía lo que quería decir y lo olvidé casi de inmediato, como tantas otras cosas que no me era posible entender.

Jimmy me habló en términos muy claros. Demian necesitaba mi ayuda para lograr su objetivo, para cumplir su misión. Yo no sabía muy bien cómo podría ayudarlo, pero no iba a permitir —en la medida que dependía de mí— que aquello que tenía que traer al mundo se echara a perder como ocurrió con su primer amor. Estaba dispuesto a sacrificarme, ya que nada importante es gratuito. Me comprometí a ayudarlo con todas mis fuerzas.

DE COMPRAS

Cuando nos veíamos solíamos ir a algún centro comercial. A Demian le atraía mucho el negocio de la distribución, ya que permitía estar en contacto con mucha gente, entrar en sus vidas. En aquella ocasión íbamos de compras. Mientras subíamos por la escalera mecánica de unos grandes almacenes lo observo detenidamente.

—¿Estás más alto, verdad? —le pregunté un poco asombrado, ya que antes teníamos la misma estatura.

—Sí, ahora mido un metro ochenta —se ríe, mientras se pavoneaba estirando el cuerpo.

—Y a tu edad, ¿cómo has crecido 5 centímetros? —le pregunté.

—Muy fácil, es Jimmy. Esta es mi estatura perfecta. Le digo que me ensanche la espalda, o que me muscule el brazo, y ya está. Mira, toca, toca —me acercó su brazo. Ciertamente, mi amigo estaba musculado, y jamás lo vi hacer ningún tipo de ejercicio.

Accedimos a la sección de caballeros que ocupaba toda una planta de ese centro comercial. Nos paramos ante una maraña de corbatas colgadas todas juntas. A simple vista no me gustaba ninguna. Demian metió la mano en esa maraña mientras me sonreía. Entonces, para mi sorpresa, sacó una preciosa corbata escondida en su interior. Otra vez volvió a meter la mano y una corbata tan bonita como la anterior salió a la luz. Parecía como si la corbata quisiera caer en sus manos, como si la atrajese con un imán oculto, como si tuviese ojos en los dedos.

—Bueno, aquí ya no hay más que valga la pena —decía.

Había visto cosas así un sinnúmero de veces. Se daba algo mágico en él en este sentido. Demian estaba dotado de una extraña cualidad para saber lo que le sentaba como un guante. Cogía un pantalón que estaba doblado sobre sí mismo y decía: «Éste me está perfecto». Se lo probaba y parecía hecho a su medida, tanto de largo como de ancho. El corte era perfecto, así como la tela y el color. «¿Cómo lo hace? ¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo ha dicho?», me preguntaba.

Aquel día, o quizás fuera otro de aquel tiempo, entramos en una tienda Golf & Green. Se probó dos camisas. El azul y rosa claro de esas camisas parecían estar hechos para él. Esos colores, ya muy conseguidos por sí mismos, parecían brillar en él.

—Sí, no te queda mal —le decía.

Disimuladamente miré alrededor. Quise evidenciar el efecto que causaba en la gente. Pude comprobar cómo todo el mundo volvía la vista hacia Demian. Como es lógico, unos eran más sensibles que otros, pero a todos, sin excepción, les afectaba. Aquella era una experiencia totalmente objetiva. Atraía la atención de la gente de una forma mágica, y siempre fue así.

Jimmy hablaba con frecuencia de la importancia de la imagen en la misión de Demian. En ese sentido se había logrado la perfección. Sólo quiero recalcar que no era una cuestión meramente física. Las fuerzas —de Demian— que ahí hacían acto de presencia eran, sin duda alguna, suprasensibles. Mi amigo simplemente brillaba.

EL AMOR, OTRA VEZ

En su último año de carrera Demian conoció de nuevo el amor. Ella era también estudiante, uno o dos años menor que él, muy viva y resuelta. Era todo un estímulo para Demian. Estaba profundamente enamorado de aquella mujer, y la felicidad en la que vivía le aportaba una vitalidad y una fuerza sobresalientes.

En mí todavía existía el recuerdo de su primer amor que con tanta fuerza me llegó a transmitir. Por lo tanto no estaba muy receptivo a aquello que me pudiera decir de su nuevo romance. Pero lo conocía muy bien, y sabía que Demian necesitaba vivir esa clase de vida, necesitaba esa estabilidad e intensidad, ese éxtasis del que extraía grandes fuerzas. Demian era una persona con una parte oculta de muy difícil acceso, pero a la vez era muy sociable y familiar. Todo en él tendía a crear su propia familia.

EL DINERO

En lo que sigue a continuación haré referencia a una cuestión que a mi juicio, por experiencia propia, puede ser malinterpretada. Puede por ello hacer parecer lo que no es y desviar la atención de lo principal. Del mismo modo no puede ser evitada, pues forma parte del cuadro de la realidad. Solo espero pintar ese cuadro lo más fielmente posible. Para ello tengo que hablar de Jimmy.

Para algunas cuestiones Jimmy parecía no tener límites. Sabía que Jimmy tendía a quererlo todo, a que me entregase por completo, a que uniese mi propia vida y mi propio destino al de la Causa. Es cierto que nunca me habló en esos términos. Pero no todo se habla, pues hay cosas que se leen en las actitudes y en los acontecimientos de la vida. Yo contemplaba el contenido de la Causa y me mareaba. Me daba miedo. Estaba dispuesto a ayudar mucho, pero ligarme totalmente a Jimmy y a Demian significaría perderme a mí mismo algún día. Eran fuerzas demasiado fuertes para mí. ¿Cómo permanecer de pie ante tantos cambios, tantos sucesos sin fin? Por otra parte pensaba que yo era, en el fondo de mi alma, tan exageradamente egoísta que no iba a permitir perderme en esa vorágine de acontecimientos. Todo esto por un lado.

La naturaleza de lo que acontecía era de una importancia tal que no me era posible permanecer pasivo. No podía. Pensaba en todo lo que en este mundo quería y no podía por menos que colaborar con todas mis fuerzas, aún por encima de las circunstancias personales y las que constantemente venían de fuera. Estaba dispuesto a ayudar hasta la extenuación. Pero después de ella, tras ese umbral en donde decididamente moraba Jimmy, allí no pensaba vivir. Sin embargo, ni Jimmy ni Demian podían dejar de ser ellos mismos. Esto por el otro lado.

En resumen, Jimmy parecía quererlo todo, pero yo no pensaba entregarme por completo. Por otra parte, lo que se barajaba era de tal importancia que estaba dispuesto a llegar a mi límite, fuera cual fuera.

Daba la sensación de que a Jimmy no le importaba el dinero. Parecía obedecer a otro tipo de reglas y de objetivos que a mí se me escapaban. Yo calculaba y cuantificaba y, en función de ese resultado, actuaba de una u otra manera. Jimmy no calculaba. Su función parecía consistir en llevarlo todo a su mismo límite. Ése era su único cálculo. Ésta era la desconcertante impresión que percibía en relación con Jimmy y el dinero.

Estaba claro que mi trabajo en la Causa iba a consistir, al menos en ese segundo período, en apoyar, en ser soporte de Demian, tanto en lo personal como en lo económico. Demian necesitaba de independencia económica cuando no pudiese obtenerla por sí mismo. Iba a ser sometido a muchas tensiones, y no disponer de esa independencia coartaría gravemente su capacidad de movimiento.

No fue fácil aportar ese dinero. «Esto en el fondo no lo hace nadie», me decía a mí mismo. Debo añadir que nunca di dinero sin más. Hasta la última moneda estuvo ligada a una cierta dosis de sufrimiento. Al menos así lo veía yo. No entendía por qué tenía que ser así. Era como si la sola moneda física no fuese de curso legal en el mundo de Jimmy y hubiera que añadirle algo más. Soy consciente de que lo que digo puede ser muy subjetivo. En cualquier caso, nunca fue fácil, y todas esas acciones me hubieron de aportar muchos problemas.

EL OTRO DEMIAN: EL ANTICRISTO

Debió ser a finales del año 1988. Mi amigo Demian me habló sobre el otro Demian. Así lo llamó: Demian. A partir de entonces así lo llamamos siempre. Y a partir de ese momento dejé de llamar a mi amigo con ese nombre.

Por lo que me dijo, entendí que, en cierto sentido, ellos eran dos seres hermanados con fuerzas muy similares. Compartían una misma naturaleza que podríamos denominar «Demian». Mi amigo había trascendido esa naturaleza. El otro se había quedado en ella, eclipsado por su propio poder.

Me habló en términos muy parecidos a los que empleo años atrás. Demian era su oponente. Éste tenía bastante apoyo y mi amigo contaba con la ventaja de ser unos años mayor que él. Mi amigo me habló de Demian como de una poderosa personalidad que prestaba sus fuerzas al Mal absoluto. Yo entendía la existencia de muchos seres espirituales entregados al Mal, con su jerarquía, y en su cúspide se encontraba aquel ser denominado de múltiples formas: demonio, Satanás, diablo, Leviatán, llámese como quiera. Ahora tenía la posibilidad de encarnarse en una personalidad muy especial, tanto que podía soportarlo. Así lo entendía entonces.

Había conocido, había visto desplegarse en mi amigo fuerzas muy especiales. Solo pensar en una contraimagen suya entregada al mal me daba escalofríos. Conocía del mal lo suficiente como para ser consciente de que busca afanosamente incorporarse a lo inmaduro, y me imaginaba a Demian siendo tentado a una edad muy temprana.

Mi amigo me contó que había algo de verdad en lo que se podía ver en una película titulada *La Profecía*. Nunca llegué a verla. Al conocer a mi amigo creía saber más de Demian que de ninguna otra manera. Solo tenía que imaginarme su reverso. Además, nada es casual, y detrás de todo siempre existe una intencionalidad. No conocía lo que verdaderamente había detrás de este film, y no quería estar expuesto a ello.

En lo sucesivo emplearé el nombre de Demian para referirme a la especial personalidad sobre la que Ahrimán ha encarnado, unificándose gradualmente a ella y siendo el mismísimo Ahrimán en la Tierra, para así reproducir fielmente, con las palabras de entonces, lo vivido.

EL COCHE

En diciembre de 1988 Jimmy me contó que mi amigo necesitaba un coche. El año que comenzaba iba a ser un año de viajes. Yo debía conseguirlo.

Mi amigo me sugirió que buscara un coche de segunda mano. Sería más barato. Él le daría el visto bueno. Mi amigo tenía un olfato muy especial para los motores, y no es una metáfora. Podía saber si un motor estaba en buenas o malas condiciones con solo mirarlo, con solo olerlo.

Me gustaba visitar los concesionarios, podía montarme en los coches, incluso probar alguno. En esa ocasión me subí a un modelo Spider, el mismo modelo en el que Jimmy murió. Pensé en ello. No bien me hube sentado tuve que levantarme de inmediato. ¡Por un momento creí estar sentado en el interior de una tumba!

Encontré un coche, un Volkswagen Golf rojo. Ése era el color preferido de Jimmy. «El color de la sangre», como solía decir. A mi amigo le encantó. Consigo pagarlo a través de un préstamo personal. En enero de 1989 estaba circulando.

Al mes siguiente hablé por teléfono con Jimmy. No estaba de acuerdo en que el coche fuera de segunda mano. Jimmy era muy gracioso. Yo me reía con sus ocurrencias.

—Si no se lo cambias lo estropearé —añadió poco después.

—¿Cómo?

—Sí, sí, no me gusta ese coche. Se nota que es de segunda mano. La imagen es muy importante. Quiero uno nuevo. Como ése, pero nuevo.

Jimmy no era de fiar en ese sentido. No era un buen consejo tomarse a broma lo que decía.

Tan convencido estaba de que estropearía el coche que en abril ya teníamos un Golf nuevo, 16 válvulas, de color negro. «El color de la eternidad», como decía mi amigo. Ni que decir tiene que por el antiguo coche me dieron mucho menos de lo que pagué. Sufrí una pérdida de dinero que podía haberse evitado si Jimmy se hubiese dignado a dar su opinión en el momento oportuno. Pero entonces no hubiera sido Jimmy. Con esto uno aprendía que debía buscarse lo mejor para el caso o, en caso contrario, acababa saliendo muy caro.

Si se sigue la evolución de este coche es posible hacerse una idea de la inestabilidad que se vivía junto a Jimmy y mi amigo. No tenía nada que ver con una vida normal en ningún sentido.

EL GRAN GATSBY

Viajamos para vernos. No recuerdo el motivo. Mi amigo me contó que Jimmy le había dado un nuevo nombre: Gatsby.

—¿Gatsby? —dije—. ¡Vaya nombre más raro!

—Existe un libro, y también una película, que llevan como título ese nombre. Alquílala en un videoclub. Ya me contarás.

Así lo hice. Esa misma noche pude ver la película. No daba crédito a lo que veía. Aquel personaje de Jay Gatsby era mi amigo.

La auténtica virtud de mi amigo residía en haber logrado armonizar su inteligencia, su corazón y su fuerza. Se ha de comprender que aquello que él tenía gracias al corazón, al afecto, al amor, debía ser muy grande para poder equilibrar y dar sentido a sus otras potencias. Sin embargo, ello no quiere decir que esas potencias no hicieran, de vez en cuando, acto de presencia por sí mismas si las circunstancias lo requerían. Demian era eso: una fuerza e inteligencia que desbordaban a cualquier rival, que se abrían paso por sí mismas. Ahora, en cambio, todo aparecía filtrado por el corazón. Su fuerza y entendimiento parecían doblegados totalmente al amor.

Esas potencias vestían de manera peculiar los ropajes del afecto. Así su inteligencia vivía detrás de una afectuosa mirada, y su fuerza se desplegaba por medio de la elegancia de sus gestos. Poseía Gatsby, una extraña amabilidad que te calaba en lo más hondo. Estas pocas palabras lo definen muy bien.

Y desde entonces, hasta el final de esta historia, siempre lo llamé por este nombre. Fue, digámoslo así, la «adaptación», la forma que su espíritu adoptó que más afín me era. Cualquiera hubiera querido conocer a Gatsby en ese tiempo como yo llegué a conocerlo.

MI MADRE

En mayo mi madre cayó gravemente enferma. Muere unos meses después, a finales de 1989. Durante todo ese tiempo apenas me acuerdo de mis amigos, aunque pude y seguramente debí intentar contactar con ellos. Al final de sus días estaba exhausto y comprendí que me podían haber ayudado mucho. Gatsby no me llamó en seis meses, algo muy inusual. Yo estaba resentido. «Sólo se ponen en contacto conmigo cuando necesitan algo», me decía.

A los pocos días me llamó Gatsby en tono de broma. Le comuniqué la muerte de mi madre. El silencio se hizo repentinamente. Después de una larga pausa, apareció Jimmy.

—Gatsby está en estado de shock. No te preocupes. He querido que fuera así— dijo.

No sé por qué lo dice. No me preocupa lo más mínimo. Ni Gatsby, ni Jimmy, ni nadie.

—Tu madre está bien. Tranquilízate. Volveremos a hablar mañana —me dijo Jimmy.

Necesitaba oír esas pocas palabras. Me tranquilicé. Mis músculos se relajaron. Mi mente se serenó.

A partir de este momento empecé a recordar la muerte de mi madre con más tranquilidad. Una preocupación me asaltó. Me parecía haber observado algo en su actitud de los últimos días que pensaba podría ser un problema en el mundo espiritual. Algo que, si seguía con ella en su nuevo hogar, podría ser un impedimento, una barrera que le impidiese extender la mirada a esa realidad. Esto vivía en mis pensamientos cuando llamé a Gatsby. Fue Jimmy quien cogió el teléfono. No dije nada de estos pensamientos.

—No te preocupes por tu madre, debes tener en cuenta que muchas cadenas se rompen en el momento de la muerte —dijo—. Ella está bien. Está conmigo. Ahora ella forma parte de la Causa.

Nunca hubiera podido imaginar que el hecho de que Jimmy dijera que mi madre estaba con él tuviera la virtud de aportarme tanta tranquilidad de espíritu. Parecía claro que apreciaba a Jimmy más de lo que me decía a mí mismo.

Al final de la conversación, aparece Gatsby. A modo de despedida me dijo que a partir de ese momento tenía la oportunidad de llevar una vida en comunión con mi madre. Recordé entonces las palabras que Gatsby me comentó un día, el primer año de conocernos.

—La vida no «sigue» como habitualmente suele decir la gente cuando alguien muere, sino que cambia a otra forma de relación.

Entendí entonces que la vida no «sigue» como suelen decir al allegado, queriendo imprimir una dirección de vida sin la compañía de ese difunto. Uno debe seguirlo allí donde fuese y restablecer esa unión. Para el enorme corazón de mi amigo era impensable abandonar a alguien amado, ni incluso después de la muerte. Era casi una bajeza hacerlo, precisamente cuando las dificultades se hacían presentes. Ése era mi amigo. Ya entonces tenía un corazón de león.

De camino a mi casa siento que me habían quitado de encima un enorme peso. Anduve muy ligero. Pensaba de qué manera se podría extender el alivio que sentía a esas personas que se encontraban en la desesperación por la muerte de un ser querido. Si yo lo he vivido, otros lo podrían vivir. Pero ¿cómo conseguir eso?

Al entrar me encontré con mi padre. Me parecía estar viendo a alguien a quien le falta la mitad de su cuerpo y no sabe dónde ha ido esa mitad que falta. No hallaba la manera de ayudarlo. El mundo se me presentó, entonces, dividido entre los que viven encerrados en sí mismos como mi padre y unos pocos afortunados, como yo. Y no lo consideré justo.

LA MANO QUE MECE LA CUNA

En noviembre volví al trabajo. En aquella época trabajaba en una oficina. Tenía a mi disposición un teléfono personal y desde él contactaba con Gatsby. No pasó mucho tiempo hasta que se hizo muy ostensible que el teléfono estaba intervenido. No había ningún disimulo en ello. Alguna vez, incluso, se escucharon risas de fondo o se cortaba la comunicación. Gatsby me comentó que Demian ya sabía que yo era su principal apoyo. A mí me parecía que Demian poseía demasiados recursos en comparación con mi amigo.

En diciembre de 1989 pedí un nuevo préstamo. Gatsby necesitaba dinero para sus viajes. Parecía estar continuamente buscando algo. Un día me llamó desde la ciudad de Barcelona.

—Estoy en una pensión de lo más rara —me dijo.

—¿Rara? ¿Por qué? —pregunté.

—Algo en ella me ha llamado la atención y he tenido que entrar. Luego, bueno, está la dueña. Tiene algo extraño, pero no sé qué es.

—¿Qué puede ser?

—No lo sé, pero es algo que hace que no la pierda de vista. Pronto lo averiguaré.

Hablamos al día siguiente. Mi amigo estaba excitado, pero también divertido.

—¿A que no sabes quién es ella? —me pregunta— ¡La nodriza de Demian! —se reía sin darme tiempo a responder, como si esa mujer fuera el ser más ridículo de la Tierra—. Jimmy me ha dicho que me vaya inmediatamente. Dice que aún no estoy preparado para un encuentro con Demian. Pero yo no lo creo —continuó diciendo con esa particular predisposición romántica al combate.

En ese momento se oyeron unos ruidos característicos en la línea. Alguien estaba escuchando. Jimmy hizo acto de presencia inmediatamente. Comenzó a cantar, por boca de mi amigo, una canción muy alegremente. Ésta hacía mención a unos tiempos en los que después de años de oscuridad, por fin vuelve la luz, o algo similar. Obviamente, la canción iba dirigida a nuestros invitados. Después de esta interrupción le sugerí a Gatsby que se marchase de allí si Jimmy así se lo había aconsejado. Me contestó que pasaría una noche más. Estaba deseando enfrentarse a Demian, medir sus fuerzas.

—¿Quién es esa nodriza? —le pregunté.

—Es quien lo ha criado. ¡La mano que mece la cuna, es la mano que domina el mundo! —respondió.

Recordé entonces las muchas veces que Gatsby me había hablado de la importancia de la educación. No existía nada más importante que eso, e interpreté lo que decía en ese sentido.

Me volvió a llamar el tercer día. Estaba desconcertado. Toda su seguridad se había desvanecido. No entendía cómo había podido pasar. Salió esa mañana y no había vuelto hasta la tarde. Fue a abrir el coche pero las llaves las había dejado en la habitación de la pensión. Lo dijo como si alguien hubiera sido más listo que él. No podía creer lo que dice. Esos errores no eran habituales en Gatsby. Continuó diciendo que había que deshacerse del coche. Insistió varias veces. Lo dijo con cierto nerviosismo y culpabilidad. Dudó un momento. Se montaría en él por última vez para llevarlo a la estación de tren. Él tenía que marcharse a otra ciudad. No podía hacer esto solo, debía ayudarlo. Me dejó claro que en ningún caso iba a coger ese coche otra vez. Todo transcurrió muy precipitadamente.

—Bueno, está bien —le dije—, venderé el coche. Solo tiene siete meses. Recuperaré parte del dinero.

—No, no puedes. Ese coche es una bomba. Le fallará algo en cualquier momento y matará a alguien. Debes llevarlo a la Volkswagen. Entrégalo como entrada por otro coche. Tienen un procedimiento de revisión para la reventa tan exhaustivo que no pasará la prueba. Es la única solución.

—Pero, ¿qué le han hecho al coche? —pregunté.

—Artes negras —me dijo.

Ese mismo fin de semana me desplazé a Barcelona. Me hice cargo del coche que estaba en la estación de tren. Lo monté en un vagón de mercancías con destino de vuelta a mi ciudad. Desde que tomé contacto con el coche en la estación, me di cuenta de que alguien me seguía. Era un tipo un poco extraño. Su cara no decía absolutamente nada. Parecía estar vacío. Lo volví a ver en varias ocasiones más a lo largo de los años. Siempre me seguía sin ningún disimulo. Lo observaba curioso queriendo ver algo de Demian en él, algo de su carácter.

Aquel tipo era como una burla de Demian. Era su sentido del humor. Así lo veía yo.

Cuando dejé el coche en su destino llamé a Gatsby pues tenía que conducir para llevarlo al concesionario. Él debía velar para que no sucediera nada que pusiese mi vida en peligro.

Después de mucho esfuerzo conseguí dar el coche como entrada para la compra de otro, refinanciando la deuda. El coche nuevo sería para mí. Se puede decir también que había necesitado tres préstamos para pagarlo, y que el precio fue al final más del doble de su precio original. Este caso del coche puede dar una idea de lo difícil que era apoyar a Gatsby. Por doquiera surgían dificultades que agravaban la situación de una manera increíble, en el sentido que parecía imposible lo que estaba teniendo lugar.

Esto se hizo extensible a todas las demás cuestiones, por pequeñas que fueran. Era un continuo aparecer trabas para cualquier tipo de operación que quisiera llevar a cabo. Esas fuerzas retardantes se me hicieron más que evidentes en esos años. Aunque desconocía mucho de ellas, me las imaginaba como seres reales, y hubiera dado lo que fuera por poder verles la cara.

FELIZ NAVIDAD

En esas navidades Gatsby recibió una tarjeta de felicitación. Al pasar cerca del buzón cerrado olió el aroma que la carta desprendía.

—Olía a Demian. La abrí y leí: «Feliz Navidad Mr. Gatsby» —dijo mi amigo.

Aquel año se presumía un poco complicado.

LAS FOTOS DE LA NOVIA

Gatsby amaba con todo el corazón a su novia. Era una mujer muy diferente de su novia anterior, pero el amor de Gatsby era el mismo. Él parecía necesitar esa clase de amor y era, en ese tiempo, muy feliz, a pesar de que vivían alejados físicamente. Ella estudiaba su último año en la universidad. Gatsby iba a verla de vez en cuando. En aquella ocasión pasaron unos días inolvidables en una estación de esquí. Se hicieron numerosas fotos como testimonio de su dicha.

Fui a verlo en aquella época. Salimos a tomar algo. De camino íbamos a recoger las fotos en papel a una tienda de revelado. Había que subir unos peldaños para poder acceder a la tienda. Me detengo a unos metros de la pequeña escalinata. Un escalofrío me recorrió la médula espinal, una especie de presión. Sentía mi sistema nervioso alterado, sobre la base del cráneo. Miré tenso a Gatsby, que levantaba la cabeza como oliendo el ambiente.

—Demian ha estado aquí —dijo.

En ningún momento entendí que hubiese estado físicamente, sino como fuerza, por decirlo así. Gatsby entró en la tienda y me invita a pasar. Quise hacerlo pero no podía. No conseguía controlar esa fuerza que había afectado mi sistema nervioso. Decidí esperarlo fuera. Poco después Gatsby sale con una amplia sonrisa dibujada en la boca.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Demian ha velado todas las fotos —se reía—. No ha dejado ni una. Le desespera que sea feliz. Tiene pavor de eso.

Aquel día Gatsby estaba muy contento. Saboreaba su momento.

Demian sentía pánico de que Gatsby fuera feliz. Las fuerzas de mi amigo adquirirían otra dimensión. Era algo que lo alimentaba verdaderamente. El amor le mantenía en un éxtasis sin fin, y a mí me parecía ver temblar al poderoso Demian. Sus robustas piernas se convertían, por momentos, en trémulos palillos. Demian haría todo lo posible para que no fuera así. Haría lo imposible por dar de beber a Gatsby el elixir de su negro corazón para así negarle aquello que se había negado a sí mismo y legar el fracaso que en exceso habita en su espíritu.

LOS HOMBRES-GATO

Sentía el aliento de Demian muy cerca de mí. Los teléfonos que habitualmente utilizaba estaban pinchados, y no me era posible hablar con tranquilidad con Gatsby. Además, temía por mis allegados. Conocía bien a Gatsby y, al conocerlo, también sabía algo de Demian. Había tenido ya alguna que otra experiencia. Explicándolo a mi manera diría que, al igual que Gatsby, Demian podía influir en el sistema nervioso humano. Siempre creí que su fuerza era ciertamente afín a este sistema nervioso, sobre todo si ese humano pasa por algún momento que lo hace especialmente vulnerable. Esa fuerza actúa como un poder disuasorio interno a modo de miedo profundo.

Me sentía vigilado a cada paso que daba. Trataba de no darle importancia, pero no podía negar que añadía cierta presión a mi vida. Estaba confiado en cuanto a lo que mi seguridad se refería. Confiaba en lo que Jimmy me dijo el primer año de conocernos.

Por aquel entonces andaba pensando qué era lo que podría impedir que Demian me matara. No llegaba a entenderlo. Iba de vuelta a casa después de un encuentro con Gatsby. La carretera estaba repleta de coches. De pronto se escucharon una serie de golpes. Un coche esquivó otros y viene directo hacia mí a mucha velocidad. Todo fue muy rápido. Otro coche, rojo, salió de su carril y se interpuso en el trayecto del primero. Chocaron. El coche que venía hacía mí derrapa y comenzó a dar vueltas de campana. Venía hacia mí botando, era increíble. Volvió a botar a un metro de mi coche y saltó por encima hasta caer definitivamente boca abajo en el asfalto. Milagrosamente no había heridos.

Aquella era la forma de matar que yo atribuía a Demian, muy propia de su inteligencia. Aunque no puedo asegurar que ese accidente fuera intencionado, ya que tampoco se lo comenté a Gatsby, no puedo negar que tenía la sensación de estar protegido.

Todo lo que vivía me hizo sentir curiosidad por Demian y por las personas que lo apoyaban. Quería saber acerca de ellas. Una noche, paseábamos, y le pregunté a Gatsby cómo eran. De un salto subió a unas piedras y extendió la palma de la mano paralela al suelo. Debajo de ella, a un metro, un gato negro se apretaba contra el suelo como si una fuerza invisible lo aplastara.

—Son como gatos, hombres-gato —dijo mirando al horizonte iluminado por la luna—. Autosuficientes.

Ya le había oído hablar otras veces sobre la autosuficiencia. Ésta no es propia de los seres humanos sanos, que nos necesitamos unos a otros.

Después de mirar en dirección al suelo replegó la mano sobre sí, soltando al gato de su atadura. El cual lanzando un maullido despavorido, dio un salto en vertical hasta una altura considerable, corriendo después como sombra de viento por entre las piedras.

—¿Y qué siente Demian por alguien como yo? —le pregunté.

—Un asco enorme —me sonrió.

LA PLUMA DEL CIELO

No recuerdo el motivo, pero ese día Gatsby me hizo un regalo. Era una magnífica pluma estilográfica.

—Utilízala todo lo que puedas. Continuamente. Es una pluma del cielo, del mundo espiritual —dijo mi amigo—. Llévala siempre contigo y de cuando en cuando úsala.

Le di las gracias. Era verdaderamente preciosa. «¿Qué querrá decir exactamente con eso de que es del cielo?», me preguntaba mientras meneaba la cabeza. En mi fuero interno tendía a no creermelo de todo aquello que no podía comprobar por mí mismo en alguna medida. Eso no quiere decir que no estuviera abierto a todas las novedades que aparecían en mi vida. Pero éstas eran tantas que trataba de adoptar una actitud lo más exenta de juicio para, justamente, no perderlo.

Miré la pluma con más tranquilidad. Parecía muy robusta. Eso me gustaba. Según mi experiencia, así debían ser las cosas. Le quité la capucha como si desvainara una espada, y el dorado pulido del plumín me deslumbró. ¡Es una pluma tan hermosa! ¡Y parece ahora tan delicada! Todo en la pluma parecía decir que sin su protección no era nada. Temí por ella desde el primer momento. La llevaba conmigo a todas partes y guardaba mucho cuidado cuando la usaba. Escribir con ella era un placer, me relajaba. Eso me venía muy bien.

Aquel día, poco después de recibir el regalo, estaba haciendo algo que me había pedido Jimmy. Andaba de un lado a otro. Me sentía nervioso, como si me estuvieran siguiendo. Me paré y pensé si la pluma tendría algún tipo de poder. ¿Por qué me había pedido Gatsby que la usara con tanta frecuencia? No lo entendía. La saqué del bolsillo de mi chaqueta y la abrí. De un coche aparcado a mi derecha alguien se incorporó ruidosamente. Botaba dentro del coche, aunque hubiera jurado que allí no había nadie. Extraordinariamente nervioso arrancó el coche y, en cuestión de segundos, salió del estacionamiento como alma que lleva el diablo. Imitándole los movimientos del escondido conductor mi amigo se reía con ganas.

—Ya te dije que viene del cielo. Sigue usándola —me dijo.

Yo la usaba todo lo que podía y la propia pluma me daba cierta seguridad. Pero, mientras más la usaba, más parecía repetirme la pluma la debilidad que en ella existía. Un día que escribía con ella me decía a mí mismo —lo recuerdo perfectamente—: «Debes gastar cuidado, pues siento como si alguien quisiera destruirla». Terminé de

escribir y la deposité delicadamente sobre una mesa de cristal. Me descuidé apenas un segundo y vi rodar la pluma sin su protección. No logré cogerla a tiempo y se estrelló contra el suelo. Su delicado plumín se rompió de manera definitiva. La miré y me presentí que había perdido todo su brillo, toda su magia.

CONOCIENDO A SU NOVIA

Gatsby no cabía en sí de gozo. Su novia venía a visitarlo. Me llama y me ruega que vaya a verlos. Quería presentarme a su novia.

Quedamos. Ella estaba tan pendiente de él que apenas se fijó en mí. Daba la sensación de ser una mujer muy despierta. Miré con aire cómplice a mi amigo mientras ella parecía andar literalmente sobre una nube. Nos sentamos en la terraza. Hacía buen tiempo. Mientras los dos enamorados disfrutaban mutuamente me quedé mirando los árboles del jardín como si fueran los únicos que permanecieran en el tiempo. Ya había conocido un amor inmortal, y murió. No quería conocer otro. Me despedí excusándome con unas prisas falsas.

No acertaba a entender qué poder extraía de ese brebaje del amor. Gatsby se volvía muy responsable con su misión, como si aquél fuese el salario acordado. Era una suerte de romanticismo vital el que vivía en él, como el Gatsby de Fitzgerald. Todo lo sacrificaba con tal de conseguir el objeto de su amor.

De vez en cuando Jimmy hacía acto de presencia, aunque no tan frecuentemente como el primer año que nos conocimos. En alguna ocasión aún pudimos pasar juntos algunas horas. Aquel día, mientras paseábamos como si se hubiera contagiado del romanticismo de Gatsby, Jimmy me habló de su verdadero amor: Ursula Andress. Jimmy me contó cómo Ursula acabó por rechazarlo.

En su vida en la Tierra Jimmy tenía algo especial que hacía de él una persona atractiva y conflictiva a la vez. Era como si su necesidad de afecto pusiera continuamente a prueba el corazón de las personas de su entorno. A mí aquello me parecía una especie de don divino. Seguramente Ursula trocó la intensidad del corazón de Jimmy, que podría ser entendido como inestabilidad, por la seguridad de una pareja con más «sentido común». Pero Jimmy aún la amaba.

—Voy a llamar a Úrsula —me dijo de pronto metiéndose en una cabina de teléfonos.

—Pero, ¿qué haces? ¡Este hombre se ha vuelto loco! —dije echándome las manos a la cabeza.

Jimmy hacía y decía cosas tan poco habituales que uno tendía siempre a pensar que estaba bromeando, aunque el tiempo confirmará que algunas de ellas eran ciertas. Otras, como ésta, están sin confirmar. Al poco rato sale.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—¡No se cree que sea yo! ¡No quiere que la moleste! —me respondió haciendo gestos muy graciosos.

Más tranquilos le pregunto.

—Y después de algo así, dime, ¿qué es lo que queda?

—De aquello queda «un pudo haber sido pero no fue» —me dijo más serio.

Para mí, eso fue una advertencia que me conminaba a luchar por lo que uno quiere, pues puede no ser nunca.

EL M.B.A.

Mi amigo y yo no nos veíamos muy frecuentemente, pero cuando lo hacíamos pasábamos juntos mucho tiempo. Gatsby había enfocado su carrera hacia el mundo de la organización empresarial. En aquella época no lo entendía, pero en 1985 ya me comentó que era el ámbito de la cultura empresarial el que debía recibir su influencia y donde él debía desarrollarse, al menos en una primera etapa.

Gatsby parecía «diseñado» para ese mundo. Era un diseño perfecto, tanto que me llegó a parecer su verdadero talón de Aquiles. Todas sus fuerzas estaban dirigidas para hacer grandes cosas dentro del ámbito empresarial. No parecía tener ningún punto débil en ese terreno. Sin embargo, primero había que llegar. Ése era el único punto delicado, ya que en mi amigo no había posibilidad para espíritu de vasallaje alguno. ¿Cómo salir desde la nada? Ésa era la cuestión.

Al fin y al cabo Gatsby hablaba de ética en los negocios, pero lo hacía de una forma que no era posible resistirse a ello. Cuando lo moral está acompañado de la fuerza de Gatsby, uno siente que una estrella luce bien cerca, y que no hay oposición posible, pues es el tiempo de esa estrella.

Pero antes debía llegar. Al contrario que su opositor, debía encontrar un púlpito adecuado para ser visto y oído. Entonces su influencia sería grande. Y ese «debía llegar» era su talón de Aquiles. Jimmy, lo repetía una y otra vez.

—Gatsby debe crear su propio imperio empresarial. Tenéis que pensar siempre a lo grande, como yo hacía cuando estaba en la Tierra.

Era ese ámbito de la economía que, tan maliciosamente, extralimita sus zonas de influencia, el que lo debía acoger en su seno. Gatsby, tenía esas fuerzas capaces de poner orden en ese mundo de egoísmos desatados. Hay que comprender esto en su pleno sentido: Gatsby tenía esas fuerzas.

Aquella mañana me habla sobre Demian.

—Tengo que hacer un Máster de Dirección de Empresas. Demian, está accediendo ya a un Máster.

Añadió que el Máster de Demian estaba vinculado a la empresa General Motors, no recuerdo exactamente qué tipo de vinculación. En el año 1990 Demian debía tener unos 22 ó 23 años. No se lo pregunté. No creí que algún día fuera de importancia.

Hube de recorrer, por enésima vez, todos esos bancos con escasez de clientes, ávidos de una ocasión de engordar su cuenta de explotación con unos intereses elevados, a cambio de incrementar su riesgo conmigo. Al final conseguí un préstamo personal para poder pagar su M.B.A.

Tanto visitar bancos, me había dado un sexto sentido en relación con el dinero. Había algo en todo ese sistema que, simplemente, no funcionaba. El propio dinero se había convertido en objeto de codicia porque se le había dado ese atributo. ¿Y por qué había de ser así?

—Tienes que inventar un nuevo tipo de dinero —le decía a mi amigo en ese tiempo.

Estaba muy seguro de que Gatsby llegaría a hacerlo algún día, y mi mente hallaba descanso en la idea de ese futuro logro, donde las relaciones comerciales estarían marcadas por su sentido verdadero.

DEMIAN HACE SU PRESENTACIÓN PÚBLICA

Era una mañana espléndida. Gatsby viene hacia mí muy sonriente, como el mismo Sol.

—Demian ha hecho su presentación ante los medios —me dijo.

—¡Explícate! —exclamé un poco desconcertado.

Me contó entonces algo de lo que yo también había oído hablar, ya que esas informaciones se me presentaban sin que yo las buscara. En cuanto a informaciones de sucesos externos se refiere, estaba siempre en sintonía con Gatsby. Y el suceso en cuestión trataba de lo siguiente.

Había una famosa periodista española, corresponsal durante muchos años del Vaticano, llamada Paloma Gómez Borrero. En esa ocasión había estado trabajando en un reportaje que trataba sobre la realidad del demonio e incluía una entrevista con un conocido exorcista del Vaticano. Era noviembre de 1990. Una vez terminada la entrevista dejó el material de trabajo —dos cintas, un bloc de notas y unas fotocopias— encima de una mesa del despacho de su casa. Mientras esto hacía un pájaro negro entró por una ventana del despacho, dándose golpes con las paredes con tal violencia que se mancharon de sangre «como si allí se hubiese cometido un crimen» —según palabras de la propia periodista—. Paloma salió de la habitación buscando a alguien que la ayudase. Encontraron al pájaro ensangrentado encima de un mueble utilizado como biblioteca pegado a la pared. Al intentar cogerlo, el pájaro se escurrió entre pared y mueble. Aunque intentaron localizarlo moviendo el mueble, nunca jamás pudieron hallarlo. Al día siguiente, Paloma se dispuso a trabajar sobre el material del día anterior, pero se encontró su magnetofón inutilizado. Las cintas y el material en papel habían desaparecido.

—Nadie —decía ella— había entrado en mi despacho desde la noche anterior.

En una entrevista concedida muchos años después habla de estos hechos. El material desaparecido le iba a servir para documentar un programa de radio y escribir un artículo en una revista de suscriptores. El programa nunca se llegó a realizar. Al final escribió un artículo para esa revista pero, misteriosamente, ninguno de los números enviados a sus abonados llegó a su destino. Al cabo de dos años, en noviembre también, aparecieron las cintas y los documentos en papel en el mismo lugar donde desaparecieron.

—Esto último —seguía diciendo ella— me inquietó verdaderamente.

Dijo algo muy curioso en aquella entrevista. Afirmaba que probablemente el demonio pretendía atemorizarla, pero que no lo consiguió, ya que ella decía ser más fuerte, al menos, entiendo yo, en el ámbito de su vida profesional y privada. Pero cuando el conductor de la entrevista le preguntó si había vuelto a escribir sobre el demonio, ella, un poco consternada, como si acabara de descubrir algo, dijo que nunca más volvió a escribir sobre ese tema. Su cuerpo, su voz temblaban mientras hablaba. Esto es característico. El solo recuerdo le afectaba el sistema nervioso.

Y ahí estaba el Demian que yo conocía. Los que con él tomaban contacto podrían decir lo que quisieran, pero la realidad era que les producía tal miedo, tal desazón interior, que apartaban su vista de los caminos que él hollaba. Pensaban que ganaban la batalla volviendo a recuperar su anterior sosiego, pero nada gana el que deja el camino libre. La importancia de Gatsby, entendiéndose bien, residía en que trataba a Demian como a su igual.

EL NOMBRE DE LA ROSA

Me hablaba Gatsby, del éxito de Demian como escritor. En ese sentido hizo referencia a la novela titulada *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, como un libro inspirado por Demian. Yo conocía algo acerca del libro, entre otras cosas, que había sido escrito a comienzos de 1980. Demian debía tener entonces doce o trece años. Yo no era de mucho preguntar. Trataba de concentrar todas mis fuerzas en asimilar de manera sana todo lo que me venía.

Pensé que la entidad espiritual —Satanás lo llamaba yo entonces— que gradualmente se incorporaba a Demian lo había hecho cuando éste tenía una edad muy temprana³, y que esa incorporación, aunque a pequeña escala, por el hecho de vivir ya en la esfera terrestre, tenía suficiente poder como para inspirar a determinadas personas. En cualquier caso, o bien Gatsby encontró en ese libro el rastro de Demian de alguna manera, o bien le dio la clave de lo que Demian estaba en disposición de hacer en el futuro.

—Esto va a ser como un juego de ajedrez —decía Gatsby, dejando entrever que él también tenía ese poder para inspirar personas—. Cada uno moverá sus figuras dentro del gran tablero del mundo.

Pero que esto no lleve a confusión. La ventaja de Gatsby consistiría en mostrarse no en su interioridad como yo lo conocía, ya que de ese modo no sería entendido, pero mostrarse al fin y al cabo. El mundo debía conocerlo.

Para mí fue sorprendente comprobar que Rudolf Steiner también habla de Ahrimán como inspirador de obras de todo tipo.

MALOS TIEMPOS

En los últimos meses de 1990 las cosas empezaron a complicarse, y mucho. Gatsby comenzó a tener problemas con su novia. Al final de las vacaciones que ella pasó en casa de mi amigo surgió algún problema.

Por su forma de hablar, o su elegancia en el vestir, su pulcritud y sus modales, todo el mundo tendía a pensar que mi amigo era rico. Pero no era así en ninguna medida. Su novia lo había conocido con un coche estupendo, viajando para verla e invitándola a pasar unos días en una estación de esquí. Con Gatsby esos momentos irradiaban una luz muy especial, y todo el mundo creía que las cosas con él siempre

³ Sabía por Gatsby que Demian, de pequeño, ya sentía aberración por todo símbolo religioso, especialmente por la figura de Cristo, así que Ahrimán debía estar, ya entonces, muy cerca de él.

iban a ser así. Se hizo una imagen equivocada, y al comprobar poco a poco que la vida junto a él no iba a ser como esperaba debió sentirse desconcertada.

Ella había terminado la carrera y se planteaba qué hacer con su vida. La seguridad económica empezó a ser una cuestión importante. Los planes que barajaba dejaban un poco de lado la relación con Gatsby. En lugar de pensar en mantener su relación de amor, empezó a pensar en cómo hacer para conseguir la ansiada independencia económica a toda costa. Ella priorizaba al uso de la época, haciendo lo que todo el mundo hacía, separando estas dos cuestiones. Gatsby sufría con todo ello.

Mi situación económica también era muy difícil. Todos los préstamos que había conseguido estaban cargados con un interés muy elevado. Mi afán y mi actividad estaban centrados en obtener ingresos para pagar de manera anticipada esos préstamos y poder librarme de ellos. Poco a poco pude deshacerme de alguno. Aunque hacía lo imposible para que mis operaciones financieras no llegaran a conocimiento de mi familia, ya que no quería afectar sus vidas, mi padre se enteró de alguna de ellas. A partir de un determinado momento comencé a observar en él un comportamiento muy extraño. En parte lo achaco a la muerte de mi madre y al vacío que había dejado en su vida. Pero había algo más. Parecía estar sufriendo indeciblemente.

Cuando una noche descubrí que mi padre me seguía por las calles para averiguar cosas de mi vida, sentí un gran dolor. Ese comportamiento era extraño e impropio de él. Comprendí que estaba obsesionado, y la atribuí a la influencia de Demian.

Gatsby me lo confirmó.

—Demian se ha introducido totalmente en la cabeza de tu padre. Solo tú puedes librarle de esa influencia —me dijo.

Me dediqué a no hacer ningún movimiento extraño y a dejar que pasara el tiempo en total tranquilidad, esperando que la situación con mi padre se relajara, como así fue.

LA PALOMA PURULENTA

Aquel día me llama Gatsby. Su voz estaba rota. Su novia había terminado con la relación. Ella había elegido, y no lo había elegido a él. Me rogó que fuera a verlo en cuanto pudiera. Solo alguien como yo podía comprender lo que eso significaba para él. Lo dejé todo y acudí a su encuentro.

Era ya de noche cuando se montó en mi coche. A Gatsby le gustaba conducir cuando nos encontrábamos. Conocía mejor su ciudad y era, por otra parte, un magnífico conductor. Sin embargo, aquella vez iba en el asiento del copiloto. Estaba destrozado. Movía su cuerpo con dificultad, como si le pesara más de lo debido.

—Ella —me dijo— pensaba que yo era rico.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—He amado a una mujer superficial —lo decía como si aún sabiéndolo pensara que el amor que había entre ellos sería más fuerte que todo eso.

Entendí que ésa había sido su esperanza, y que había estado firmemente convencido de que podría curar esa debilidad de la mujer que amaba. Era muy propio de él pensar de esa manera tan romántica.

—Muchas mujeres dicen soñar con alguien como yo, pero cuando tienen ese sueño a su alcance les da miedo hacerlo realidad —me dijo casi sin fuerzas.

Llegamos a un lugar donde solíamos reunirnos. Las vistas hacían de él un sitio especial. Gatsby se movía como un octogenario, con tremenda dificultad. Parecía como si el dolor que sentía hubiese llegado hasta su sistema óseo. A pesar de todo, se mantenía erguido. Aunque apenas se sostiene, mantuvo la cabeza siempre mirando al frente, como queriendo comprender por encima de todo. Nunca se dejó arrastrar por el dolor. Lo vivió porque no podía ser de otra manera. Me señaló un punto muy distante, en un lugar muy peculiar.

—Mira, allí está Jimmy. No se atreve a acercarse —dijo mirando a la lejanía.

Me imaginaba a Jimmy, tan unido a él, viviendo el dolor de mi amigo. En su vida física Jimmy había sido extraordinariamente sensible a este tipo de cuestiones. Era como si algo de su existencia anterior se repitiera, y ese dolor debía ser insoportable también para él.

Nos sentamos. Una paloma vino volando directamente donde se encontraba Gatsby. Se posó en el banco, a su derecha, a escasos centímetros. La miré y me quedé espantado. Estaba llena de bultos y accesos de pus por la cabeza y por todo el cuerpo. Mi amigo juega con ella, hizo ademán de cogerla, pero la paloma se retira manteniendo siempre una distancia de unos quince centímetros.

—La santidad es sanadora —dijo mirando a la paloma.

Entendí que el sufrimiento de Gatsby se había convertido en fuente de salud para la sedienta paloma. La pureza es sanadora. Aquello que mi amigo desprendía era sanador, y el instinto del animal le había llevado al encuentro de mi amigo. El pobre animalito había sido el único beneficiado del momento más doloroso que he llegado a vivir junto a Gatsby.

LA BURLA DE DEMIAN

Demian parecía manejar los hilos que conforman las relaciones entre las personas de manera muy peculiar, añadiendo una carga que, a la larga, se hacía pesada. Ése era mi caso.

Estaba cansado. Trataba de no hacer nada que pudiera volver a preocupar a mi padre. Las comunicaciones telefónicas con Gatsby resultaban muy difíciles. Demian cerraba el círculo de mi vida personal, asfixiándome. Es, por decirlo así, un trabajador muy eficaz.

Trabajaba en la oficina hasta tarde. Mi horario hacía que me cruzara con la señora de la limpieza. Era una conocida mía. Tenía una hija de unos doce años. Al principio casi ni me doy cuenta, pero empecé a notar un interés desmedido por parte de esa niña hacia mí. Hablaba sin parar de vivencias que eran más propias de alguien mucho más maduro. Jugaba deslenguadamente con esas vivencias. Todo me resultaba molesto y sospechoso. Un día descubrí que esa niña sentía de un tiempo a esa parte una gran animadversión hacia todo motivo religioso. Entonces abrigué un tremendo desprecio hacía Demian que buscaba cualquier resquicio para afectar mi vida. También comencé a sentirme culpable por afectar la vida de personas inocentes.

LA MEDALLA

Aquel fin de semana fui a ver a mi amigo a su casa. Para ir a verlo decidí estrenar un pantalón comprado hacía pocos días. Mientras hablamos observaba el suyo. Lo conocía. Era una prenda que tenía desde hace varios años. Para mi asombro, no tenía ni una sola mota de polvo. Mi pantalón siendo de más calidad y nuevo sí acumulaba polvo. Entonces caí en la cuenta que siempre había sido así. Gatsby repelía el polvo como un añadido al cuidado de su imagen.

Le pregunté por una colección de figuras de búhos que tenía a su izquierda.

—Soy como un búho. Estoy despierto por las noches y nada escapa a mi vista. Aunque aquí esté encerrado.

Lo encontré serio. Me dijo que bebía mucho whisky, botellas enteras. Nunca lo vi, ni tan siquiera mareado.

—El alcohol contiene un elemento que necesito —me dijo.

No entendía lo que quería decir. Gatsby sufría mucho, aunque nadie lo hubiera afirmado por su aspecto puramente externo.

—Mira mis pupilas —me dijo.

Veo cómo tiemblan y parecen girar sobre sí mismas.

—Cuando la gente me mira a los ojos apartan la vista. Les da miedo, es instintivo. Solo los locos tienen este temblor.

Hablamos de Marlon Brando. Gatsby sentía admiración por él. Jimmy le dijo que llegaría a tener una belleza aún más salvaje que la de Brando. Gatsby no creía eso posible. Yo presentía que Demian sentía un enorme desprecio hacia Brando, envidiaba su belleza. Ese atractivo es algo que él no podría obtener nunca.

—No nos van bien las cosas —le dije.

—Sí —me contestó—, y por eso es el momento de hacer algo por alguien.

Se desabrochó un poco la camisa. Me mostró la medalla que mi madre me había dado y que yo, posteriormente le regalé hacía cinco años. Cristo aparece en una de las caras y su madre en otro. Ya no me acordaba de esa medalla.

Íbamos a ayudar a alguien que estaba esperando que algo aconteciera para cambiar su vida. Siempre hay personas así. Solo se trataba de buscar hasta encontrarla. Cogimos un periódico donde aparecían sitios de alterne en busca de una prostituta que reuniera esas condiciones. Nos fuimos del primero. Era una casa particular. La chica que salió estaba drogada y tenía la conciencia embotada. En el segundo nos encontramos con mujeres que no reunían las condiciones necesarias bajo la suprasensible mirada de Gatsby. En el tercero una chica se acercó a nosotros. Gatsby habló con ella y le enseñó la medalla. Se quedó muy impresionada. Se la regala.

Nos fuimos pasado un rato. Gatsby me contó que el regalo y su conversación le habían hecho recapacitar sobre la huida de su casa. Echaba de menos a su familia y pensaba volver junto a los suyos. Después de un tiempo Gatsby recibió una carta de la chica en la que le relataba que había rehecho su vida junto a su familia, retomando unos estudios de secretariado que había dejado inconclusos.

EL CERDO

Pasan los días y, con ellos, las semanas. Un velo parecía haber caído sobre todo lo vivido con Gatsby. La vida era suave para mí, una compensación necesaria a tanta intensidad.

Aquel día me levanté con una sensación extraña. Era el segundo día que me despertaba de esa manera. Solía amanecer con mucha fuerza. Siempre creí ser beneficiado de algún modo, pero ahora notaba un tono oscuro acercándose a mi alma.

Estaba muy pendiente de mí mismo, y decidí seguir estándolo en los días sucesivos. Al día siguiente me volví a levantar con una sensación desagradable e infinitamente sutil. Tenía la impresión de que alguien de una inteligencia muy refinada se acercaba a mí. Lo describiría como una sensación pegajosa a nivel anímico, y a la vez como algo retorcido, escondido. Creo que era sábado.

Salí a la calle decidido a esconderme, yo también, detrás de una aparente inconsciencia. Dejé que las imágenes y pensamientos circularan ante mi mirada sin aparente control. Era una trampa, ya que necesitaba que esa sensación apareciera de una manera más clara que me permitiera saber más de ella.

En un determinado momento en que mis pensamientos imprimieron en mi alma un cierto movimiento hacia la sensualidad, como araña que siente vibrar la fina hebra, una terrible bocanada de aire fétido me inundó anímicamente. Nunca he vuelto a sentir nada igual. En un instante había pretendido confundir sus pensamientos y sentimientos con los míos, y éstos eran de una vileza y degeneración inmensas.

—¡Te pillé, bastardo! —fueron mis palabras llenas de rabia.

Duró un solo segundo, el suficiente como para saber de él. Le puse cara, la de un cerdo. Un rango, una especie de sacerdote, de iniciado. Y una biografía, por su virulencia había sido instigador de extremas vilezas en la historia de los hombres.

Esta imagen me llenó de profunda rabia. Me dirigí presuroso a una iglesia. Entré en el sagrario. Allí, ante una imagen a tamaño natural de Cristo, le pedí que me ayudara a desprender ese cerdo de mi alma. Estaba verdaderamente indignado, y no solo por mí. Pensaba en toda la humanidad expuesta a seres de una negrura sin límite, escondidos y avezados enemigos de los seres humanos. Al cabo de un tiempo dejé de tener esa sensación pegajosa que me inundaba por completo y salí decidido a ayudar a mi amigo Gatsby con empeño renovado.

No podía asegurar que Demian estuviera detrás de todo lo sucedido, porque no poseía un entendimiento más allá de los sentidos que lo confirmara, aunque todo parecía indicar que así era. Vi entonces a Demian como un completo idiota, y su frenética actividad como su debilidad. Él iba a ser el promotor que me impulsaría a ayudar a Gatsby con unas fuerzas que antes no tenía. Me di cuenta de que Demian estaba perdido si el hombre consigue desenmascararlo detrás de los acontecimientos bajo los que decididamente se esconde.

VISITANDO A GATSBY

Creo que fue en la primavera de 1991. Fui a visitarlo a su casa. Le relaté mi encuentro con el cerdo.

—No te preocupes —me miró detenidamente—. Estás completamente limpio de ese ser. Demian está rabioso porque estás de nuevo conmigo.

Le comenté que una vez que terminara el M.B.A. tenía que conseguir situarse. En aquella época Jimmy decía que debía esforzarse por llegar a ser el «joven empresario del año».

—Tienes que empezar por alguna parte —le dije—. Voy a ayudarte todo lo que pueda.

Asintió con la cabeza que parecía tener en otros asuntos. Me contó que cuando su novia rompió la relación compró una pequeña pizarra.

—Sé que dejo una impronta en la gente, y eso vuelve a surgir en las personas en forma de recuerdos inolvidables. Sabía que ella me llamaría, y la he estado esperando. Cada día que pasaba hacía una rayita en la pizarra, hasta que llamó.

Le interrogué con la mirada.

—Le he dejado las cosas muy claras. No creo que vuelva a llamar.

Me miró intensamente como si solo yo pudiera comprender lo que me iba a decir.

—Las circunstancias han querido que haya tenido acceso a una noticia.

—¿Qué noticia?

—Mi primera novia —la llamó por su nombre—, ¿te acuerdas?

—¿Cómo olvidarla? —le dije—. ¡Erais tan felices!

—Se casa. Es su destino. Así está decidido desde el mundo espiritual. Pero tengo el poder de cambiar el destino, por encima incluso de ese mundo. Si yo apareciera, ¡volvería conmigo! —me dijo mirándome fijamente.

Se quedó pensando y sonrió.

—Ya me ha dicho Jimmy que en el momento en que cambie el curso de su destino mi vida en la Tierra terminará. Eso me destruiría.

—¡Ojalá se hubiera casado contigo! —me dijo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Porque así podría verla con frecuencia, y tú serías muy feliz junto a ella.

Aquella era la forma de amar tan característica de Gatsby.

Terminamos de hablar. Nos reunimos con los familiares y amigos que llegaron de visita a la casa. Alguien del grupo comentó un suceso del que yo había tenido noticia en agosto de 1990. Se trataba de una paracaidista sueca que, tras caer de una altura de tres mil metros sin que se abriera el paracaídas, salió ilesa del accidente.

—Hay una única fórmula entre un millón de que los huesos formen entre sí una combinación que los haga en su conjunto indestructibles. Esa mujer lo consiguió precisamente porque dejó hacer al instinto, y no al pensar, esa labor —comentó Gatsby.

Lo observé con detenimiento. Siempre me sorprendía cómo decía las cosas. No era posible no prestarle atención. Uno se hacía una imagen inmediata y tangible de lo que quería decir. Sus palabras tenían fuerzas en sí mismas. No cabe la menor duda de que tenía acceso a un mundo de ideas que casi podía tocar. «De esa cercanía» —me decía yo— «deben venir esas fuerzas en el hablar». La perspectiva desde la cual abordaba los temas era siempre desde un punto de vista que aún me sorprende. Sabía que no compartía conmigo más que una pequeña parte de aquellas cuestiones que miraba a su manera. Yo no hubiera podido con todo ello. Una sola de ellas me dejaba como viviendo en tierra de nadie.

—¿No te extraña —me dijo un día— que la bomba atómica no se lanzase en Tokio, la capital de Japón?

—¿Y por qué no se lanzó en Tokio?

—Porque allí vivía el emperador —respondió.

—¿Qué quieres decir?

—Que fue un pacto entre las partes —concluyó.

Recordé el carácter japonés de la época, y cómo incluso después de lanzadas las bombas algunos consideraron una vergüenza la rendición. Alguna vez también me habló del futuro.

—Nuestra generación es afortunada. Quienes lo van a pasar mal van a ser nuestros hijos. Lucharán unos contra otros. Somos afortunados por haber tenido unos padres como los nuestros. Los niños que nacen ahora no tendrán la misma suerte.

«En el futuro ciudades enteras lucharán unas contra otras, se levantarán barrios contra barrios, casas contra casas», me dijo ya el primer año de conocernos.

Éramos unas ocho personas en aquella sala, incluyéndome a mí y al propio Gatsby. Uno de nosotros dijo algo muy particular. Comentó una noticia que a juicio de Gatsby, hablaba de Demian.

—Demian está detrás de esto —dijo Gatsby en voz alta.

A continuación siguió hablando sobre Demian. No tengo un recuerdo claro de lo que dijo, ya que mi atención estaba dividida. Creo que fue aquella vez la que me confirmó que Demian tenía contactos con la inteligencia norteamericana, y que suya era la retorcida idea de bombardeo selectivo e inteligente como la nueva forma de guerra del futuro. En el atractivo que, a modo de tentación racional, existía en esa idea, veía yo a Demian. Posteriormente fue aplicada con mucho éxito.

Miré alrededor esperando una respuesta de nuestros amigos a estas palabras. Estaban a escasos centímetros de nosotros y el tono de Gatsby era alto, pero nadie parecía estar oyendo nada. Mi amigo siguió hablándome de cuestiones muy llamativas, pero nadie nos hacía caso. Tuve la sensación de que Gatsby me había sustraído a un mundo donde solo estábamos él y yo.

EL ADIÓS

En junio de 1991 obtuve un préstamo de una cantidad considerable a un interés muy bueno. Lo he negociado a través de mi padre, gracias a sus contactos. Con ello conseguí que se enterase por mí y pude evitar conflictos anteriores.

Pasaban los días. Gatsby llamaba de vez en cuando. Seguía teniendo problemas allá donde iba. Entendí que Demian haría lo imposible por acabar con él, por matarlo. En cualquier caso, le complicaría la vida de tal manera que ese dinero que con tanto esfuerzo le había dado se le iba a acabar muy pronto. Es preciso comprender que Gatsby podía conseguir un trabajo, pero surgían problemas tales que acababan impidiendo su continuidad. A Demian le gusta brillar por eliminación.

Estos pensamientos eran los míos, esos días. Y un pensamiento nuevo surgió en mí. Más que un pensamiento era un punto de vista, el mío propio, sin tomar nada más en consideración. Mi vida era una pura deuda bancaria. Ya no podía más. Había llegado a mi límite. Entonces todo me parece una locura.

Lamentaba en el fondo de mi corazón haber sido el elegido para apoyar a Gatsby. Estaba seguro de que cualquier otro, más resolutivo y con más carácter, hubiera hecho un trabajo distinto y, en consecuencia un mejor trabajo. También estaba seguro de que ya había hecho tanto que el mismo peso de los acontecimientos me impediría continuar. Estaba muy seguro —nunca lo he puesto en duda— de que la influencia de Gatsby llegaría incluso a esos lejanos lugares de África donde se comerciaba con

materias primas que desde otras partes del mundo se reclaman con avaricia. Esa codicia había convertido aquellas regiones en lugares violentos donde los más viles crímenes tenían lugar. Cuando sentía el peso sobre mis hombros esa idea me alentaba, pero, ahora ya no podía mantenerla en mi conciencia.

Bajo mi crispada mirada Jimmy mismo me parecía un loco irresponsable que había manejado mi vida a su antojo, y que la había conducido, como todo lo que tocaba en su vida, al borde del abismo. Le hice llegar claramente a Gatsby que mi colaboración había terminado, y no se lo transmití de buenas maneras

CAPÍTULO TERCERO

Sucesos comprendidos en los años 1994 a 1996.

LA REFLEXIÓN

Pasados tres años mi vida se tranquiliza. Encontré el tan deseado equilibrio anímico y financiero. Durante el último año un tema fue objeto principal de mis reflexiones y concernía al mundo de la empresa privada.

Tuve la oportunidad de conocer a un grupo importante de empresarios y de directivos. Pude conocer sus historias y la de sus empresas. Por una parte comprobé que no era difícil llegar a crear una empresa que funcionara, que se relacionaban entre sí de tal manera que las posibilidades de negocio se ampliaban considerablemente para aquel directivo capaz de ver solo un poco más allá que los demás. Así había observado a alguna empresa duplicar su volumen de negocio si aprovechaba la ocasión. Y éstas no parecían faltar en aquella época.

No podía dejar de relacionar esto con Gatsby. Él tenía esa clase de mirada que podía ver las cosas que estaban por venir como si ya hubiesen ocurrido. Parecía leer eso en alguna parte. Además no dejaba pasar una oportunidad sin aprovecharla. Gatsby y el éxito empresarial me parecían una misma cosa.

Observé también cómo los empresarios y directivos gastaban sumas importantes de dinero en relacionarse con el mundo. Ese dinero bruto corría a cuenta de la empresa. Contaban también con la ayuda de empleados competentes a su servicio.

Entonces lo vi con claridad. El problema se había planteado equivocadamente. El hecho de que las tremendas necesidades de Gatsby se hubiesen cargado sobre una sola persona constituía un error. Toda una organización debía reemplazar la labor que yo había soportado. Ésta era de tal dimensión que había quebrado mi voluntad.

Por otra parte, las cualidades de Gatsby resaltaban considerablemente al compararlas con las de esos directivos. Algunos de los empresarios que llegué a conocer no eran de mucha altura moral, y me parecía una ofensa que ellos tuvieran acceso a ciertas ventajas por encima de Gatsby.

Solo una cosa llegó a alterarme, particularmente ese último año. Cuando me levantaba por las mañanas tenía la impresión de que algo en mí estaba siendo modificado. Tenía la sensación de que la parte espiritual de mi cerebro —así me decía yo— estaba siendo modificada de alguna manera. Reconocía lo subjetivo de todo esto, pero era una sensación que, para alguien tan desconfiado como yo, resultaba

especialmente molesta. Pronto vi que nada podía hacer para remediarlo y me olvidé de ello.

EL REENCUENTRO

Quería tener noticias de Gatsby. Durante el año 1994 le di la posibilidad de contactar conmigo. En otoño de ese año hablamos por teléfono, y poco después nos vemos. Viajó para encontrarse conmigo. Íbamos en mi coche. Otro coche nos adelantó muy rápido por nuestra derecha. Lo observamos con tranquilidad.

—Sé que no te gusta que diga estas cosas, pero ese hombre va a morir en un accidente de tráfico.

—No, Gatsby —le miré fijamente—. No me gusta. ¿De qué me sirve saber eso?

Le encontré muy cambiado, más fuerte, más compacto. No hubo reproches del pasado. Le entendía a él y él a mí. Me habló de su evolución profesional, de sus anteriores trabajos, de cómo había ido mejorando profesionalmente. Ahora trabajaba en una importante consultoría de empresas. También me comentó cómo llegó a conocer a la que es su actual novia.

Por la manera en la que me relataba sus experiencias me di cuenta de que Gatsby se había convertido en una especie de tiburón. Aprovechaba cualquier oportunidad de progresar que se le presentaba en cualquier ámbito, como si se tratara de una escalada donde solo se contempla la llegada a la cima. En ese sentido no tenía apego a ninguna cosa.

Le conocía bien. Ya tenía antes esa cualidad como en potencia, pero ahora se había convertido casi totalmente en eso, como si llevara escrito en el centro de su voluntad un gran letrero que dijera: «TENGO QUE LLEGAR». Todo lo que hacía y decía estaba marcado por esa consigna. De alguna manera se había entregado a ella. Había perdido algo de su carácter ultra-romántico. Todo en él hablaba de alguien con quien uno no quisiera enfrentarse cara a cara. A pesar de ese cambio aún guardaba para mí algo de su carácter anterior, como si yo fuera su único, su verdadero amigo en este mundo.

No me había atrevido a preguntarle cómo habían sido esos últimos tres años, cuáles habían sido sus dificultades, aunque esas preguntas las llevaba conmigo. Uno de esos días que pasamos juntos, tomando café, confesó.

—Me he convertido en alguien imposible de destruir. No es posible acabar conmigo de ninguna manera. Mis propias células han llegado a adquirir una especie de carácter inmortal —me dijo exultante.

Lo decía con mucha fuerza, como recordando momentos vividos en su vida pasada, como si Demian hubiese puesto a prueba la verdad de sus palabras.

—Porque tú eres una especie de engendro, ¿no es verdad? —le pregunté.

—Sí, un engendro. Ni mis células ni mi sangre son humanas, por esa razón no puedo tener hijos. Tú lo sabes bien.

Ciertamente, se lo había oído decir otras veces.

EL EMBARAZO

En ese tiempo hablamos mucho, nos sentíamos muy unidos. Una noche me llamó por teléfono. Su novia estaba embarazada.

—Pero, ¿cómo puede ser posible, si tú no puedes tener hijos? —le pregunté.

—El bebé es enteramente de ella. Así lo han querido desde el mundo espiritual —me dijo resignado.

Entendí que aquello era una especie de llamada al orden, un momento único para darle estabilidad a su vida. La pareja había decidido casarse. Él debía ir a la casa de los padres de ella a presentarse y contarles la buena nueva. Momentos antes de entrar en aquella casa me llamó por teléfono. El aguerrido Gatsby estaba bastante nervioso. Me resultaba divertido verlo en esa situación. Al final, y después de la primera impresión de la noticia, toda la familia se dejó llevar por la alegría del momento.

LA BODA

Faltaban pocos días para que se celebrase la boda. Hablamos un poco.

—Me gustaría que fuese Jimmy quien me casase —me dijo.

—¿Puede hacerlo?

—¡Claro! ¿Te lo imaginas con sotana? —me dijo riéndose.

Cogió un palillo de dientes y lo sostuvo en la palma de la mano.

—Cada día que pasa mi pensamiento es más y más fuerte —dirige su mirada hacia la mano—, capaz de doblegar la voluntad de las cosas. Solo he de decirle «ven»...

El palillo se levantaba hacia él cada vez que se lo pedía. Gatsby no era nada ostentoso. Nadie, excepto yo, podía ver ese palillo moverse. Lo observé atentamente. Era muy propio de él actuar de esa manera tan disimulada.

Justo en aquella época empecé a encontrar en él algo extraño. Gatsby estaba fuera de sitio, como si debiera estar en otra parte haciendo otras cosas. Casi podía leerle la mente. Todo en él me lo decía.

Demian le estaba ganando la partida. Gatsby no estaba alcanzando sus objetivos. En el plano personal había logrado hacer realidad una serie de cualidades que hacían de él un ser poderoso y temido por su rival, pero éste le estaba encerrando de tal manera que no encontraba campo donde aplicar esas cualidades. Demian estaba llenando de frustración la vida de Gatsby, lo estaba ahogando.

Por fin se casó. Ya empezaba a dudar que eso fuese posible algún día. Ahora deseaba que su vida se llenara de tranquilidad.

—Jimmy —me dijo— ha estado en la boda. Al lado del sacerdote.

No esperaba menos de él.

LA FINANCIACIÓN

Pasaron varios meses. No dejaba de tener en mente la idea de poner en marcha una empresa. No le conté nada a mi amigo. Yo conseguiría el dinero, como siempre lo había hecho hasta entonces. Gatsby diseñaría y dirigiría la empresa. Costaría más o menos trabajo, pero acabaría teniendo éxito. Había observado muchas empresas. Solo se trataba de aguantar. Con el tiempo Gatsby me devolvería el dinero invertido y volaría solo en su aventura creando su propio imperio empresarial. Así imaginaba el proceso.

Pero, ¿cómo conseguir una suma tan importante de dinero? ¿De dónde sacarla? Un tema no dejaba de darme vueltas en la cabeza. De alguna manera relacionaba la vida económica con la vida de los difuntos.

Una verdad admitida por todos afirma que las decisiones deben tomarse cuando la cuestión que se trata se ve con claridad. Esto es lo aconsejable. Cuando una persona ha fallecido todas sus decisiones han sido ya tomadas y forman parte del pasado. Entre ellas existe la figura del testamento, donde el fallecido dispone en vida de lo residual, de lo que, como producto de su vida, no puede llevarse consigo al mundo espiritual. En la actualidad el testamento es, fundamentalmente, una formalidad que busca asegurar que la voluntad que refleja sea la del fallecido y, en ese sentido, esa formalidad me parecía un escollo a salvar en el futuro, cuando el hombre pueda contar con otros recursos. Porque yo me preguntaba: «¿No sería más lógico que el testamento fuera elaborado después de que la persona haya fallecido y pueda, por tanto, acceder con su mirada a mundos más amplios que aporten esa claridad que tan bienvenida es para que una decisión de esa naturaleza sea tomada?». Este era un punto de vista que sólo tomaba en cuenta la libre voluntad del difunto y obviaba todo lo demás. Al trasladar esa cuestión

general a mi caso particular, aquella pregunta se convertía en otra más concreta: «¿Quién sería el beneficiario del testamento de mi madre y otros que, como ella, veían desde el mundo espiritual la importancia de las necesidades de esta Causa?»

Mi madre había dejado en herencia un inmueble que se estaba deteriorando por falta de uso y unos títulos de la empresa familiar. Yo consideraba aquel inmueble como la legítima propiedad de mi madre, ya que la empresa había sido fruto del trabajo de mi padre y solo por una cuestión fiscal había llegado a ser propiedad de ella. Tras su muerte el inmueble pasó a manos de mi padre y los títulos a nombre de los hijos.

¿Quién habría heredado ese inmueble si mi madre hubiese tenido la posibilidad de elaborar el testamento después de fallecida? Nunca pude contestar a esa pregunta por mí mismo, y llegué a la conclusión de que en el presente, aunque se conocieran los deseos del difunto, solo en algún caso, y de una manera un poco forzada e indirecta, se podría llevar a cabo su voluntad. Por otra parte, no encontraba la manera de conseguir dinero para financiar nuestra empresa.

GATSBY Y EL TRABAJO

Gatsby era un espíritu indomable y eso no es algo que suela gustar a la gente. En el fondo las personas tenemos miedo de eso. No nos termina de gustar alguien que no se puede controlar de ninguna de las maneras, sobre todo cuando esa persona mantiene algún vínculo con nosotros. La comprensión para con esas personas está directamente relacionada con la distancia en el tiempo y en el espacio. A mayor distancia, mayor comprensión.

Gatsby saltaba de un trabajo a otro. No podía ser de otra forma. No le era posible estar al servicio de nadie, solo de su propia misión. No era una idea temporal en su cabeza, sino que ésta se había hecho carne. Él mismo era eso. Si en la actualidad es difícil comprender cómo esto es posible es porque nosotros no somos así, y nuestras ideas no viven en nosotros con todas sus consecuencias. En Gatsby las ideas se incorporaban a su ser y ya no había vuelta atrás.

Visto desde fuera, Gatsby era una persona muy conflictiva, pero esto no debe verse desde un punto de vista superficial. Debía cambiar de trabajo al divisar siquiera la posibilidad de una oportunidad mejor. Esto podía significar salir de un puesto de trabajo donde no apenas existían probabilidades de una promoción rápida en función del propio talento. Eran cambios por defecto. Allí no había nada para él. La mayor parte de aquellos cambios se debía a que, simplemente, surgían problemas. Si uno quisiera ser más exacto, no se podría ser mucho más y resignarse a constatar cómo surgían problemas por doquiera que se mirara, por doquiera que el paso hollara. Era muy desconcertante.

Podía imaginar muy bien las continuas trabas que Demian ponía con extremada inteligencia en el camino de Gatsby. Mi propia experiencia y algunas alusiones de Gatsby hablaban en ese sentido. Todo lo que venía de Demian era siempre muy oscuro, y su rastro difícil de seguir para alguien como yo. Solo lo conocía por los efectos. Gráficamente era como un golpe en la cara —un problema inesperado que súbitamente sale a tu encuentro— que no te esperas, surgiendo de la nada. Pero había algo que se me presentaba con más claridad. Gatsby era, ciertamente, una persona conflictiva, incluso algunos la definirían, más exactamente, como peligrosa, en el sentido de que se tenía la sensación de estar frente a alguien con muchos más recursos que uno mismo, y esas personas veían al momento sus políticas, su poder, e incluso sus puestos de trabajo, en peligro. Es preciso comprender que él estaba «diseñado» para eso y que no podía actuar de otra manera. Gatsby era incapaz de cuajar en ninguna parte partiendo de cero. Simplemente le cortaban el paso, si podían. Cuando entraba en una organización los defectos de la misma parecían cobrar vida, y como un único ser se enfrentaban a él. Esa era una de las imágenes que se podía llegar a tener de Gatsby en relación al trabajo.

Aún no había dado a luz su mujer y se puso en comunicación conmigo. Le habían echado del trabajo. Había dirigido el descontento de los nuevos consultores de la empresa. Exigieron salarios más elevados y amenazaron con marcharse como un solo hombre. Identificaron a mi amigo como el alma de esas pretensiones y lo despidieron. Gatsby no podía dejar de ser él mismo.

—Y aún hay más. Me han querido ridiculizar como profesional. Me dieron a última hora un trabajo de formación en el departamento comercial de una importante empresa. Incluyeron este trabajo en el finiquito. Lo tuve que preparar por la noche, pero no me dieron todos los datos para poder realizarlo. Después de mi charla ellos mismos me acabaron felicitando, preguntándome de dónde había sacado esa información que ellos, intencionadamente, me privaron —me explicaba Gatsby con cierto malestar.

Yo lo tenía todo claro en mi mente, e iba a jugar la única baza que creía poseer.

EL PROYECTO

Le dije a Gatsby que era el momento de actuar. Le pedí que hiciera un proyecto de empresa, nuestra propia empresa. A la semana siguiente ya lo tenía en mi mesa. Me entusiasmó.

Puse a la venta las acciones que había heredado de mi madre. Era algo difícil de conseguir, pero representaba la única manera de averiguar cómo podía evolucionar. A las pocas semanas mi padre resolvió comprarme las acciones. No eran lo que valían, pero resultaba más que suficiente para empezar el proyecto. Mi padre pidió un préstamo para comprar esas acciones que tiempo después canceló con la venta del inmueble de mi madre. Esto último me sorprendió y me hizo pensar.

Era el verano de 1995 cuando Gatsby y yo nos encontramos para comenzar un proyecto empresarial en común.

EL COCHE

Gatsby tuvo que vender su coche para poder sobrevivir el tiempo que estuvo sin trabajo. Me pidió dinero a cuenta de su futura participación en la empresa para un coche de segunda mano que se estropeó poco tiempo después. Yo mismo lo llevé al taller para averiguar la causa del problema. Me dijeron que el motor del coche había reventado. Solo era posible arreglarlo a un costo muy elevado. No merecía la pena. Esto no me gustaba nada. Estaba cansado de ese tipo de cosas que siempre rodeaban a Gatsby.

—Algo va a pasar —me decía—, y presiento que no me va a agradar.

Cualquier insinuación que pusiera en duda un estricto control de los gastos no entraba dentro de mis planes y supondría para mí una prueba de choque. Hablamos sobre ello. Gatsby me dijo que necesitaba un coche nuevo. Uno de segunda mano no lo acababa soportando a él por mucho tiempo. Era cierto, Gatsby parecía llevar a su mismísimo límite todo lo que se le acercaba de cualquier manera, especialmente la mecánica de los coches. Argumentó que teníamos dinero para eso y para crear la empresa. El coche estaría a nombre de esta última. Insistía.

Nada de lo que estaba oyendo me gustaba. Estallé. Estaba harto de esas historias tan poco prácticas. Intuía que algo nuevo estaba pasando, pero ya no quería saberlo. En el fondo estaba rechazando aquello que Gatsby era, algo que venía con él, que era tan poco razonable y, a la vez, tan propiamente vital suyo. Era la segunda vez que me enfrentaba a lo que él era. Me escuchó asombrado, mirándome como si algo nuevo estuviera viendo en mí. Nos despedimos.

Pude, tiempo después, recapacitar. Algo le estaba sucediendo. El coche se había vuelto una necesidad para él, y yo no quería entender el motivo. Estaba empezando a ver a mi amigo como un gigante que al apoyarse destroza su soporte, y a su personalidad como una carga para cualquier empresa que quisiera comenzar. Y aquí todavía no había aparecido Jimmy. Ahora tan solo era él.

Casi inmediatamente después de esta pequeña reflexión hablé con él por teléfono. Lo encontré muy cambiado. Su actitud hacia mí se había vuelto más dura, y me habló en unos términos que presuponían que toda nuestra relación de trabajo había terminado. Por primera vez hallé en mi amigo una inestabilidad que, para mí, resultaba totalmente nueva. Comprendí que todo lo vivido le había acabado pasando factura.

Pensé que había sido el contacto con Demian el que había modelado su nuevo carácter. Parecía que Gatsby estuviera recubierto por una inexpugnable coraza, y sin

embargo, inestable como si el mantenimiento de la misma pesara más allá de lo soportable. Aparte de eso, no había ningún signo de debilidad en él, ninguna fisura. Estaba seguro de que Gatsby había mantenido intensas luchas en un plano espiritual.

Veía en Gatsby a alguien con unas fuerzas interiores muy desarrolladas, preparadas para dirigir organizaciones complejas con todas sus individualidades. Y que esas fuerzas, como agua estancada al no poder desplazarse, se estaban volviendo insalubres. Se estaban depositando en él como si fueran una carga, un cáncer. Entendí que ese era el plan de Demian, ahogar a Gatsby en esas aguas, y que lo estaba consiguiendo.

Vi el coche con sus ojos, como un equilibrio a la inestabilidad de mi amigo, como un aceite balsámico reconfortante. Quizás resulte difícil de entender para alguien que no haya vivido lo que los coches han significado para nosotros.

En un principio lamenté conocer la inestabilidad que Gatsby albergaba, la tomé como un problema. Pero no deseaba abandonarlo, y decidí ser yo mismo el que eligiera el coche que le iba a aportar tranquilidad.

Disfrutamos como antaño de todo ese proceso de compra. Es un momento muy especial cuando un coche sale por primera vez a la carretera. No anduvimos ni tan siquiera un par de kilómetros. No dejaba de admirar el coche de Gatsby por el espejo retrovisor del mío. Se veía un coche muy elegante. De pronto un vehículo salió de su carril y se dirigió hacia el coche de mi amigo. Un rápido giro de éste hacia la derecha evitó la colisión.

—¡Vaya reflejos tiene Gatsby! —me dije.

—No he sido yo —me comentó más tarde—. Jimmy ha movido mis manos antes de que me diese cuenta de la maniobra del otro coche.

La envidia de Demian mueve, sin duda alguna, muchas cosas. Ahora estaba seguro de que había hecho lo correcto.

—Solo tú puedes llegar a saber la tranquilidad que me produce asomarme por la ventana de mi casa y poder ver este coche —me comentó semanas después.

LA EMPRESA

Gatsby creó el plan de empresa al completo. Estaba relacionada con el negocio de la distribución, y fue diseñada, entre otras cosas, para introducirse en los hogares.

Necesitábamos promoción, y una de las maneras consistió en repartir folletos que hablaban de los servicios de nuestra empresa. La publicidad también fue diseñada

por Gatsby. Era un diseño sobresaliente. Todos los empleados de la empresa iban casa por casa repartiéndola. En cierta ocasión Gatsby y yo estábamos haciendo este trabajo en una urbanización alejada de la ciudad. Iba por delante de él. Al pasar al lado de una alambrada un perro me ladró estruendosamente. Era algo habitual, de modo que seguí adelante. Doblé una esquina. Al escuchar de nuevo los ladridos del perro volví, curioso, sobre mis pasos. Veo a Gatsby cerca de la alambrada mirando fijamente a aquel enorme perro que no paraba de ladrar.

—¡No puedes conseguir que deje de ladrar por mucho que lo mires! —me reía de Gatsby.

—Pero no puede acercarse a mí aunque quiera —me dijo sin dejar de mirarlo.

Efectivamente, el perro estaba a unos cuatro metros de él, lejos de la alambrada, y Gatsby parecía estar jugando con el animal. Seguimos adelante. La calle era empinada. Al dar la vuelta a un recodo me señaló una casa mientras con tranquilidad introduce publicidad en un buzón. La casa resaltaba sobre las demás, y en su porche descansaba un hermoso perro husky de ojos claros, pelo marrón y patas blancas, como si vistiera calcetines cortos de ese color.

—Demian nos está observando. Se ha introducido dentro de ese perro.

El perro nos observaba fijamente. Sus patas delanteras cruzadas colgaban en el aire. Gira, luego, la cabeza hacia el lado contrario.

—¡Qué elegante y tranquilo parece! —dije

—Sin duda lo es —me contestó, desviándose hacia otra calle.

Miré por última vez al calcetinado perro. No podía ver nada en él. Incluso consideraba una pérdida de tiempo pensar en algo que no podía comprobar por mí mismo. No dudaba de la existencia de Demian, pero no podía decir nada de aquello que no fuera experiencia propia. Por otra parte, todo mi ser estaba volcado en la empresa de una forma muy decidida, excluyendo todo lo demás.

Días después Gatsby me habla sobre Demian. Era una información interesante, y a buen seguro que hubiera llamado mi atención unos años antes, pero ahora no despertaba en absoluto mi interés.

—Me da igual el asunto de Demian —le dije con naturalidad—. Nada gano con saber eso. Solo me interesa esta empresa. Las pocas fuerzas de que dispongo están centradas en ella.

Aquellas palabras no reflejaban un convencimiento que me esforzara en conseguir, sino que eran reflejo de una actitud que vivía en mí sin esfuerzo alguno. Simplemente describía un hecho.

—¡Vaya! —exclamó Gatsby, después de mirarme con detenimiento—. ¡Qué buen trabajo han hecho contigo!

Ciertamente, también lo creía. Años atrás, y por mi propio natural, había estado muy pendiente de todas aquellas cosas que venían de Demian, preocupándome en exceso, ocupando demasiado tiempo en mi mente, restando por ello eficacia a mis acciones. Mi actitud era ahora diametralmente opuesta. Yo no había hecho nada para que eso fuera así, salvo ser consciente de ello, pero eso no es suficiente para un cambio tan radical. Estaba seguro de que algo en mí había sido transformado. A partir de entonces cuando algo relacionado con Demian hacía acto de presencia me encogía de hombros y, al igual que el perro, miraba hacia otro lado.

Alquilamos como sede de la empresa un local en un lugar muy conocido por nosotros. Una de las personas encargadas de ese sitio con la que debíamos mantener contacto tenía un extraño amigo. Parecían mantener una relación en extremo particular. El amigo poseía una de esas caras vacías que yo conocía tan bien. Cuando Gatsby lo vio no pudo dejar de sonreírse con sorna.

—No todo lo que vive en un cuerpo humano es de naturaleza humana —me dijo cuando le pregunté.

—¿Puedes verlo por dentro? ¿Cómo es?

—¡Puf! —puso cara de asco, como si lo que viviera en el interior de aquella persona fuera una especie de gusano espiritual.

Pronto pudimos comprobar que aquel hombre tenía acceso a la parte trasera de nuestro local y que podía escuchar todo lo que sucedía en su interior. Acabamos cambiando de lugar aunque por cuestiones meramente empresariales.

No fue éste el único suceso en ese sentido. Estas cosas siempre mantenían, en relación con Gatsby, una cierta distancia, como si temieran acercarse demasiado. Él no manifestaba ningún tipo de desazón o de preocupación. Simplemente su vida era así.

Con frecuencia surgían novedades y malentendidos. Nos venían facturas desorbitadas de proveedores de servicios generales. Al final acabábamos resolviendo esas cuestiones, no sin cierto trabajo.

Gente extraña pululaba siempre a nuestro alrededor. Un grupo de cuatro hombres vivía en un piso enfrente del de Gatsby en el edificio colindante. En alguna ocasión me mostró quiénes eran y pudimos hablar sobre ello. Imaginaba entonces que existía una especie de círculo de magia negra alrededor de Gatsby de manera permanente. En cualquier caso, siempre estaba sometido a vigilancia, y lo cierto es que en alguna ocasión no pudo acudir al trabajo. Nunca le he oído quejarse, a pesar de que, por sus movimientos y la expresión de su cara, lo he llegado a ver verdaderamente

dolorido. Por mi parte, no podía hacer nada con respecto a esos temas, de modo que me centraba en las actividades del negocio de manera exclusiva. Aquellas cuestiones eran asunto de Gatsby.

EL BEBÉ

Su mujer dio a luz. Durante casi un año entero pude ver crecer a ese bebé. Conocía muy bien los rasgos de Gatsby, así como los de su familia, que eran muy particulares. En los años que estuvimos separados la fortuna me deparó saber sobre sus orígenes que aclaran su fisonomía. Sin embargo, en aquel bebé no existía ninguno de esos rasgos, ni la más mínima huella de mi amigo. Era el retrato exacto de su madre.

En aquel tiempo todos los medios de comunicación se hacían eco de las investigaciones sobre clonación en animales superiores. Era uno de esos temas que daban mucho juego a los medios. Se especulaba sobre ello. Durante el verano de 1996 se consiguió clonar el primer mamífero. Recuerdo haber pensado que, de alguna manera, el mundo espiritual evolucionaba en consonancia con aquello que los hombres hacían en la Tierra, y que esto afectaba a dicho mundo espiritual. En este caso, el hecho de que desde el mundo espiritual se diera la posibilidad de un nacimiento de tales características venía ocasionado porque en el mundo sensible se estaban dando los pasos necesarios para ello. Fue una idea nueva para mí, y solo era un atisbo de lo que más tarde encontré en los escritos de Rudolf Steiner de una manera mucho más definida y completa.⁴

En una ocasión Gatsby estaba recostado sobre un sofá y su bebé jugaba tranquilo a su lado. Le pregunté por la razón del nombre del bebé.

—¿Sabes que me he podido comunicar con él antes de haber nacido, mientras se estaba gestando en el vientre de su madre? —me dijo como respondiendo a mi pregunta.

GATSBY YA NO ES GATSBY

Gatsby tenía una hermosa familia, pero algo principal había cambiado en él. Ya no parecía extraer fuerzas del amor como antes. Ni siquiera parecía importarle

⁴ Steiner viene a decir que lo que sucede en la Tierra encuentra su eco en el mundo espiritual, pero no pretendo con ello apoyarme en Steiner para dar validez a la idea concreta que expongo. No estoy en condiciones de asegurar que haya sido así, aunque sí puedo afirmar que lo he llevado como una posibilidad real a la espera de una confirmación o negación más clara. Mientras tanto, todo me indica que es así, y aquí describo ese hecho.

demasiado. Sus pensamientos estaban en otra parte. Para mí, que lo había llegado a conocer muy bien, era un cambio muy notable.

Le observaba con detenimiento, con esmero, tratando de adivinar algo, pero la especie de coraza con la que se protegía me impedía ver nada. Solo me comunicaba fuerza, y que gran parte de esa fuerza estaba centrada en regular la ansiedad y el malestar vital que parecía sentir por no conseguir situarse dentro del mundo empresarial de la manera deseada. Gatsby debía ser el referente de esa élite que gobierna el mundo. Muchas de esas personas se sentirían llamadas hacia Gatsby, afines a él. Así lo interpretaba yo. También sabía que para las personas de poder Gatsby era una especie de trampa. Él se percató de la intensidad con que le observaba.

—¿Quieres saber quién soy yo? —me dijo uno de esos días.

—Sí —respondí.

—Para que puedas entenderlo, yo soy fuerza de espíritu.

Fuerza de espíritu sin forma que, según la circunstancia, se vestía o adoptaba la forma propicia al momento. Pero esta nueva forma me resultaba desconocida. No reconocía a mi antiguo amigo. Lo buscaba pero no lo encontraba por ninguna parte.

—A veces ni yo mismo sé quién soy —me dijo en una ocasión que lo sorprendí actuando de una forma que me era desconocida.

Gatsby ya no parecía Gatsby, e incluso durante un tiempo dudé en llamarlo con ese nombre.

LAS CUALIDADES DE GATSBY

Para conseguir influenciar en las personas, en el mundo, Gatsby poseía una serie de cualidades. Conocía algunas de ellas. La más importante era, a mi juicio, el ser alguien modificable dependiendo de las necesidades de su misión en un grado difícil de describir. Ése era el origen de las cualidades que veía desplegarse ante mí, la especial naturaleza de su espíritu. Un espíritu que parecía convertirse en cualquier cosa siguiendo dictados de naturaleza superior. Así era como lo veía entonces, y así es como lo sigo viendo hoy en día.

Vivimos en un mundo donde impera la imagen y la apariencia, y no resulta superficial hablar en estos términos mientras guarden una relación profunda con la realidad, como tampoco resulta superficial pensar que desde el mundo espiritual se tome seriamente estas cuestiones, o el empeño que Jimmy ponía en resaltar la importancia de la imagen en la vida de Gatsby, y como muchos de sus atributos estaban orientados en esa dirección.

En mi opinión Gatsby mismo era espíritu modificado, y su singularidad consistía en su grado, ese grado evolutivo que le permitía beber de las fuentes mismas del Espíritu, fuentes de un espíritu inagotable que se derramaba sobre él para transformarse en cualidades inusuales para nuestra época. Esos ropajes obedecían a razones de estricta necesidad, la necesidad de unos tiempos apocalípticos, estos tiempos.

Puedo relatar algunos sucesos que pueden dar un atisbo de las cualidades que en potencia hablaban de cómo podía enfrentar la misión que se le había confiado. Los tres apartados que siguen pueden dar una pequeña idea que se venga a añadir a lo dicho hasta ahora, y solo logran su efecto si se consigue ver el fondo que luce tras ellos.

EL PODER DE LA PALABRA

Aquel día Gatsby estaba muy contento. Salimos a comprar un accesorio al departamento de repuestos del concesionario donde adquirimos el coche. Dos dependientes atendían sendas colas llenas de gente. Me situé en la fila más alejada de la derecha mientras que Gatsby se apoyó en la parte izquierda del mostrador, donde no había nadie. Cuando el dependiente pasó a su lado le preguntó,

—¿Tenéis este accesorio en el almacén?

Puede que no fueran las palabras exactas, pero bien pudieron serlo. De cualquier modo, fueron pocas palabras y de parecido contenido.

Todos los que allí nos encontrábamos volvimos la vista hacia él. Sorprendidos se miraron unos a otros sin poder entender lo que había sucedido. Por un momento despertaron de una especie de letargo para volver a dormitar enseguida. Le interrogué con mi cara de asombro mientras se acariciaba la garganta con la mano y disimulaba, como si hubiera dejado escapar algo sin querer.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado ahí dentro? —le pregunté a la salida, convencido de que había sido testigo de algo inusual. Tan inusual que solo he vivido una experiencia de ese tipo.

No me respondió. Sonrió y nos subimos en el coche mientras trataba de entender qué clase de fuerzas habitaban en Gatsby. ¿Qué era aquello que había salido de su boca? No dejaba de mirarle durante todo el trayecto. Esas palabras tan sencillas habían resonado no en mis oídos, sino en mi pecho, dentro de mí. Fuera lo que fuera, aquello que brotó de su boca parecía estar vivo. Eran palabras con vida. No sabría expresarlo de otra manera.

LA IMAGEN

Ya he hablado de la huella profunda que Gatsby podía imprimir en las personas. Conocerlo era ya toda una experiencia. Vivimos en un mundo dominado, en parte, por la técnica de la imagen. Con respecto a ese mundo Gatsby también tenía una especial relación.

Salimos a cenar con un grupo de amigos y familiares. Uno de ellos llevaba una cámara de fotos, y nos hicimos varias. Yo mismo utilicé la cámara. Al revelar las fotos la imagen de Gatsby resaltaba de un modo poco común. Tenía entonces esa belleza salvaje que Jimmy predijo en cierta ocasión, y la mirada de Gatsby parecía impresionar el negativo a su voluntad. Algunas de esas fotos eran verdaderamente especiales, como si ciertos símbolos quisieran unirse a él. Los símbolos siempre tuvieron gran importancia en el mundo de Gatsby.

—Todo en el mundo es símbolo —solía decir mi amigo años atrás.

LAS TARIFAS

El negocio estaba en sus inicios. Al principio los servicios que ofrecíamos se solventaban con tarifas sencillas. Todo marchaba bien. Al poco tiempo Gatsby decidió ampliar la gama de servicios de manera considerable. Aquel día me habló de la necesidad de hacerlo. Fui a verle al día siguiente, por la mañana, ya que aún quedaban puntos por definir, por concretar. Me mostró un cuadro de tarifas muy original, un poco complejo a simple vista, pero también flexible y adaptable a las necesidades de los clientes. Aquellas nuevas tarifas nos consiguieron, por sí mismas, varios clientes importantes.

—¿Cuándo has hecho esto? —le pregunté.

—Me he levantado con este cuadro en la mente. Tuve que escribirlo para saber de qué se trataba —me dijo encogiéndose de hombros, como si en ese proceso de creación él no hubiera intervenido en absoluto.

Todo esto me era conocido y me volvía a hablar de lo que por su intermedio podía trasladarse al mundo sensible desde el mundo del espíritu: verdaderas ideas que, llenas de vida, terminarían arraigando en este mundo por mediación de él.

EL DESENCUENTRO

Íbamos en su coche. Nos acompañaban otras personas. Hablábamos de la empresa. Gatsby comenzó a decir que nuestra empresa pronto daría un salto cualitativo

en su negocio, ya que se asociaría con la empresa de mi padre. En un futuro próximo llevaríamos la distribución de sus productos. Lo miré detenidamente. Comprendí que aquello era posible y que nuestra empresa la había ideado con esa finalidad. Todo me empezaba a desagradar verdaderamente. Me molestaba que no lo hubiese consultado conmigo previamente, que lo dijera delante de otros. Me molestaba que lo anunciara como un hecho consumado. Y me irritaba recordar la conversación que en 1985 mantuve con Jimmy. En ese instante lo entendí todo, después de tantos años.

Se trataba de la empresa de mi padre. Siempre se había tratado de eso. Es esta la razón principal por la que yo participaba en la Causa. Puede que la realidad no correspondiera exactamente con lo que a mí mismo me decía, pero fue así como me lo tomé.

Entendí que Gatsby no era una persona que pudiera nacer de la nada, sino que necesitaba de fuertes apoyos. A través mío se podría introducir en la empresa familiar. Conocía bien la empresa de mi padre y sabía cuán fácil era eso. Pero esta vez no iba a ser así. Ya no conocía a Gatsby, ni me gustaban sus maneras. Ni tan siquiera de Jimmy guardaba buen recuerdo, incapaz de hablarme con claridad cuando había tenido ocasión. En aquel momento no dije nada, ya que no quería hablar delante de otras personas. Pero no hizo ninguna falta. Gatsby lo leyó en mi corazón. Pude notarlo.

«O salimos adelante a partir de esta empresa por nuestro propio esfuerzo, sin apoyos, o no saldremos» —me dije—. «No voy a introducir a un desconocido en mi casa y exponer a los míos a lo que estoy expuesto por propia voluntad».

Al final de la mañana un pensamiento me entristece. Gatsby se dio cuenta de ello.

—¿Qué piensas? —me dijo.

—Que deberías haber nacido en mi posición. Así no tendrías que estar a la expectativa de recibir apoyos ajenos.

—Hubiera sido igual —dijo—, soy una persona muy conflictiva.

Lo miré. No entendía muy bien lo que quería decir exactamente.

—Yo salvaré a la empresa de tu familia de la ruina. Es una suerte para ellos el que me hayas conocido.

No me gustaba nada lo que estaba oyendo. Trataba de comprender. La empresa de mi padre tenía sus debilidades, pero era una de las empresas más fuertes dentro de su sector y de su zona. A diferencia de otras, poseía, en relación al pasivo, un gran patrimonio propio que la avalaba contra cualquier eventualidad. No conseguía comprender lo que me quería decir. No confío del todo en Gatsby, pero tampoco en Jimmy. Aun así, hice un esfuerzo por aclarar la situación.

—¿Dónde está Jimmy? Quiero hablar con él —le dije pasados unos días. En ese último año no había vuelto a saber nada de él.

—Eso ya no es posible —me dijo—. Jimmy y yo somos una misma cosa. Dime a mí lo que quieras decirle.

Entendí que ya había madurado completamente, y era el dueño pleno de su destino. Nadie podía hacer uso de él sin su permiso. Recordé que quiso eso una vez, antes de tiempo, y fue objeto de un correctivo. En aquella época aún éramos amigos. Ahora esa amistad parecía estar terminándose.

A partir de entonces creció en mí una desconfianza y negatividad que ya no me abandonó en años. No podía menos que recordar los sacrificios hechos durante todo ese tiempo pasado y me sentía cansado y resentido.

—Estás muy gastado. Tus neuronas... Tienes la cabeza de un viejo —me dijo un día.

También yo lo sentía así. A mis treinta años, la presión había dejado su huella en mí, como me imagino que también lo había hecho en él, a su manera.

EL DISTANCIAMIENTO

A medida que pasaba el tiempo nuestra relación se volvía menos amistosa y más profesional. Lo único que parecía unirnos era la empresa que teníamos en común.

Gatsby era muy bueno dirigiendo el personal de la empresa. Los empleados estaban contentos a pesar de que el trabajo podía llegar a ser duro. En aquella época me llegó a comentar el miedo que Demian inspiraba en sus empleados aun sin conocer quién era verdaderamente. Gatsby tenía una gran ventaja con respecto a Demian desde un punto de vista de excelencia empresarial. Era por ello que le llamaba la atención.

Ya no nos comunicábamos como antes. Casi nada sabía por él. Me limitaba a percibir los mismos cambios que los demás apreciaban. Algunos de ellos eran tan notables que me parecía increíble que el círculo de gente que estaba a su alrededor no hablara abiertamente de ello. Los más llamativos eran aquellos relacionados con el pelo. Había días que me sorprendía verle la cabeza ampliamente cubierta de canas. Al día siguiente el pelo blanco se reducía hasta llegar a tener, en días sucesivos, las escasas canas que habitualmente lucía. Sorprendía más aún advertir cómo el pelo podía crecerle en una sola noche. He llegado a verle con muy poco pelo en la parte superior de la cabeza. «¡Se va a quedar calvo!», me decía. Y, justo al día siguiente, verle con una mata de pelo cubriendo completamente esas calvas nacientes.

Esos «arreglos» eran cuestiones que tenían que ver con la imagen de Gatsby. Yo los entendía perfectamente. Lo que me preocupaba era aquello que los provocaba. Parecía estar sometido a mucha tensión, pero apenas nada llegué a averiguar.

Gatsby no se quejaba nunca, aunque aquel día me hizo un comentario, quizás porque yo también había observado algo. Con respecto a su bebé mantenía una determinada distancia, y Gatsby lo observaba con detenimiento antes de acercarse aún más.

—Demian se ha llegado a meter en el bebé y se ha abalanzado hacia mí —me dijo con resignación señalándose unos pequeños rasguños en la cara.

Lo cierto es que alrededor de Gatsby siempre tenían lugar muchos sucesos llamativos.

Fui a su casa. Teníamos que vernos. Puso un poco de música.

—No puedo ni acercarme a este equipo de música. Continuamente salen mensajes de salutación en la pantallita del display. «Hola, ¿cómo estás?», y cosas así. Cuando está mi mujer, ni me acerco por esta zona de la casa.

—¿Y quién puede ser? —le pregunté.

—No tengo ni idea —lo dijo con desgana, como si no le importara lo más mínimo.

Gatsby parecía desprender una luz especial. Así, imaginaba que debía brillar en la oscuridad espiritual, y que muchos difuntos querrían contactar con él. Alguna vez hablamos de la gran cantidad de difuntos que permanecían desorientados y apegados a un plano material.

EL ADIÓS

Gatsby parecía ocultarme asuntos de los que yo debía estar enterado, y eso me molestaba. En un solo mes cambió de coche tres veces. Lo hizo para aportar dinero a la empresa, ya que esos cambios fueron beneficiosos desde un punto de vista económico. Cada coche que vendía era moneda de cambio de otro coche más dinero líquido. Si eras habilidoso y conocías el mercado de coches podías conseguir beneficios de esos trueques.

En aquel tiempo sucedió algo que me hizo pensar. Otra persona no le habría dado importancia. No era ese mi caso.

Íbamos en su coche. Él conducía. Aparcó en doble fila, ya que debíamos recoger algo y marcharnos rápidamente. No calculó bien y chocó con el coche de delante. El

coche de Gatsby no estaba asegurado, así que tuvo que arreglar el asunto de manera extraoficial.

Yo estaba muy sorprendido. El hecho de que Gatsby no calculara correctamente y chocara con otro coche era una situación muy atípica. Tan extraña resultaba que solo bajo esa luz puede comprenderse por qué Gatsby nunca aseguró ningún vehículo que usó o poseyó. Nunca tuvo problemas en ese sentido, ya que toda posible eventualidad se solventaba con sus especiales capacidades. Sin embargo, ahora le habían fallado, y yo no entendía qué le estaba sucediendo.

El asunto de los coches y sus beneficios me dio la excusa perfecta para interesarme por el estado contable de la empresa. Aquella mañana nos vimos, pero tuvimos que posponer nuestra reunión. Le advertí que volveríamos a tratar el tema al día siguiente. Llegado ese día apenas sacó los documentos que necesitaba. Eso representaba un problema. Estaba claro que íbamos a tener una discusión cuando:

—No tengo que dar explicaciones a nadie —me espetó—. Ese dinero me ha sido otorgado por el mundo espiritual, por poderes muy elevados.

La cabeza me daba vueltas. Recordé entonces los pensamientos que había tenido respecto de la herencia de mi madre. No los había comentado con nadie. Me repuse.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —le miré con cara de desprecio.

—Yo estoy por encima del Bien y del Mal —concluye.

—Pues te pesará estar por encima de mí —dije para mis adentros con rabia.

Me marché. No quise escuchar nada más. No podía creerme nada de lo que me acababa de suceder. Nuestra añeja y profunda amistad se había convertido en reciente y correosa enemistad. El dolor me era insoportable.

«Gatsby se ha vuelto loco. ¿Cómo ha podido hablarme así?» —pensaba—. «Ya no puedo ni quiero seguir con él. Pero todavía mi participación en la empresa es vital en estos momentos. No me deja más opción que marcharme. Eso repercutirá en la empresa, inevitablemente».

Mi orgullo hervía por dentro. Me marché de la empresa para siempre. El dolor que sentía era inmenso. Me sentí traicionado y yo también lo traicioné. Con ello senté las bases de una separación definitiva. La empresa apenas siguió con vida unos meses más, tras los cuales ya nunca quise saber nada más, del que en su día fue mi amigo Gatsby.

APÉNDICE

Pasaron tres años. La empresa de mi padre pasaba por serias dificultades. Poco tiempo después suspende el pago a proveedores hasta terminar feneciendo dividida en partes en un proceso colmado de despropósitos y tan atípico que aún hoy sus protagonistas se preguntan por ello.

En el año 2005 pude saber algo de la trayectoria profesional de Gatsby. Saltaba de una empresa a otra sin interrupción. Me imaginaba a Gatsby viviendo su vida encerrado en sí mismo.

Catorce años después de nuestro último encuentro he decidido contar lo que nunca creí poder llegar a transmitir a nadie, convencido como estoy de que en alguna parte de este relato vive la fuerza de Gatsby. No es esto cualquier cosa.

Este escrito nos señala a Demian, a Ahrimán encarnado, de un modo concreto en el tiempo y en sus acciones. Este Ahrimán encarnado me es muy familiar. De esta manera quiero compartirlo, advertirlo. Me siento en la obligación de hacerlo. Pero hay algo más.

En este tiempo Demian ha aprendido a ocultarse de forma magistral. Toda su fuerza radica ahí, se multiplica ahí. Pero es de temer, verdaderamente es de temer la manera tan efectiva con la que se esconde, pues es signo de un gran poder que aún no ha emergido.

LOCALIZANDO A DEMIAN

Nunca creí que conocer la vida exotérica de Demian tuviera demasiada importancia. No pensaba que ese conocimiento me pudiera servir en el presente. No contenía ningún elemento práctico para mí, ya que no tenía intención de transmitírselo a nadie. Hablar de Demian llevaba implícito hablar de Gatsby, y esto último no lo contemplaba bajo ninguna circunstancia.

Siempre supuse que Demian era norteamericano, quizás porque Gatsby me indicó la película *La Profecía*. No había llegado a verla, pero sabía que en ella Demian era de esa nacionalidad. Como se puede deducir por mis palabras, no era algo que me preocupara en exceso. Sin embargo, extrañado por la cantidad de recursos que Demian movía alrededor nuestro, un día le pregunté a Gatsby:

—¿Es Demian norteamericano?

—Su patrimonio lo es —me respondió.

Esas palabras me parecieron un tanto enigmáticas. Dejé pasar la ocasión, seguro de que acabaría sabiendo algo más llegado el momento⁵.

Pasaron los años. Llegó a mis manos el libro *Conversaciones con los espíritus de la naturaleza*, de Verena Staël von Holstein. Una de esas conversaciones tiene como tema la encarnación de Ahrimán. En dicha conversación uno de esos espíritus afirma que Ahrimán aparecerá en Europa, pero que no está autorizado a decir cuándo. A veces no nos damos cuenta de las cosas más obvias porque fue entonces cuando entendí que la capacidad para situar todo tipo de elementos entorno a Gatsby era debido al fuerte vínculo que Demian tiene con este continente.

Me gustaría pensar que este libro puede ayudar de alguna manera a desvelar a Ahrimán en su encarnación actual, ya que es de vital importancia situar la encarnación de Ahrimán en el tiempo.

Siempre entendí que bajo la influencia de Demian, con Ahrimán encarnado, la Tierra viviría un proceso de crisis económica y de gestión mundial que nos afectaría a todos, y que con ese escenario de trasfondo se buscarían soluciones de manera ciertamente desesperada. Todos esos interrogantes encontrarán, sin duda alguna, la brillante y tentadora respuesta de Demian, de Ahrimán. Respuesta que oculta, esotéricamente, sentará las bases para un futuro desolador⁶.

Somos conscientes de cómo eso puede ocurrir y lo difícil que resulta luchar contra algo ya establecido aunque alguien lo haya advertido. Hoy en día podemos ver cómo personas comprometidas dedican sus vidas a luchar decididamente contra políticas que tienen su origen en Woodrow Wilson. Rudolf Steiner ya advirtió sobre este personaje y nos vuelve a advertir respecto a Ahrimán en una de sus conferencias⁷.

Así como Lucifer caminó sobre la Tierra, y como Cristo caminó sobre la Tierra, objetivamente, en forma humana, así Ahrimán también caminará sobre la Tierra, trayendo un extraordinario incremento de poder para la inteligencia humana terrenal.

En la actualidad, creo que nadie puede dudar de que ese incremento de poder está teniendo lugar. En esa misma conferencia Steiner afirma:

⁵ Quizás pretendía protegerme. Según lo entiendo, Demian siente una estricta enemistad por aquellas personas que, con su atractivo y carisma personal, pueden influir en las personas y hacerle sombra mientras él es sombra (como, por ejemplo, **pudo ser** John F. Kennedy Jr.), y aquellos otros que pueden señalar su entidad de manera concreta en la Tierra.

⁶ Si ha de salir a la luz pública, ése será el momento para ello, cuando encuentre la mínima oposición y venga a solucionar los problemas que él mismo ha creado.

⁷ Stuttgart, 25 de diciembre de 1919.

Ahrimán no debe controlar los asuntos económicos y financieros en la Tierra sin ser advertido. Debemos familiarizarnos concienzudamente con sus cualidades particulares y reconocer lo que él hace. Debemos ser capaces de oponernos a él con plena conciencia.

Ése es el objetivo de este libro: ayudar a tomar conciencia de lo que Ahrimán hace, pues mucho se consigue al afirmar: «Ahrimán ya está aquí, encarnado con nosotros». Somos nosotros su generación contemporánea, la generación dormida⁸. Aquellos que hemos decidido encarnar para conocerlo, para oponernos a él, para despertar.

Familiaricémonos, como dice Steiner, con sus cualidades particulares, y reconozcamos lo que él hace porque Ahrimán ya está aquí bajo la forma de una personalidad muy especial en edad madura cuyo nacimiento podríamos situar alrededor del año 1968.

Esto es lo que pretendo decir en este libro, y para ello he tenido que narrar unas vivencias que son mías y que son ciertas. He tenido que hablar de Jimmy y desvelar a Gatsby, narrar el terrible drama que ha vivido y, casi con toda seguridad, seguirá viviendo. Una clase de sufrimiento que nadie quisiera tener que soportar.

¿QUIÉN ES GATSBY?

La importancia que se le dé a este libro depende de cómo se responda a esta cuestión. Existe un rango muy amplio de posibles respuestas, si es que primero se logra salvar el escollo que pone en duda la autenticidad y buena fe de este escrito.

Alguien podrá objetar que Gatsby no era nadie. Entonces esta obra se convertirá en nada. Otros podrán objetar que Gatsby era un tipo listo con una imaginación desbordante, y este libro se catalogará como la obra de un iluso. Alguien, asimismo, podría reparar que Gatsby estaba influenciado por una entidad que obraba oscuramente bajo el disfraz de un difunto, y este escrito solo servirá para aportar más confusión al mundo. También alguien podría pensar que Gatsby es un iniciado, un guía quizás, y todo lo que pobremente aquí se expresa aparecerá bajo una luz especial.

Como digo, el rango de posibles respuestas es muy amplio, y cada uno de los lectores dará la suya. También el que ha vivido y narra esta historia tiene una respuesta a esa pregunta. La sinceridad y desprotección con las que he iniciado este relato me obliga a terminarlo igualmente.

⁸ Generación dormida de la que me considero un genuino representante.

He convivido durante gran parte de mi vida con estas imágenes que describo y hay cosas que no admiten duda para mí. He sido testigo de procesos y cambios muy profundos imposibles de recrear y mantener artificialmente. Hay cosas que no pueden ser mostradas al exterior si no se llevan en el seno de uno mismo.

En mi opinión, en Gatsby vive una entidad elevada, tan elevada como para oponerse a la encarnación de Ahrimán. Echemos un último vistazo a su vida.

Cuando conocí a mi amigo todo en él era bastante salvaje y radical. Le costó un tiempo dejar ese estado de cosas. Luego aparecieron cuestiones más sutiles y más difíciles de superar. El conocimiento de las verdaderas intenciones y deseos que anidan en las personas le hizo sentir animadversión hacia algunas de ellas, antipatías que también le llevó un tiempo dejar atrás. Pasados esos meses, a la par que unas especiales cualidades crecían en él, su madurez espiritual fue más que evidente. Su desarrollo se conducía a velocidad de vértigo, y ningún campo parecía serle vedado.

En el tiempo de su vigésimo primer cumpleaños tuvo lugar un cambio muy profundo al que asistí maravillado. Él mismo hablaba de cómo algo extrahumano había venido a añadirse a lo que él era y, efectivamente, algo distinto a lo anterior parecía habitar en él. Por entonces lo llamaba Demian, y él se identificaba con ese nombre y lo que representaba.

A partir de ese momento su vida cambió. De algún modo parecía entregado a los designios de su propio destino. Se identificó con su misión y contra quién tendría que luchar. Toda su vida estará marcada por esta realidad, y los acontecimientos que se suceden a lo largo de ella no perderán de vista ese elevado objetivo. No parecía temerle a nada, ni cosa alguna parecía hacer mella en él. Del amor extrae fuerzas insospechadas, y también será su debilidad. Es Gatsby. Sin duda lo es.

Pasaron los años, el tiempo apremiaba. Era el momento de salir del anonimato. Era el momento en que había de ser probado como una de esas personas en quien todos fijan su atención preguntándose si será merecedor de servir de modelo a los nuevos tiempos. Él es un luchador incansable y debe influenciar en los acontecimientos del mundo con el mismo derecho con que Ahrimán encarnado lo hace. Para ello debía vestir el disfraz de la época y entrar por derecho propio en ese mundo de los negocios y de la economía que, con sus ideas y acciones, domina el mundo. Debería crear un imperio empresarial desde el que puedan desarrollarse sus fuerzas y enunciar desde la práctica cómo las cosas deben hacerse. Estaba tan entregado a ello que ya no podía reconocer a mi antiguo amigo. Ni él mismo parecía conocer todas las fuerzas que vivían en su persona. Tenía treinta años, y ése es un paso previo y necesario, un pie de la escala de una misión cuya magnitud estará determinada por sus propias fuerzas y aquellas otras que se le oponen.

No lo consiguió, ni lo ha conseguido en este tiempo. Sabedor de los imprevisibles cambios que se pueden producir en su persona, no puedo asegurar qué ha podido ser de él en la actualidad. Ésta es su vida. Este es el drama de Gatsby y, con absoluta seguridad, el drama de otras muchas personas.

Y estas son mis vivencias, que he tratado de narrar tal y como las viví en su tiempo, con los pensamientos y sentimientos de entonces, con la esperanza de que puedan aportar algo de la frescura de lo que un día fue un vívido recuerdo.

ESPECULANDO SOBRE DEMIAN

Creo que sería interesante revisar y desarrollar algunos puntos de la biografía de Demian, aunque para ello me salga del estilo de esta obra.

- El nacimiento de Demian viene a producirse en 1968, aproximadamente.
- Aparece confrontándose a Gatsby a finales de 1989 como Demian, la encarnación de Ahrimán. Tiene unos poderes muy desarrollados y una edad aproximada de veintiún años. Esto nos habla de un grado de encarnación o incorporación de Ahrimán en Demian como reflejo de la «transformación» o incorporación sucedida en Gatsby⁹. Si guarda alguna similitud con Gatsby, en Demian debió de producirse una evolución donde nuevas fuerzas —las de Ahrimán, en su caso— vienen a añadirse gradualmente a él en la medida que pueda servirles de soporte, de receptáculo.

Rudolf Steiner se expresa en términos de encarnación cuando habla de Ahrimán. Si menciono una posible «incorporación» de Ahrimán es porque la idea no me parece descabellada, y porque quizás pueda arrojar un poco de luz mientras guarde alguna relación con la realidad.

En la obra *Conversaciones con los Espíritus de la Naturaleza*, de Verena Stäel von Holstein, uno de esos seres responde a la pregunta de si Ahrimán encarnará en un cuerpo humano.

Sí y no. Ningún cuerpo físico humano puede ser portador de Ahrimán por mucho tiempo. Él es tan hostil a la vida que será más una incorporación.

Una incorporación, según la Antroposofía, tiene la particularidad de que una individualidad elevada sustituye en parte a la encarnada, coexistiendo de alguna manera

⁹ Desconozco la denominación de las fuerzas que se incorporaron a Gatsby a partir de su vigésimo primer cumpleaños. No sabría ponerle un nombre, pero no tengo dudas de que, por lo vivido a partir del suceso que he denominado en esta obra «la transformación», así como por lo tan claramente manifestado por Gatsby, esto es, que él era en parte de naturaleza extrahumana, en Gatsby tuvo lugar una incorporación tal y como es entendida por la Antroposofía.

dicha elevada individualidad junto a la individualidad anterior. Esta individualidad anterior tiene que haber alcanzado cierta madurez espiritual para posibilitar tal incorporación. En el caso del Bodhisattva, la inmersión de esta individualidad en la encarnada produce una portentosa transformación, particularmente entre los treinta y treinta y tres años de vida¹⁰. Dicho período de treinta años es singularmente importante para estas cuestiones. Como bien dice Steiner, así como Cristo tuvo una encarnación en la Tierra, así Ahrimán la tendrá, y Cristo encarnó en Jesús de Nazareth a la edad de treinta años.

- En 1998 Demian tenía unos treinta años y comenzó un período de su vida que, como reflejo de lo que sucedió en el caso de Cristo o en el caso de otras entidades elevadas, pudo ser también el período de encarnación o incorporación definitiva de Ahrimán en la personalidad de Demian, de la que gradualmente iba participando como una maduración de la relación. Bernard Lievegoed, en su libro póstumo titulado *Sobre la Salvación del Alma* afirma que Rudolf Steiner dijo durante una reunión en Breslau que Ahrimán pondrá todo su empeño en anticipar su encarnación. Mencionó entonces el año 1998, y que dependía de la humanidad toda el que Ahrimán lo consiguiera o no.

Rudolf Steiner llama la atención sobre este año de 1998 en su conferencia sobre el Apocalipsis impartida a sacerdotes el 12 de septiembre de 1924 en Dornach:

Ante nosotros está el tiempo del tercer número 666: 1998. Al final de este siglo llegará el tiempo en que Sorat elevará de nuevo su cabeza con más fuerza de entre las olas de la evolución para convertirse en el adversario de aquella aparición de Cristo que aquellos que han estado preparados para ella ya la habrán experimentado durante la primera mitad del siglo XX cuando el Cristo Etérico se haga visible. Solo dos tercios del siglo han de transcurrir antes de que Sorat eleve de nuevo su cabeza de la manera más poderosa.

Y antes de que acabe este siglo él se mostrará al hacer su aparición en muchos humanos como el ser por el cual están poseídos. Aparecerán seres humanos de los cuales será imposible pensar que son seres humanos reales.

Sin duda éste es el peor de los escenarios posibles, en el que Ahrimán ha conseguido su propósito de anticipar su encarnación al año 1998, o incluso antes, y actuar conjuntamente con las fuerzas de Sorat. No hay que olvidar que Ahrimán desea una raza de esclavos, y que si uno se deja vencer por su fuerza disuasoria, efectivamente se convierte en ello. Frente a esa raza de esclavos están aquellos otros poseídos por Sorat.

¹⁰ Bernard Lievegoed, en su libro titulado *Sobre la Salvación del Alma*, y Rudolf Steiner en su conferencia de Karlsruhe, del 14 de octubre de 1911, nos hablan sobre el tema de la incorporación en el caso concreto del Bodhisattva. Ver NOTAS al final del libro.

Robert Powell y Kevin Dann en su obra *Cristo y el Calendario Maya* nos hablan sobre esta relación:

Aquí es posible ver cómo los impulsos de Sorat y Ahrimán convergen: ambos tienen la 'intención de barrer todo lo espiritual'. Aunque sus enfoques son diferentes, ya que actúan en diferentes niveles. El enfoque de Ahrimán es más por medio de la fuerza bruta del puro poder político, financiero y militar, para obtener el dominio del mundo —el dominio del pleno espectro es el término moderno— mientras que la forma de Sorat es más sutil, apelando al «Yo» del ser humano. Para lograr su meta a largo plazo, en la actualidad Sorat se está aliando con la encarnación de Ahrimán, tratando de hacer uso de lo que proviene de esta encarnación como algo sobre lo que pueda construir en el futuro de forma que eventualmente llegue al poder y se convierta en Dios¹¹.

LA MISIÓN DE GATSBY

En uno de nuestros últimos encuentros saqué a relucir el tema de las distintas religiones en el mundo.

—Sí..., las religiones. Unificarlas es una de las misiones que debo cumplir.

Se expresó sin demasiado ánimo, como si la falta de progreso le pesara verdaderamente. Sinceramente, no me es posible imaginar a Gatsby encabezando un determinado colectivo de personas. Pensar de esa manera es no conocer en nada las fuerzas que vivían en él, es no conocer su misión. Sus miras vestían siempre ropajes muy amplios. La forma cómo se relacionaba con otras personas, cómo adaptaba el lenguaje y los gestos a su entorno, cómo se podía hacer entender por personas muy dispares, te hacía pensar que de lo general venía a extraer espíritus afines a sus objetivos.

Gatsby poseía un gran poder de convicción y seducción. Por su medio podía reconducir y orientar las almas de personas muy distintas entre sí. He conocido a personas que han llegado a cambiar su orientación vital y profesional después de una pequeña charla. Han encontrado en las ideas transmitidas por Gatsby una seguridad que nunca tuvieron en las suyas propias. Las palabras de Gatsby tienen el poder de resonar aun pasado el tiempo.

Si tuviera que describir el gesto anímico que percibía en Gatsby en relación con su misión respecto al mundo de los negocios, al mundo económico y financiero, ese mundo de poder que tiene bajo su yugo el mundo del Derecho y del Espíritu, tendría que señalar cómo Rudolf Steiner entró a formar parte de la Sociedad Teosófica de

¹¹ Rudolf Steiner, *Tres Corrientes en la Evolución de la Humanidad*: «El objetivo del ser que esperaba intervenir en el año 666 era convertirse en Dios».

tendencia orientalista para extraer de ella aquellos elementos susceptibles de ser sanados, de ser correctamente orientados.

El drama de Gatsby, y no solo de él, es haber sido ahogado, inutilizado, como si la realidad de su vida, de lo que aquí cuento, no fuera más que un nebuloso sueño. Pero esto no siempre será así.

NOTAS

(7) Bernard Lievegoed nos acerca al tema de la incorporación al hablar del Bodhisattva en su obra póstuma *Sobre la Salvación del Alma*:

Un Bodhisattva no se encarna como ser humano, actúa desde el mundo espiritual sobre ciertas individualidades humanas. En la ciencia espiritual eso se denomina 'incorporación'. Naturalmente que las individualidades humanas elegidas por un Bodhisattva tienen que haber alcanzado cierta madurez espiritual para posibilitar tal incorporación.

En la conferencia de Karlsruhe del 14 de octubre de 1911 Steiner aclara lo que es denominado «incorporación» por la ciencia espiritual:

La investigación oculta comprueba que nadie muestra, en su juventud o temprana infancia, una naturaleza que corresponda a la del Bodhisattva, ya que es característica suya el que siempre se produzca un gran viraje en determinado momento de la vida. Al encarnar alguna individualidad de la antigüedad brumosa, como la de Moisés por ejemplo, no tiene lugar el proceso que caracteriza la individualidad de Cristo, es decir, el abandono de sus envolturas por Jesús Nazareno. En el caso del Bodhisattva habrá, en efecto, cierta sustitución, pero sin que deje de persistir en cierto modo la individualidad anterior. La nueva individualidad que entonces toma cuerpo procedente del remoto pasado y que ha de aportar nuevas energías para la evolución de la humanidad, viene a sumergirse en la encarnada, y gracias a esta inmersión se produce en ella una portentosa transformación, particularmente entre los treinta y treinta y tres años de vida. Siempre prevalece la particularidad de que, antes de que tenga lugar esta transformación, no es posible identificar el cuerpo del que tomará posesión el Bodhisattva. Nunca hay indicios en los años juveniles, puesto que la característica de esa elevada personalidad es precisamente la diferencia que existe entre los años posteriores y los de la juventud.

PETICIÓN DEL AUTOR

Hasta el momento actual solo podemos brindar al público versiones en el idioma inglés y español. Por esta razón, el autor de esta obra le estaría infinitamente agradecido si usted deseara colaborar con la difusión de la misma ayudando en la traducción de otro idioma. Cualquier ayuda por pequeña que sea, traduciendo una pequeña parte por ejemplo, sería muy bien recibida.

Contacta en author@gatsbyanddemian.com.